

## **Doctorado en Sociología**

# **ÓRDENES SUBORDINANTES Y ESPACIOS DE SUBJETIVACIÓN. LAS EMPLEADAS DOMÉSTICAS EN LA CIUDAD DE MÉXICO**

**Pilar Velázquez Lacoste**

**Directora: Estela Andrea Serret Bravo**

**Abril 2016**



## ÍNDICE

### AGRADECIMIENTOS

### INTRODUCCIÓN

### SOBRE EL DISEÑO METODOLÓGICO Y LAS TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN

### **LAS MUJERES DEDICADAS AL EMPLEO DOMÉSTICO. NOTAS SOBRE EL TRABAJO DE CAMPO**

*La narrativa*

*La entrevista*

*Los encuentros*

*El cuestionario*

*Las transcripciones*

### **CAPÍTULO 1. ANTECEDENTES: LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO EN LA MODERNIDAD**

*1.1 (Des)dibujando los espacios sociales de la modernidad. La domesticidad invisible*

*1.2 Figuras, prácticas, mandatos y actitudes. Visibilizar el orden y las subjetividades de la domesticidad moderna*

### **CAPÍTULO 2. EL ESPACIO DOMÉSTICO EN MÉXICO. A CABALLO ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD. EL PAPEL DEL GÉNERO, LA ETNIA, LA CLASE SOCIAL Y LAS INERCIAS COLONIALES EN LAS RELACIONES SOCIALES DOMÉSTICAS**

*2.1 Las reliquias coloniales. El orden estamental de la domesticidad*

*2.2 Orden de género, etnia y clase social en las familias de origen de las empleadas domésticas. La domesticidad urbana y rural*

*2.2.1 El matrimonio y la casa*

*2.2.2 Madres e hijas*

*2.2.3 Los jerarcas de la casa*

*2.2.4 Controlar a las hijas*

*2.3 Llegar a trabajar a la ciudad. La casa urbana familiar como espacio de trabajo e interacción social. Jerarquías, subordinación y resistencias*

### **CAPÍTULO 3. IMAGINAR, VIVIR Y HABITAR LOS ESPACIOS. EMPLAZAMIENTOS, DESPLAZAMIENTOS Y JERARQUÍAS ESPACIALES EN LA DOMESTICIDAD MEXICANA MODERNA**

*3.1 El hogar familiar, la casa de la infancia*

*3.2 Desplazamientos cotidianos y rutinas espaciales. La vida de las mujeres en el espacio familiar de la domesticidad*

*3.3 El lugar de arribo. Contrastes y experiencias de las empleadas domésticas en la ciudad de México. Vivencias e imágenes del espacio generizado*

*3.3.1 Identidad femenina e irrupción espacial: el espacio público, la ciudad*

*3.4 El ingreso y la estancia en la casa de las/los patronas/es: limpiar, cocinar, lavar, cuidar y hacer el mandado*

*3.5 Un día cualquiera: el quehacer de una casa*

### **CAPÍTULO 4. ACTOS SUBJETIVANTES, SUBJETIVIDADES PUESTAS EN ACTO: IMAGINARIOS, NARRATIVAS Y PERCEPCIONES**

*4.1 Proyectos y añoranzas, continuidad y ruptura: las resonancias de la vida familiar*

*4.2 Las mujeres de la domesticidad*

*4.3 Las prácticas y actuaciones del servicio doméstico: vestigios subjetivos de la tradición y el orden natural*

**CONCLUSIONES**

**BIBLIOGRAFÍA**

**ANEXOS**

## **AGRADECIMIENTOS**

**La realización de este cometido no hubiera sido posible sin el invaluable apoyo académico, moral, emocional y económico de todas las personas e instituciones que han estado involucradas en este largo proceso.**

**Deseo expresar a todas ellas mi hondo agradecimiento y, con ello, reconocer su imprescindible presencia en esta trayectoria.**

## Introducción

En México el progresivo y complicado proceso de fortalecimiento y consolidación de una sociedad regida por principios democráticos requiere, fundamentalmente, de la construcción de relaciones sociales igualitarias entre hombres y mujeres; entre las clases sociales, entre las personas con tonos de piel distintos; relaciones que resultan indispensables y consecuentes con los valores y principios inherentes a este tipo de órdenes políticos modernos.

Hoy, en aras del establecimiento de relaciones sociales fundadas en la igualdad, el respeto y la justicia política, el análisis y la explicación de las identidades –de género, de clase social, de etnia, de raza, etc.,- se torna una tarea prioritaria en el terreno del pensamiento y categorización política y social moderna. La manera como las personas se *autoperciben* y la *percepción social* que de ellas se construye, conforman el cimiento fundamental a partir del cual se ponen en marcha relaciones sociales justas e igualitarias, o bien, relaciones fundadas en jerarquías, exclusiones y desigualdades sociales, idóneas para la proliferación de *tensiones* y contradicciones políticas y morales en el seno de las sociedades contemporáneas. (Serret, 2008). Y es que la complejidad de las interacciones sociales viene dada, en buena medida, por la manera en que se vinculan entre sí las distintas identidades de cada sujeto social, o bien, por la subjetividad que se pone en acto en cada interacción social. La identidad que, por ejemplo, construye y define a una mujer determina la forma a partir de la cual se relaciona con los varones y con los otros miembros de su sociedad.

La subjetividad que define y construye a hombres y mujeres o, específicamente, la identidad de género desde la cual cada uno de ellos/as adopta diversas formas de actuar, pensar, sentir e imaginar a los otros/as, conforma el núcleo central a partir del cual se tejen las relaciones de poder y subordinación más complejas, las lógicas de dominio, obediencia y sujeción entre tales sujetos. ¿Cómo explicar, entonces, las relaciones de poder y subordinación entre varones y mujeres?, más aún, ¿cómo dar cuenta de la condición subordinada de ellas a partir del cruce o intersección de ciertos referentes identitarios? La creciente

preocupación por la manera en que ciertas mujeres constituyen sus identidades y las ponen en acto en las diversas interacciones sociales que establecen, conduce a plantear un análisis de los procesos de subjetivación que van configurando los pensamientos, actitudes y autopercepciones de las mujeres y la especificidad de las interacciones sociales entre ellas y los diversos sujetos/as a partir de sus respectivas posiciones identitarias o subjetivas. Hablaré, entonces, en palabras de Judith Butler, “del género y del análisis de relaciones sociales que implica” (Butler, 2001:29).

Ciertamente, el presente análisis tiene como punto de partida indispensable un cuestionamiento ético, una preocupación por lo injusto que resulta la situación de subordinación de las mujeres que me interesa analizar y sus consecuencias en la configuración de las identidades y en el entramado de relaciones sociales que cotidianamente se ponen en marcha en el seno de nuestra sociedad.

No obstante, la preocupación fundamental es dar cuenta, desde el terreno de la sociología política, de un complejo entramado de relaciones sociales de poder y dominación que hoy, todavía, permanece poco estudiado por el análisis político y social moderno y que resulta ser uno de los ámbitos fundamentales en la producción y reproducción de subjetividades marcadas por el género: el ámbito doméstico, el espacio de la casa. Pocos estudios han centrado su atención sobre la esfera doméstica y la especificidad de interacciones sociales que allí se llevan a cabo entre varones y mujeres.<sup>1</sup> ¿Cuál es el papel que, de acuerdo con el orden

---

<sup>1</sup> Desde el ámbito historiográfico, los trabajos de Michelle Perrot y otras autoras francesas sobre la esfera doméstica en las sociedades europeas, resultan fundamentales para dar cuenta del orden de género en la trama doméstica moderna y el papel de cada una de las figuras que habitan la casa.

Los estudios que, desde el análisis histórico, Pilar Gonzalbo ha desarrollado y coordinado para el caso de las sociedades latinoamericanas, resultan muy útiles para rastrear los pormenores de la vida familiar en México y en otras latitudes del continente. Actores sociales, ambiente familiar y actitudes de la vida cotidiana doméstica nos permiten entender tanto la pervivencia de ciertas características como las transformaciones y nuevas configuraciones de las familias en México (Gonzalbo y Rabell:1996); (Gonzalbo y Rabell:1994).

Existen también análisis, desde la perspectiva sociodemográfica, que dan cuenta de la estructura, características y cambios demográficos en la dinámica familiar mexicana contemporánea. Los trabajos de Orlandina de Oliveira y Marina Ariza (2004) resultan muy importantes en este sentido y nos brindan un panorama bastante amplio y complejo sobre los nuevos roles de los actores y las dinámicas sociales de las familias en el contexto actual de México.



de género imperante, desempeña un ama de casa en la sociedad mexicana contemporánea y cómo se relaciona ésta con los otros/as integrantes de la familia? O, bien, ¿cuál es el papel que asume y las actitudes que adopta el padre o *jefe de familia* con su esposa e hijas/os en el contexto actual de las familias urbanas o rurales en México?

El ámbito doméstico constituye uno de los espacios sociales más importantes y complejos de la modernidad que, sin embargo, por el tipo de relaciones sociales que se establecen entre sus integrantes y el tipo de poder que entre ellos/ellas se ejerce, se erige como un auténtico *enclave de naturaleza* (Amorós, 2000). Se trata de un espacio donde el ejercicio verticalista de poder, la jerarquía entre los géneros y entre los mismos integrantes de la casa y la singularidad de las prácticas que cada uno de los actores sociales realiza, tiene consecuencias importantes en la manera como las mujeres y los hombres, las *amas de casa*, las *trabajadoras domésticas remuneradas*, los *jefes de familia*, los hijos e hijas construyen su identidad. La esfera doméstica reproduce y perpetúa las percepciones y supuestos sociales que una sociedad determinada ha forjado sobre el significado de la feminidad; pero sobre la domesticidad también se han configurado ciertas ideas hegemónicas que una colectividad comparte sobre el significado de ésta y los papeles y actitudes que deben adoptar quienes ahí interactúan.

Es preciso dar cuenta de la dinámica social y política de la esfera doméstica en México, no sólo por el descuido analítico en el que ha permanecido y por las trampas conceptuales a través de las cuales se ha invisibilizado, sino, sobre todo, por ser uno de los espacios sociales más importantes, cuya lógica de interacción genera las condiciones precisas para la pervivencia, producción y reproducción de las identidades marcadas por el género, lo que, a su vez, tiene efectos considerables en las relaciones sociales que entablan varones y mujeres en las esferas extradomésticas y en la fallida consolidación de una sociedad democrática.

El problema de la constitución de la subjetividad o de la identidad de género, en particular, ha sido un problema que ha ocupado mi atención en los últimos años; durante ese periodo he intentado construir una reflexión teórica en torno a una temática en particular que, de acuerdo con mi análisis, ha resultado fructífera pero, sobre todo necesaria para explicar uno de los mecanismos de conformación de las identidades de género: el proceso de construcción de la subjetividad en el marco de las *lógicas de interacción*, los *juegos de poder y dominación*<sup>2</sup> y las *prácticas sociales* propias del espacio doméstico moderno.

En este primer ejercicio he partido del análisis de los imaginarios sociales de género, es decir, del análisis de aquellas *tipificaciones* o acuerdos sociales cuya función primordial consiste en reproducir los códigos socialmente compartidos y la autopercepción grupal acerca de lo que son los hombres y las mujeres. En el imaginario social las construcciones hombre-mujer adquieren el carácter de tipificaciones que se presentan como supuestos incuestionables o *verdades asumidas*, se aceptan como realidades naturales (Serret, 2011: 83). Los discursos filosóficos, médicos, científicos, literarios, pedagógicos, etc., sustentan y reproducen los imaginarios colectivos, constituyendo así, uno de los medios más eficaces en la diseminación de ciertos supuestos e ideas imperantes en un momento histórico determinado.

Las sociedades europeas, por ejemplo, a través de un largo y complejo proceso que va del siglo XVII al siglo XIX, mediante diferentes mecanismos discursivos e imágenes diversas, van forjando cierta idea de lo que son –y deben ser– las mujeres. El papel socialmente incuestionable que tienen las mujeres como *amas de casa*, *esposas* y *madres* que, además, va acompañado de la

---

<sup>2</sup> Cuando hablamos de los juegos de poder y dominación que se establecen en el ámbito doméstico, aludimos a cierto orden político que implica necesariamente una estructura que se organiza de acuerdo con algún precepto de mando-obediencia y que sólo puede ponerse en marcha adecuadamente si cuenta con el concierto de los dominados/as. “Si ellos asumen como propia la idea que está detrás de la asignación de lugares en la jerarquía, sabemos que existe un consenso en torno al principio de legitimidad que preside la organización. Como se supondrá, la generación de tales consensos sociales está íntimamente relacionada con la producción de identidades sociopolíticas, pues las personas se conciben y son concebidas por otras como quienes, por alguna razón que todas comparten, ocupan cierto sitio en el orden común” (Serret, 2008:94).

supuesta posesión de ciertas *virtudes femeninas*, tales como la *modestia*, el *recato*, el *ahorro*, la *abnegación*, la *delicadeza*, y la *intuición*, etc., contribuye a construir las identidades de las mujeres en tales sociedades. En el complejo proceso de construcción de la subjetividad de las mujeres en las sociedades europeas, intervienen con singular relevancia esta serie de supuestos, percepciones y verdades colectivas, pero, la conformación de la identidad de una persona no sólo se define a partir de estas construcciones sociales, sino que en ella interviene, con igual importancia, la *autopercepción* que cada persona construye de sí, retomando ciertamente la concepción social externa, pero reinventándola a partir de su propia y singular existencia. Tenemos, entonces, que en el proceso de construcción de la identidad debemos considerar lo mismo los imaginarios colectivos, que la manera como cada persona se coloca o enfrenta tales percepciones sociales y los integra a su propia experiencia (Serret, 2011).

Ciertamente, la discusión y el análisis sobre la constitución de las identidades genéricas no resulta un asunto novedoso, ni mucho menos agotado en el marco de la teoría y análisis feminista en sus diversas variantes; no obstante, cuando me propongo analizar, de manera específica, la construcción de la subjetividad de las empleadas domésticas en el marco de los juegos y mecanismos de poder y de las relaciones sociales que definen a la esfera del hogar en la sociedad mexicana actual, el problema, a la vez que delinea un terreno de análisis más específico, adquiere mayor complejidad, pues nos encontramos ante una esfera social que se rige por un orden político específico; las lógicas de interacción que allí se ponen en marcha no sólo reproducen y perpetúan las relaciones de poder y subordinación más extremas entre sus integrantes -ancladas en el género, pero también en la clase social y la etnia-, sino que las relaciones entre hombres y mujeres operan bajo una lógica jerárquica, incidiendo, así, en la configuración de identidades específicas, esencialmente complejas y particularmente contradictorias.<sup>3</sup> Así pues, vemos que la construcción

---

<sup>3</sup> Este punto ha sido descrito y analizado en el trabajo titulado *El espacio doméstico: geometrías de la subjetividad* que se realizó en el proceso de investigación para la obtención del grado de maestra en sociología (Velázquez, 2011)

de la subjetividad en los confines de la casa, se halla en la encrucijada de diversos elementos: simbólicos, imaginarios, discursivos y relacionales, a partir de los cuales intentaré brindar una explicación de la conformación y reproducción de la identidad genérica en los confines de un espacio social determinado.

Es importante advertir, dada la naturaleza de los argumentos hasta aquí expuestos, que tales planteamientos parten de ciertos supuestos y perspectivas teóricas que, desde mi punto de vista, resultan poseer capacidad explicativa y ser útiles en la dilucidación sobre el problema de la subjetividad. En primera instancia parto del supuesto de que la *subjetividad* –la identidad de género en particular– es una construcción que sólo puede aparecer en el cruce de determinadas condiciones histórico-políticas y de ciertas conformaciones simbólicas e imaginarias.

Las herramientas que proporciona el análisis foucaultiano en el terreno de la construcción de las identidades resultan de gran utilidad. Según el pensador francés el objetivo que ha orientado su trabajo, durante muchos años, “ha sido crear una historia de los diferentes modos en que los seres humanos en nuestra cultura se convierten en sujetos” (Foucault, 1982:208), una historia de los diferentes *modos de subjetivación*, de las maneras en que un ser humano, él o ella, deviene sujeto. Bajo esta lógica, Foucault es conducido a realizar una historia de las prácticas en las que el sujeto aparece no como instancia de fundación, sino como efecto de una constitución; se trata de una forma de entender a los sujetos como consecuencia de *dispositivos de poder*, de relaciones, prácticas y tecnologías sociales. En este mismo sentido, ciertos planteamientos feministas han proseguido el análisis de la subjetividad o, específicamente, de la conformación de las identidades de género.<sup>4</sup> La apuesta fundamental es desmarcarse de las ideas que plantean que existe una identidad o subjetividad preexistente a las relaciones y mecanismos de poder; una idea que ha *naturalizado* la subjetividad y las tareas femeninas y, en consecuencia, ha impedido un análisis crítico de las relaciones que se establecen entre los hombres

---

<sup>4</sup> La perspectiva que caracteriza los planteamientos de Judith Butler en relación a la conformación de las identidades de género es una de las vetas que serán retomadas en este análisis.

y las mujeres. El análisis que propongo, por el contrario, pretende develar la *categoría fundacional* del género como efecto de una formación específica de poder (Butler, 2001:28).

Bajo esta perspectiva, considero que la esfera doméstica -ámbito en el que pretendo analizar la constitución de la identidad de las empleadas del hogar-, conforma una compleja gama de relaciones de poder, de prácticas sociales y espaciales, de mecanismos simbólicos y discursivos que en su conjunto producen, reproducen y constituyen subjetividades.

En esta investigación he decidido situarme más allá del análisis de los imaginarios sociales que se han configurado sobre la feminidad, la domesticidad o el servicio doméstico; pues si bien éstos constituyen una parte fundamental en la explicación de la conformación de las identidades de género, no terminan por agotar el complejo entramado que da cuenta del proceso constitutivo de la subjetividad. Me he propuesto indagar y analizar las experiencias y autopercepciones individuales de cuatro mujeres empleadas del hogar en la ciudad de México, cuyo proceso de subjetivación revela singulares trayectorias de vida, experiencias únicas e irrepetibles que, no obstante, dan cuenta de la eficacia de los imaginarios sociales dominantes en determinado momento histórico y de los efectos que la historia sociopolítica y cultural de un país tienen en la configuración de subjetividades típicas; subjetividades representativas de un orden y una trayectoria de vida claramente subordinante. Se trata de la identidad de aquellas mujeres que desde sus distintas posiciones en la trama doméstica, sus autopercepciones, formas de relacionarse con los distintos integrantes de la familia, formas de concebir, habitar e imaginar el espacio físico y simbólico de la domesticidad, forjan una idea sobre sí, se imaginan y se piensan de determinada manera tomando, ciertamente, como uno de sus referentes esenciales las concepciones y supuestos sociales que una colectividad ha construido sobre ellas, pero reinventándolos a partir de su propia experiencia e incorporándolos a través de una narrativa específica; una expresión corporal particular, un lenguaje, una actitud, un cuerpo que no hace sino develar la subordinación que lleva inscrita y que es parte constitutiva del proceso de subjetivación.

El planteamiento de algunas interrogantes clave ha sido una tarea central que me permitió identificar algunos de los tratamientos teóricos, carencias y análisis realizados en los últimos años sobre las mujeres dedicadas al trabajo doméstico remunerado: ¿Los trabajos o análisis existentes dan cuenta de las relaciones sociales cotidianas que se producen en el ámbito de la casa entre las empleadas domésticas y los actores sociales que ahí habitan? ¿Cuáles son los principales elementos que, de acuerdo con las investigaciones realizadas, permiten explicar la condición de subordinación de las empleadas domésticas en la ciudad de México? ¿Cuál es la explicación que se ha dado a la situación de marginación e invisibilidad en que viven las empleadas del hogar y las labores que desempeñan? ¿Existen análisis que den cuenta de cuáles son las razones por las que, en los hogares de la sociedad mexicana contemporánea, no cabe pensar la idea de igualdad social? ¿Podemos dar cuenta de los complejos procesos de subjetivación de las empleadas domésticas a partir del análisis de las relaciones sociales que se entablan entre las diversas figuras que conviven en la casa y de la confluencia de los diversos imaginarios sociales sobre lo que significa ser empleada del hogar?

En la actualidad son muy escasos los análisis que, desde una mirada sociológica o política, han dado cuenta de la especificidad social y política de la esfera doméstica en México -que no privada- y de la singularidad de relaciones sociales que ahí se establecen; más aún, considero que existe la necesidad teórica y analítica de dar cuenta de la relación que existe entre las dinámicas sociales propias de la domesticidad en México y la conformación y reproducción de subjetividades subordinadas y ancladas al orden de género que instauró la modernidad.

Un somero recorrido por los análisis y trabajos más recientes sobre el servicio doméstico y la situación de las empleadas *del hogar*, permite observar que los estudios predominantes están orientados a explicar la situación laboral de estas mujeres, los mecanismos a través de los cuales las tareas domésticas son infravaloradas e invisibilizadas en términos de su aporte a la economía nacional y

al sostenimiento de otras esferas sociales, y la necesidad por conferir a las tareas domésticas el estatus de trabajo.

De acuerdo con datos recabados por la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del Instituto Nacional de Estadística y Geografía, en México existen más de dos millones de personas<sup>5</sup> que se desempeñan como trabajadoras y trabajadores del hogar. De esas 2 019 310 personas, que representan el 4.6% del total de la población empujada, 1 824 028 son mujeres, mientras que sólo 195 212 son hombres (Guevara, 2012: 6).<sup>6</sup> Otro dato importante es que una cantidad considerable de las mujeres dedicadas al trabajo del hogar, tiene entre 14 y 19 años de edad. Asimismo, en 2010 la Encuesta Nacional sobre Discriminación en México (Enadis) detectó que las mujeres trabajadoras del hogar que laboran bajo la modalidad de planta,-que residen en el hogar en el que trabajan- representan el 11.8% del total, mientras que la modalidad de entrada por salida representó el 88.2% (Guevara, 2012: 6 y 7). A ello hay que agregar que, según lo muestran algunos datos recientes, la situación de las mujeres empleadas domésticas en México no es menos complicada que en varios países de la región Latinoamericana, pues en nuestro país más del 90% de las trabajadoras del hogar no cuentan con un contrato laboral, lo que, a decir de algunos analistas, deriva del incumplimiento a las normas de protección de sus derechos laborales y a la falta de mecanismos jurídicos para hacerlos valer; perpetuando así, la situación de invisibilidad económica y social del trabajo doméstico y la precariedad de las condiciones laborales de las mujeres.<sup>7</sup>

Si bien la explicación y el análisis de la situación laboral en que se encuentran las empleadas domésticas resulta una labor imprescindible para el reconocimiento de los derechos de las mujeres en esta materia y para la

---

<sup>5</sup> Hasta el momento sólo disponemos de las cifras oficiales presentadas por organismos como el INEGI; será necesario precisar los datos sobre el número de empleadas del hogar en México a partir de otras fuentes. De acuerdo con los datos recabados por este instituto, en el año 2012 el número de la población dedicada al trabajo doméstico en México asciende a poco más de 2 millones 200 mil personas, de las cuales 95 de cada 100 son mujeres. “Estadísticas a propósito del día internacional del trabajador doméstico”, INEGI, 2013.

<sup>6</sup> Datos tomados del análisis realizado por el autor.

<sup>7</sup> Datos presentados por *Dfensor* (No. 1, año X, 2012). Editorial, “Hacia la dignificación del trabajo del hogar”.

visibilización del trabajo doméstico; creo, sin embargo, que a esta grave situación de precariedad laboral, marginación e invisibilidad en que viven las empleadas del hogar, subyace un entramado de relaciones sociales y mecanismos políticos, propios de la esfera doméstica, que pueden explicar la condición de subordinación y desigualdad social que viven estas mujeres y que precisan ser develados. La naturaleza de las relaciones sociales entre los distintos integrantes de la casa, así como la manera en que han delineado su identidad los *jefes de familia*, *amas de casa*, esposas, *hijos/as* y las empleadas domésticas que, siendo *pobres*, *indígenas* y, en muchos casos, *migrantes*, han encontrado en las tareas domésticas su única fuente de ingresos, constituyen un precedente fundamental en la explicación de la situación de marginación e inferiorización que caracteriza la experiencia laboral y subjetiva de las empleadas domésticas.

A partir de estos primeros supuestos me pregunto, entonces, ¿qué elementos confluyen en el imaginario colectivo que hacen que las tareas domésticas parezcan irrelevantes? ¿Qué es lo que pervive en el imaginario social dominante que impide concebir a las empleadas domésticas como sujetos que realizan un *trabajo* en el sentido hegemónico y tradicional del término? ¿Cuáles son las concepciones que, en una sociedad como la mexicana, existen acerca de lo que significa ser una empleada doméstica? ¿Cómo se conciben a sí mismas las trabajadoras del hogar? ¿Cuáles son los mecanismos de poder que sostienen, en la esfera de la domesticidad, las relaciones de jerarquía, subordinación, los maltratos y la explotación hacia las trabajadoras del hogar?

La manera como histórica y culturalmente las sociedades modernas han concebido las tareas que las mujeres realizan para mantener el orden reproductivo en una casa, las coloca en una situación de *inferioridad* con respecto a los otros integrantes de la familia. Realizado en su mayoría por las mujeres, el trabajo doméstico remunerado, como categoría específica de la domesticidad, se ve afectado por el imaginario de género que construyen los discursos y las categorías canónicas modernas y por la disociación entre la concepción dominante de *trabajo* y las labores de la casa o, entre las mujeres y el trabajo; lo cual, en el caso de las



tareas realizadas por las empleadas del hogar, tendrá un doble efecto: las mujeres en los contextos modernos no sólo reciben un trato de *estamento inferior* por ser mujeres (Serret, 2002), sino que las que se dedican a las labores del hogar lo reciben por partida doble, pues la concepción dominante de lo que significa ser una empleada doméstica también influye en el hecho de que las tareas domésticas que ellas realizan –búsqueda de los alimentos, preparación de los mismos, lavado de la ropa, limpieza de los pisos y habitaciones de la casa, servir a los señores de la casa, etc.– sean consideradas como tareas serviles, inferiores e irrelevantes.

En México, son múltiples las expresiones que revelan la pervivencia de ciertos supuestos o *verdades asumidas* sobre lo que son las empleadas domésticas y las tareas que realizan; un ejemplo lo encontramos en el terreno de la legislación laboral con respecto al trabajo doméstico que, bajo diversos mecanismos y discursos, continua escatimando la condición de trabajadoras a estas mujeres y sigue confirmando y reproduciendo el ámbito de la casa como el espacio de *intimidad*, de *privacidad*, que se rige, además, por reglas de *naturaleza* y *tradición*, aquella esfera que ha permanecido ajena a los principios y la lógica de la modernidad y que, por lo tanto, no puede ser perturbada por las leyes que operan en el ámbito de lo público, de lo extradoméstico, de lo propiamente moderno. Un ejemplo:

Trabajadores domésticos. Cuando reclaman el pago de la prima dominical y el patrón lo niega a ellos les corresponde probar que laboraron en domingo. La jornada de los trabajadores domésticos se rige por la regla especial prevista por el artículo 333 de la Ley Federal del Trabajo, que no establece límites al horario para encuadrarlo en un máximo legal semanal, sino que determina que el empleado deberá gozar de períodos de reposo durante el día para tomar alimentos y de descanso durante la noche, precisamente por la vinculación *sui generis* de convivencia familiar que guarda con el empleador y su familia; consecuentemente, no les es aplicable la regla general contenida en el artículo 58 de la citada legislación, que define la jornada de trabajo como el tiempo en que el trabajador se encuentra a disposición del patrón. Por tanto, la ausencia de una jornada específica conduce a establecer que cuando un trabajador

doméstico reclama el pago de la prima dominical, a él corresponde probar que laboró los domingos si el empleador lo niega.<sup>8</sup>

Es necesario realizar un análisis pormenorizado de las relaciones sociales en las que las empleadas domésticas se ven inmersas; del papel que juega en este entramado de relaciones de poder la clase social de procedencia y la apariencia física de estas mujeres; de la singularidad del espacio social al que históricamente han sido asignadas, de los mecanismos de poder que han originado la invisibilidad histórica de sus tareas y de su persona. Es preciso dar cuenta, a partir de los supuestos sociales existentes sobre estas mujeres y sobre las actividades domésticas, de cómo tales supuestos inciden en la idea que estas mujeres construyen sobre sí mismas, sobre sus tareas, de las otras personas con las que interactúan en la trama doméstica, de cómo se imaginan, se autoperciben y, a partir de tales concepciones, de la singularidad de relaciones sociales que establecen.

A partir de una primera identificación de las necesidades y carencias que aún persisten en los estudios y análisis sobre las empleadas del hogar en México, me propuse indagar de qué manera los diversos mecanismos políticos, las relaciones sociales de poder y dominación que se establecen entre las empleadas domésticas y los diversos integrantes de la familias en México, -ancladas al orden de género que implantó la modernidad-, así como la forma en que estas mujeres conciben y habitan la organización espacial de la casa, van configurando cierta subjetividad en las empleadas domésticas.

En términos más concretos, pretendo dar cuenta del complejo proceso de subjetivación de las empleadas domésticas en el marco de las lógicas de poder y dominación y de las prácticas espaciales propias de la domesticidad; una de las esferas más importantes para el orden social y político moderno.

---

<sup>8</sup> Cita tomada de “¿Qué implica para México la ratificación del Convenio 189 de la OIT sobre los derechos de las personas trabajadoras del hogar?” (Guevara, 2012:9).

En este sentido, el presente trabajo intentará describir y explicar cómo las complejas relaciones sociales de poder y dominación que se establecen entre los diversos integrantes de la familia moderna -regidas por cierto principio de legitimidad de la dominación normado por el orden de género de la modernidad-, así como las prácticas espaciales que dan forma a la vida doméstica, configuran la subjetividad de las empleadas domésticas en el contexto actual de la ciudad de México. Para lograr este cometido será necesario definir, en términos teóricos, cuál es la lógica que preside las relaciones sociales que se ponen en marcha en la esfera doméstica moderna, de tal manera que se proporcionen las herramientas teóricas y conceptuales necesarias para entender y analizar el caso concreto que me interesa.

Asimismo trataré de definir y explicar, a partir del andamiaje teórico proporcionado, qué tipo de lógica de poder y dominación rige las relaciones sociales que se ponen en marcha concretamente en el ámbito doméstico contemporáneo de la ciudad de México, considerando para ello el peculiar contexto histórico y cultural del país. Será importante explicar cómo, a partir de la implantación del orden jerárquico de género en la modernidad, la imagen misma que cada integrante de la familia ha construido de la casa en la que habita, así como el mismo patrón de prácticas espaciales que caracteriza al ámbito de la domesticidad, suponen una pieza clave en el establecimiento y reproducción de relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres.

Así pues, demostraré cómo las relaciones sociales que se establecen entre las trabajadoras domésticas y las/los señoras/es de la casa están presididas por un orden social jerárquico que se expresa en las distintas prácticas cotidianas, el uso y apropiación de los distintos espacios, las actitudes y los tratos entre los actores de la trama doméstica. A partir de todo ello, finalmente podré analizar a partir del propio discurso que las mujeres empleadas domésticas han construido sobre sí mismas, y de la interpretación de sus imaginarios, expresiones corporales y narrativas, los procesos de subjetivación que las han llevado a constituirse

como sujetos específicos y, en consecuencia, a establecer cierto tipo de relaciones sociales con las figuras de la domesticidad.

En este sentido, el supuesto fundamental que orienta la investigación es que los mandatos de género y los órdenes de clase y de etnia que estructuran a las complejas relaciones sociales de poder y dominación que se ponen en marcha entre los diversos integrantes de las familias mexicanas modernas y las empleadas domésticas, configuran una subjetividad particular, una identidad subordinada en las mujeres empleadas del hogar.

### **Sobre el diseño metodológico y las técnicas de investigación**

Como último punto considero que es importante plantear las fuentes de información y las técnicas para llevar a cabo la investigación:

El **análisis histórico** a través de *fuentes bibliográficas* y documentos históricos, **filmicos**, literarios, etc., que tienen como temática principal la trama familiar cotidiana y los principios que perviven en las interacciones domésticas en el México contemporáneo, será una herramienta muy fructífera para dar cuenta de las dinámicas de poder y dominación que rigen las relaciones sociales en la esfera doméstica mexicana en la actualidad, de quiénes son las figuras preponderantes en la casa, qué papel desempeña cada miembro en la trama doméstica, cómo se conciben unos/as a otros/as, en fin, aquellas fuentes que den cuenta de los juegos y relaciones de poder, de las jerarquías y figuras que construye la esfera de la domesticidad.

Por otro lado, atendiendo al objeto de analizar la conformación de la subjetividad de las empleadas del hogar a partir de sus propias experiencias, considero que **la entrevista** constituye otro de los medios más útiles para indagar cómo se piensan a sí mismas, cuál ha sido su papel a lo largo de las distintas experiencias en la vida doméstica y en el orden jerárquico de la domesticidad; quién es la figura central en las casas que han habitado, qué piensan de sus actividades y cuáles han sido las prácticas espaciales que conforman su rutina doméstica cotidiana.

Dar cuenta de la identidad que han configurado estas mujeres, supone rastrear en el pensamiento de las empleadas domésticas, observar sus actitudes, interpretar su narrativa, su expresión corporal, sus gestos, perspectivas, intereses, ilusiones y pensamientos. Se trata de un ejercicio que, a decir de Pierre Bourdieu, aun cuando de entrada supone una *relación social asimétrica* entre el entrevistador/a y el entrevistado/a, puede representar un fuente excepcional de información sociológica (Bourdieu, 1999), pues la entrevista tendría que conducirse a través de un proceso constructivo anclado en una constante vigilancia epistemológica y en el dominio teórico y práctico de las condiciones sociales que producen a la entrevistada. La intervención del sociólogo/a es la parte más complicada del proceso de la entrevista; es, sin embargo, necesaria. Supone dominio teórico, sensibilidad; precisa de la interpretación y de una suerte de *traducción* al momento de transcribir. Vale la pena citar unas palabras de Bourdieu que resultan sumamente ilustrativas del papel que desempeña el o la analista en la investigación a través de la entrevista, pero además nos permiten reflexionar de manera particular sobre mi objeto de estudio: cómo poder describir e interpretar la subjetividad de las empleadas del hogar a partir de sus palabras, sus gestos, sus desplazamientos, su postura corporal, su atuendo, sus gustos y preferencias, sus modos, los cuales constituyen parte de su verdad subjetiva, de su existencia identitaria y desde luego, de la estructura social que las ha construido; dice Pierre Bourdieu:

¿Es posible transmitir palabras racistas de tal manera que quien las pronuncia se vuelva inteligible sin legitimar con ello el racismo? ¿Cómo dar razón de sus palabras sin rendirse a sus razones, sin darle la razón? Más banalmente, ¿cómo evocar, sin excitar el racismo de clase, el peinado de una pequeña empleada y comunicar, sin ratificarla, la impresión que produce inevitablemente en la mirada habitada por los cánones de la estética legítima –impresión que forma parte de su verdad más inevitablemente objetiva-? (Bourdieu, 1999: 541).

A la luz de una reflexión como esta, mi labor consistirá no sólo en cultivar y tener la capacidad de interpretar a las entrevistadas, sino a partir de su discurso, de la manera en que se emplean el lenguaje, y de su expresión corporal, dar

cuenta de las condiciones y relaciones sociales que las han producido, que las han llevado *a ser lo que son*.

El presente trabajo está conformado por cuatro capítulos en los que se traza la trayectoria de vida de las empleadas domésticas; trayectoria vinculada al ámbito de la domesticidad y que dará como resultado la configuración de una subjetividad particular.

En el primer apartado se aborda, en términos teóricos, cuáles son las características que definen al espacio doméstico moderno y su especificidad social y política con respecto a los otros espacios sociales modernos. Se define, de igual manera, cuál es la lógica que preside las interacciones sociales que se establecen en esta esfera social. El segundo apartado estará dedicado a precisar las características de la esfera doméstica en México. De esta manera se podrán rastrear aquellos factores que juegan un papel central en la manera como se ha configurado el hogar familiar en nuestro país y que inciden en la forma como se relacionan los integrantes de la casa. El objeto de este capítulo es brindar un panorama más o menos preciso de la especificidad social, espacial y política del ámbito doméstico mexicano.

Como una de las manifestaciones más importantes de los juegos de poder que se ponen en marcha en el ámbito familiar, el tercer capítulo da cuenta de las prácticas espaciales que a lo largo de la vida de estas mujeres han definido el uso y la vivencia de los diversos espacios sociales; aquí se destacan particularmente las prácticas espaciales que, en razón de género, logran reproducir la manera tradicional como los hombres y las mujeres se relacionan entre sí y, ante todo, construir subjetividad. Finalmente, un último capítulo analiza los procesos subjetivantes que han atravesado las empleadas domésticas como consecuencia de las relaciones y prácticas sociales en las que se han visto inmersas en su larga trayectoria por la domesticidad.

## ***Las mujeres dedicadas al empleo doméstico. Notas sobre el trabajo de campo***

### *La narrativa*

La estructura de la presente investigación se construye tomando como fundamento principal los testimonios de cuatro mujeres empleadas del hogar que han desempeñado un papel central en la vida doméstica de varias familias a lo largo de varios años de su existencia:<sup>9</sup> la familia de la infancia, la esfera doméstica ajena en la cual trabajan, la familia que conformaron de adultas. Se trata de la narrativa de cuatro mujeres pertenecientes a generaciones diferentes, a distintas comunidades de origen; cuatro mujeres con perspectivas diferentes y cuatro maneras distintas de encarar la vida en la ciudad y en el mundo del trabajo doméstico en México.

La argumentación que seguiré recupera a lo largo de todos los capítulos los relatos de las mujeres. De tal manera que el esfuerzo fundamental consistirá en dotar de significado teórico los pormenores de las experiencias narradas por las mujeres y ambos elementos –el teórico y el empírico– estarán presentes y se entretejerán a lo largo de todo el trabajo.

Considero pertinente y necesario proporcionar la mayor cantidad de elementos posible que permita conocer cuáles han sido las condiciones sociológicas que han enmarcado la realización del trabajo de campo –las cuales, entre otras cosas, se manifestarán también en forma de dificultades que en algún sentido me han obligado a repensar y reorganizar el curso de la investigación–, la riqueza y utilidad que supone cada uno de los testimonios de mis informantes, pero sobre todo, para brindar la posibilidad de comprender la estructura social que sostiene y dota de sentido las narrativas de las mujeres entrevistadas y permita constatar que en la unicidad de cada experiencia que atraviesa la vida de estas mujeres se develan hechos sociales irrefutables; aquellos que nos hablan de un

---

<sup>9</sup> Los testimonios de las cuatro mujeres que trabajan como empleadas domésticas en la ciudad de México, aparecerán a lo largo de todo el trabajo. Por obvias razones les he prometido no revelar en ningún momento sus nombres, por lo que serán identificadas con seudónimos.

orden social que constriñe, incita, prefigura vidas e identidades, produce cuerpos, condiciona pensamientos, concepciones, y da forma y sostiene las interacciones sociales.

Deseo reconocer y dar lugar a la peculiaridad de cada experiencia narrada con el afán de dibujar de la manera más fiel a cada uno de los personajes que me han brindado sus testimonios sobre cómo han vivido un papel específico en la trama familiar y cómo ello ha constituido para cada una de estas mujeres un anclaje identitario, un condicionamiento subjetivo; la construcción de una subjetividad específica.

### *La entrevista*

La realización de entrevistas a las mujeres que se han dedicado al trabajo doméstico remunerado en casas o departamentos de la ciudad de México supuso una estrategia adecuada de recolección de información, pues las entrevistas constituyeron el medio que ofrecía un mayor abanico de virtudes y posibilidades de alcanzar los intereses de la investigación. El hecho de platicar con algunas de las empleadas domésticas que han trabajado en distintos hogares y contextos en la ciudad de México, me brindó la oportunidad de conocer e indagar las relaciones sociales de las que ellas han sido partícipes a lo largo de sus distintas trayectorias de vida: su infancia, la comunidad de origen, su experiencia y rol en la casa familiar propia, la relación con su padre, madre y hermanos, las experiencias laborales, el abandono de su comunidad, sus reclamos, desavenencias, sus proyectos e intereses; de esta manera concebí la subjetividad de estas mujeres como resultado de una larga trayectoria de vida vinculada a la peculiaridad de relaciones y prácticas sociales de los distintos espacios domésticos por los que han transitado y no sólo como el resultado de las interacciones cotidianas del ámbito doméstico donde trabajan en la actualidad.

Convine, pues, que el trabajo fundamental consistía en dar cuenta del orden social y político que enmarca la narrativa de las mujeres, el orden social en el que



desarrollan sus actividades cotidianas, la percepción que han forjado sobre sí mismas, del mundo y de los hechos que para ellas suponen momentos clave en su vida; con ello tenía además que atender la presencia de los cuerpos, el atuendo, el arreglo personal, el peinado, los objetos de uso, pero también el uso del lenguaje, la disposición y la capacidad de expresar ideas y emociones, las incomodidades y los silencios que conforman el entramado subjetivo de cada una de ellas.

### *Los encuentros*

El componente del azar ha tenido un lugar importante en esta investigación, ya que las vías que he tenido que encarar para obtener el testimonio de cada una de las informantes, han estado muy lejos de la planificación y del apego a un protocolo estricto. El primer intento fue abordar a las empleadas domésticas en espacios públicos –plazas, parques, mercados– y tal estrategia no resultó una vía fructífera para entablar un diálogo, pues el sólo hecho de pretender platicar con ellas sin conocerlas, generaba desconcierto, desconfianza, rechazo e incomodidad en las mujeres. La negativa inmediata que todas ellas manifestaron desde los primeros intentos para abordarlas, expresa el temor y desconfianza con la que estas mujeres han vivido en la ciudad, en aquellos espacios que les resultan ajenos, inhóspitos.

La siguiente estrategia consistió en recurrir a asociaciones civiles que trabajan a favor de los derechos de las empleadas del hogar.<sup>10</sup> Establecí así un primer acercamiento con la directora de una A.C. y, una vez que le hice conocer los objetivos de la investigación, se fijaron acuerdos e intercambios: la directora de la A.C me advirtió que si deseaba conocer y platicar con las mujeres que allí asistían, tenía que comprometerme con algunas actividades y tareas que contribuyeran al desarrollo de la organización: asistir a reuniones, redactar

---

<sup>10</sup> No revelaré el nombre de la asociación civil que me facilitó conocer a una de las empleadas domésticas que logré entrevistar, pues fue una petición explícita de la directora de la organización y de la informante.

documentos, difundir eventos y generar proyectos fueron algunas de las labores que me fueron encomendadas. Consideré que esta forma de proceder me mantendría cerca de las empleadas domésticas y facilitaría, en algún momento, que alguna de las mujeres al fin compartiera conmigo sus experiencias sobre su papel en la esfera de la domesticidad. Los encuentros, sin embargo, siempre fueron con la directora de la asociación y sólo en muy contadas ocasiones tuve la oportunidad de conocer a otras mujeres: militantes activas, mujeres que, tras haber sido vulnerados sus derechos humanos, laborales o culturales, llegaban a solicitar algún tipo de asesoría, o que simplemente simpatizaban con la causa de la organización y deseaban saber de qué manera podían participar. Solo logré entrevistar a una de las integrantes de esta A.C., pues siempre fue muy complicado conversar con otras de las mujeres que participan en esta organización. El resto de las empleadas domésticas entrevistadas que conformaron el grupo de mis informantes nunca se habían acercado a una organización de esta naturaleza.

Inesperadamente, el primer informante que accedió a platicar conmigo fue un hombre, integrante de la A.C que, muchos años atrás, había sido empleado doméstico y quería narrar su experiencia. No desestimé la oportunidad ni el ofrecimiento y, con los elementos que tenía al alcance en ese momento, prefiguré algunas interrogantes que podían orientar la entrevista y planeé el encuentro para que Horacio compartiera sus vivencias como trabajador en una casa ubicada en una de las zonas más opulentas de la ciudad de México. Mi objetivo: conocer de viva voz cómo percibe, vive e imagina la esfera de la casa un empleado doméstico que bajo una decisión ajena a sus intereses, en la que poco margen tuvo para maniobrar, tiene que emplearse en una casa<sup>11</sup> donde la explotación, la subordinación y las jerarquías entre los/las integrantes del hogar son el común denominador de las relaciones sociales cotidianas.

---

<sup>11</sup> Horacio fue obligado a trabajar en una casa como empleado doméstico por su padre, quien al ver que su hijo no había quedado en ninguna preparatoria o escuela para cursar el bachillerato, decide presentárselo a la dueña de una residencia donde él —el padre— ya había trabajado dando mantenimiento a la casa.

Mantuve la mirada fija en obtener una respuesta similar por parte de alguna de las mujeres, pero no corrí con la misma suerte. La plática que sostuve con Horacio, no obstante, me sugirió bastantes pistas no sólo para saber qué cosas en particular podíamos preguntar a las mujeres, sino también para ir generando un incipiente modelo de cuestionario que podía conducir futuras entrevistas.

En este trayecto no sólo no fue sencillo realizar las tareas que persigue y realiza la A.C. –fundamentalmente por el tiempo que demandaban–, sino que muy tardíamente logré conocer por fin a Héliida, una mujer que lleva más de 20 años dedicada al servicio doméstico remunerado, y cuyo conocimiento más reciente sobre los derechos de las trabajadoras del hogar se ha forjado a través de su participación y cercanía con la directora de la A.C.

El testimonio que ella me brindó resultó de enorme valía: su narrativa, siempre en tono de inconformidad, delata las secuelas de una vida permeada por experiencias cotidianas de explotación, invisibilidad y maltrato, pero en ella entrevera la perspectiva y el discurso que le ha dado estar involucrada con las causas y demandas que persigue la A.C de la que forma parte.

Héliida es una mujer de 54 años; se ha dedicado a ser empleada doméstica por más de 20 años en distintas casas y departamentos de la ciudad de México; siempre ha preferido trabajar en la modalidad de “entrada por salida” para poder laborar simultáneamente en varias casas, llegando, incluso, a tener cuatro empleos al mismo tiempo.

Establecer un primer encuentro con ella supuso esperar un tiempo considerable; en el momento en que la conocí atravesaba por un proceso de lenta convalecencia después de un largo tratamiento contra el cáncer que no sólo había mermado el interés y la energía necesarias para mantener una conversación, sino que disponía de poco tiempo debido a las revisiones periódicas que le habían prescrito y, además, se encontraba inmersa en una nueva estrategia de sobrevivencia que, dadas sus circunstancias, ella había adoptado para costear las

necesidades de la vida diaria y los gastos que un tratamiento médico de esa índole requiere.

Mientras se incorporaba nuevamente al trabajo como empleada doméstica, Héliida vendía afuera de su casa quesadillas, sopes y tostadas varios días a la semana, y ello consumía la mayor parte de su tiempo. Las secuelas de la enfermedad y el desmejorado estado de ánimo dificultaban con creces las actividades cotidianas que el negocio en ese momento requería: salir de compras, reunir los ingredientes de la comida, preparar y salir a vender por las noches, solía ser para ella una jornada realmente agotadora. Tuve que perseverar y mantener con ella la comunicación constante para que en el momento más propicio me diera la oportunidad de conocerla. Varias semanas después de haber establecido la comunicación con ella, por fin me indicó la ocasión y las condiciones precisas para recibirme en su casa y compartir sus experiencias y dificultades como empleada doméstica en la ciudad de México.

En un gesto de sobrada gentileza, Héliida me recibió en su casa; el complicado y enredado camino que conduce a su hogar la obligó a ir por mí a la esquina donde me indicó que tenía que dejarme el camión. Me recibió gustosa, agradecida. Al llegar a su casa percibí que había preparado el escenario para recibirme: una mesa dispuesta en la que podría colocar la grabadora, agua caliente para café y un espacio acogedor en el que, ella supuso, nos podríamos aislar de la algarabía que inundaba aquella mañana la casa. Hijos/as, nueras, yernos, nietas, nietos y bisnietos habitan en la misma casa; las habitaciones que originalmente eran de los hijos e hijas de Héliida se han convertido en departamentos familiares, y el bullicio de aquella mañana y las actividades cotidianas de todas las personas que ahí habitan, nos interrumpían una y otra vez. Sin embargo, Héliida no pierde concentración, se adueña de la plática y parece que por un largo momento se olvida por completo de los malestares que la aquejan. Durante un buen rato, reprueba con severidad la situación económica del país, analiza con esmero el salario promedio de una empleada doméstica y lo compara con los precios de los productos necesarios para la vida diaria; da cuenta

de lo que le cuesta a cualquier empleadora planchar en una tintorería una docena de ropa y hace cuentas sobre las docenas de ropa que ella plancha por el mismo sueldo que le pagan por hacer todo el aseo y el quehacer de una casa. Más adelante analiza las condiciones de una trabajadora u obrera en una empresa y la de una empleada doméstica en una casa. Lamenta entonces, en su comparación, carecer de seguro social, prestaciones, aguinaldo y vacaciones. Después se detiene para hablar sobre los salarios en México y vuelve a hacer operaciones matemáticas para demostrar cuán difícil resulta cubrir las necesidades de alimentos como carne, leche, huevo y fruta cuando se gana tan poco. Sabe perfectamente los precios de cada uno de los productos básicos en el mercado y le enfada que un presidente no sepa el precio de un kilo de tortillas. Vuelve a hacer cuentas, siempre teniendo en el centro de su discurso el salario de la “gente de clase baja”, lo difícil que resulta la vida cuando se es pobre. No da tregua a su exposición, compara, ironiza, cuestiona: “¿Y los salarios de los diputados? ¡Por qué enriquecerse unos teniendo de sobra y otros comiéndose, como dicen, la suela del zapato, poniéndola a hervir para que te salga el caldo negrito y pienses que ya es comida!”

No hace falta que le formule pregunta alguna, al menor descuido ella aprovecha ahora para comenzar a platicar sobre lo difíciles que han sido los últimos meses debido a su lenta recuperación y al tratamiento contra el cáncer. Relata la aciaga experiencia con suma minuciosidad: desde el día en que le detectan la enfermedad hasta las consecuencias físicas, emocionales y sobre todo, económicas que le ha dejado el padecimiento. Me habla incluso de las razones por las que ella cree que detonó la enfermedad y los grandes aprendizajes que le ha traído esta experiencia.

En cada tema que Héliida aborda, no escatima en detalles; evoca cada experiencia, cada lugar, y con ellos revive sentimientos, emociones, sensaciones, estados de ánimo: su infancia, la relación con su madre, su casa, la relación con su hermano mayor, el vínculo con su primer novio y el padre de sus hijos/as, las empleadoras con las que ha trabajado y los tratos que ha recibido. Lo único que

por momentos logra distraerla es el constate alboroto que existe en una casa habitada por tantas personas; entran y salen mujeres, los niños se carcajean, gritan, lloran; llega el vendedor de agua, grita una y otra vez, nadie lo escucha y entonces toca la puerta con fuerza. Algunas mujeres cocinan y por momentos escuchamos la agitación de la cocina acompañada de la música con la que aquellas aligeran la jornada doméstica de esa mañana. El tránsito de personas que entraba y salía por la misma puerta que estaba justamente enfrente de donde nosotras conversábamos aquel día era impresionante. Hélida difícilmente alteró el tonó de su conversación, nada la inquietaba, se mantenía atenta al tema de su relato; y sin embargo, la disposición de los espacios de la casa y la enorme algarabía permitía que el bullicio y el olor a comida se colara por todos los resquicios de la habitación.

En algún momento de la plática, Hélida me señaló que el mueblecito que estaba justo al lado de mi sillón se lo había regalado una de sus empleadoras, que le tenía aprecio al objeto y que no se explicaba por qué la señora se había querido deshacer del mueble si estaba tan bonito y útil.

A ratos, vuelvo a percibirla triste, agotada. El deterioro y cansancio que manifiesta su cuerpo no deja de inquietarme. Su postura refleja desgano, tristeza, una fatiga que no solo es consecuencia de la enfermedad y el tratamiento, sino que también es el efecto de muchos años de llevar a cabo el mismo trabajo, la invariable rutina; del desgaste emocional y físico, de las preocupaciones económicas que han permeado su vida.

Hélida es una mujer muy pequeña; se adivina que era una mujer regordeta, pero parece que ha perdido peso y, aunque su piel es muy morena, el pálido semblante revela que ya lleva algún tiempo muy enferma, ha perdido demasiado pelo, la resequedad e hinchazón de sus manos indican que el arduo trabajo doméstico todavía es una de sus actividades principales. Todo aquello que porta y exhibe su pequeña figura indica que el arreglo personal no está entre sus preocupaciones cotidianas. Aquella mañana Hélida dispuso de la sala para recibirme en las mejores condiciones para realizar la entrevista; los muebles lucían

recién acomodados, la mesa que colocó se encontraba más cerca del sillón que me tenía reservado y donde me indicó que debía sentarme. Sin embargo, ella lucía desmejorada y parecía no haber invertido demasiado tiempo en su arreglo personal: una corta melena despeinada, unos pants con sobrada tela para su pequeña figura, una playera y unos zapatos negros, constituían el atuendo de Héliida aquella mañana. Desde el comienzo de la plática, la postura que ella adoptó reflejaba que deseaba estar lo más cómoda posible para extenderse cuanto más en todos los detalles y experiencias de su vida en el mundo de la domesticidad.

La casualidad seguía prevaleciendo frente a los esquemas planeados: unas semanas antes, en el lapso durante el que esperaba concertar la entrevista con Héliida, tuve la fortuna de conocer y conversar con Camelia, una empleada doméstica muy joven que desde muy temprana edad migró de una comunidad del Estado de México a la ciudad para trabajar en algunas casas y departamentos como empleada “de planta”.

Hoy, después de 11 años de trabajo en una casa de la colonia Jardines del Pedregal, su empleo pende de un hilo; sus patrones, según refiere, han vendido la casa y con ello darán fin a la larga relación que mantenían con las mujeres que, en aquella residencia, sostienen el orden doméstico: una cocinera de avanzada edad que ha permanecido al servicio de aquella familia por más de cuarenta años y Camelia que, después de 11 años de llevar a cabo múltiples y extenuantes actividades para la familia de la casa, actualmente se encuentra agobiada por la pérdida del empleo, los malos tratos que recibe por parte de su empleadora y por la aventura en que se habrá de embarcar una vez que ella y su compañera exijan la indemnización que les corresponde por sus años de trabajo.

Camelia fue la primera empleada doméstica a la que entrevisté para esta investigación y la plática previa que tuve con ella, antes de la entrevista, fue una conversación mediada por su prima; ellas eligieron que nos reuniéramos en un café de chinos en el barrio de San Ángel que, por lo que pude apreciar, suele ser un sitio frecuentado por ambas mujeres. Por ser domingo, el día en que

descansaba Camelia, el lugar se mostraba bastante concurrido; no obstante, nuestra plática discurrió en absoluta tranquilidad. Los temas se diversificaron en todo momento: la infancia de Camelia, la cercanía que mantiene con su prima, su comunidad de origen, su familia, la mala relación que sostiene con su patrona, la vida diaria y el transcurrir de los días en la casa donde trabaja. Y aunque a ratos se le podía percibir un tanto nerviosa, ese día logré adivinar que Camelia deseaba contar su experiencia, los proyectos que pretende realizar y, sobre todo, compartir su hartazgo por lo monótona que puede llegar a ser la vida en la casa donde actualmente trabaja.

Ese primer encuentro informal sirvió para propiciar una mínima confianza que se convirtió en la oportunidad de volver a verla pocas semanas después, con la autorización para realizar una primera entrevista a la que acudió mostrando una singular disposición.

Nos reunimos en el jardín de la Iglesia de San Jacinto, también ubicada en el barrio de San Ángel, un sitio del que Camelia suele disfrutar en sus días de descanso; el lugar lo propuso ella, quizá no solo por la comodidad que, en fin de semana, suponía para ella trasladarse a una corta distancia desde su lugar de trabajo, sino por la familiaridad que tiene con aquel jardín, con el barrio aledaño a la colonia en la que trabaja. Es en este mismo lugar en el que, los fines de semana, las trabajadoras domésticas de los distintos barrios de San Ángel, suelen reunirse para convivir y pasear. El mercado y las plazuelas suelen ser lugares a los que las mujeres acuden a realizar compras en los días laborales o a pasear en los días de descanso.

El día de la entrevista Camelia llegó un poco tarde debido a la poca disposición de sus patrones a dejarla salir más temprano. Aquella mañana la señora y el señor le encomendaron preparar el desayuno y otras actividades que terminaron trastocando sus planes. Llegó a la cita un poco alterada, avergonzada y nerviosa, se deshacía en disculpas y justificaciones. Le propuse olvidar el incidente y comenzar a platicar sobre su vida y sus experiencias como empleada doméstica en esta ciudad.



Con un notorio nerviosismo, Camelia siempre respondió contundente y claramente a todas las preguntas que le planteé. Evadió, siempre y en todo momento, el mínimo cruce de miradas; mantuvo la mirada en otro sitio y se le percibía incómoda si por breves instantes la miraba a los ojos. Durante su relato, solo por brevísimos momentos logré entrever cierto dejo de alegría, de optimismo: hablar sobre sus sueños y proyectos le transformaba el semblante: ¿qué haría de su vida si fuera dueña de su tiempo? Conocer otras personas, otros lugares y formar una familia, respondió, sin dejar el menor lugar a la duda.

Lo que dominó su narrativa, sus expresiones, gestos, tonos de voz y modales, fue un profundo fastidio: habló de la implacable rutina de trabajo, los desplantes de la señora de la casa, el transcurrir de la tarde frente a un televisor, ante un altero de ropa por planchar. Se quejó de la vida que ha llevado, de las carencias de su familia, se lamentó del padre y la madre que la criaron, reclamó no haber podido continuar estudiando. Le entristece que los hombres se burlen y engañen a las mujeres. Reiteró, poco tiempo después, sus más anhelados proyectos y se le volvió a iluminar el rostro.

De aspecto un tanto serio, Camelia rió nerviosa y repetidamente a lo largo de toda la entrevista; su diminuta silueta se movía incesantemente. Ella es una mujer muy pequeña; el cuerpo y la voz casi infantil me daban la impresión de estar frente una niña. Su cara morena y reluciente brillaba tanto como su larga mata de pelo que casi le llega a la cintura y cubre toda la espalda. Un manojo de pelo húmedo y bien cepillado adornaba su cara morena, limpia y libre de cualquier maquillaje. Su menuda silueta contrasta con unas toscas manos, hinchadas y regordetas con las que, en aquella ocasión, jugueteó dejando ver sus enrojecidos, gruesos y callosos dedos.

Aquella mañana Camelia lucía impecable; vestía un pantalón de mezclilla sobre el que resaltaban innumerables estoperoles y brillantes, un suéter sencillo y unas diminutas botas que la hacían aparentar mayor estatura. La bolsa y el celular formaban parte del atuendo, lo mismo que el barniz desgastado que cubría escasamente sus uñas, los anillos y pulseras de fantasía que adornaban sus

manos. Durante la entrevista, algo me llamó constantemente la atención: Camelia se ha apropiado de las frases utilizadas comúnmente por la juventud citadina, de tal suerte que en su narrativa emplea expresiones tales como “órale va ¿no?; ¡está cañón!; ¡qué onda!”

Pese a la juventud que tiene, Camelia se muestra fatigada, desalentada y aburrida de la rigurosa rutina que rige su vida laboral desde hace varios años. La rigidez de su empleadora impide que Camelia disfrute plenamente de sus días de descanso y de las visitas a su comunidad. Nada ha sido más complicado que concertar los encuentros con Camelia para realizar las entrevistas, pues en muy pocas ocasiones puede disponer libremente de su tiempo. La jornada laboral bajo una modalidad de planta, la mayoría de las veces consume todos los días de la semana y la joven no puede planear con antelación ningún tipo de actividad o cita.

El siguiente encuentro fue con Narcisa, una mujer de 86 años que actualmente se encuentra trabajando con una de las integrantes de la misma familia que la contrató hace ya más de 60 años.

Narcisa llegó a la ciudad de México a los 22 años procedente de una comunidad del Estado de México llamada Yebuciví, ubicada en Almoloya de Juárez. De familia campesina, Narcisa creció en el contexto de una familia muy numerosa cuyas carencias materiales provenían de la dificultad de sostener, de las labores del campo, a una familia integrada por 12 hijos e hijas. Cuando ella decide migrar a la ciudad de México se ve envuelta en una querrela con su padre, pues éste se opone obstinadamente a que sus hijas abandonen la comunidad. A estas alturas, una prima ya le había conseguido a Narcisa un empleo como trabajadora doméstica de planta en la casa donde trabajaba aquella. La permanencia en este primer empleo, y en otro posterior, realmente fueron muy breves: los malos tratos, el ambiente familiar, no tener días de descanso y tener muy racionados los alimentos ocasiona que Narcisa se vea tentada a regresar a la casa de sus padres en la comunidad; la severidad de su padre y las adversidades materiales hacen que desista y permanezca en la ciudad donde muy pronto

conocerá a la familia con la cual permanecerá durante varias generaciones y cuyas integrantes, ella misma refiere, le han dicho que ya es parte de la familia.

Los diversos encuentros con Narcisa se convirtieron en largas pláticas en las que ella relató minuciosamente la vida y la rutina familiar en su casa cuando niña, los sinsabores y las satisfacciones a lo largo de los años en que ha trabajado como empleada doméstica; sus convicciones, arrepentimientos, deseos y lo que piensa de sí.

Entrevistar a una mujer de 86 años supuso no sólo improvisar, cuando la divagación se adueñaba de la plática, algunas estrategias para reconducir su relato a los pasajes y experiencias que me interesaba conocer; planear, además, varios encuentros, pues las descripciones tan detalladas que construía Narcisa precisaron más de dos reuniones y la búsqueda cuidadosa de sitios que nos permitieran conversar tranquilamente y donde el bajísimo tono de su voz fuera perceptible para la grabadora. Si algo caracterizó la narrativa de Narcisa fue el esmero con el que recrea sus innumerables experiencias; siempre emocionada por relatar lo que había vivido, se detenía a pensar por breves instantes, recordaba, su mirada se perdía y ella articulaba nuevamente su relato, siempre entreverando varios temas a la vez: la relación con sus empleadoras y patrones, su experiencia en la ciudad, sus relaciones de pareja, los recuerdos de la infancia, la relación con su padre. Refiere estas experiencias una y otra vez, todas tienen un singular significado en su vida; en todas aparece el juego de poder, la prohibición, el dominio, la injusticia, el tutelaje: un padre que, cada vez que Narcisa se empleaba en una casa, se presentaba con la familia y le solicitaba a los señores que le prohibieran a su hija salir de paseo; los golpes propinados por un hermano, el arduo y extenuante trabajo en el campo y en la casa impuesto por su madre y su padre, la violencia de una de sus parejas que finalmente la llevan a determinar no volver a involucrarse con ningún hombre.

Siempre taciturna, Narcisa se percibe muy cansada, reitera que se siente satisfecha por la manera en que ha conducido su vida; no obstante, se recrimina en varias ocasiones no haber hecho lo que realmente deseaba, no haber

protestado cuando le prohibieron realizar sus proyectos. Ahora se percibe ya muy cansada, la aquejan varias dolencias, los achaques de su avanzada edad se perciben claramente en todo su cuerpo: camina muy lentamente, le duelen las piernas, su pequeña figura se muestra encorvada, su tono de voz casi es imperceptible y evita salir por las tardes cuando el frío le puede causar alguna molestia en el cuerpo. Narcisa se dice resignada, agotada, pero satisfecha con la vida que llevó. Aún permanece realizando diversos quehaceres domésticos en la casa de la familia que la conoció desde hace casi 70 años; mantiene una relación de cercanía y afecto con varios y varias de sus integrantes y en algún momento refiere que, ya sea en la casa de su infancia o en la de la familia con la que ha trabajado, sólo espera a que llegue el momento de su muerte.

La cuarta empleada entrevistada para este trabajo fue Carmen; ella es una mujer que, al igual que Camelia y Narcisa, también migró de su pueblo natal hacia la ciudad de México. Proveniente de San Francisco Nuxaño, Oaxaca, contaba con 20 años cuando llegó por primera vez a la urbe. Me cuenta que los acontecimientos más importantes de su vida han ocurrido aquí, en la ciudad de México: el nacimiento de sus hijos/as, la adquisición de un terreno y una vivienda propia, la obtención de un empleo y un ingreso propio para solventar los gastos de la casa y los de su familia.

Carmen se ha dedicado a ser empleada doméstica de entrada por salida durante los últimos 20 años. A ella, esta modalidad de trabajo siempre le ha parecido mucho más favorable y adecuada a sus ritmos y actividades prioritarias: estar al cuidado de su hogar familiar y al pendiente de su hija y de su hijo. Ella, a diferencia de las otras mujeres, no llegó a la ciudad buscando un empleo; se había casado en su pueblo de origen y venía a vivir y a formar una familia a México con su marido. Desde siempre se dedicó a las labores propias de una esposa y una madre; fue sólo cuando su esposo comenzó a tener dificultades para costear los gastos de la casa y las necesidades de la familia que Carmen decidió buscar un empleo y comenzar a trabajar. Dice que el trabajo le cayó “como del cielo”: una vecina que vivía en la misma unidad habitacional que ella le propuso que le hiciera

diariamente el quehacer de su casa y que durante el lapso que permaneciera en ella, Carmen podía ir por su hijo y su hija a la escuela. Y regresar a trabajar. Carmen no se tomó tiempo para pensarlo, aceptó inmediatamente el ofrecimiento. Su decisión facilitó mucho las cosas en su hogar; ahora ella solventaría varios de los gastos de la casa y, sobre todo, les concedería los antojos a sus hijos.

Actualmente Carmen tiene 54 años, vive con su esposo en un terreno que compraron una vez que a él le otorgaron un crédito de vivienda, y por lo cual Carmen tuvo que dejar aquel primer empleo cuando se mudaron de residencia. Hace varios años que trabaja con otra señora a quien dice que le ha tomado aprecio por lo buena persona que es con ella, se mantiene trabajando en la modalidad de entrada por salida y, con ello, dice que siente que tiene asegurado un ingreso que le permite resolver varias necesidades.

La primera vez que platicué con Carmen me recibió en la casa de su empleadora. Estaba tan atareada en aquella ocasión que sólo logramos conversar unos minutos, los que bastaron para que me dijera que aceptaba gustosa que la entrevistara y que me podía recibir en su casa. Acordamos entonces la fecha; me advirtió, eso sí, que sólo me podría recibir en su casa en un horario en el que tuviera resueltas todas sus actividades domésticas, pero a cambio me ofreció ir por mí a la terminal del camión.

Las condiciones que rodearon aquella tarde mi encuentro con Carmen -y todos los posteriores- no podían ser más favorables: ella tenía el tiempo suficiente para narrar lo que deseara, sobrada disposición y un ambiente de silencio y tranquilidad inundaba su hogar. Desde que la conocí, siempre se mostró muy nerviosa; hablaba muy rápido, su narrativa era escueta, sin mayores rodeos, siempre clara, fluida. Sin embargo, conforme avanzaba en su relato, se fue apropiando de la situación. Entonces, en el primer encuentro, me habló sobre la aventura que supuso su noviazgo, la vida y el ritmo de trabajo extenuante en su comunidad; sus deseos, sueños y proyectos y, desde luego, sobre sus vivencias como empleada del hogar, la experiencia de ser madre y cómo fue aprendiendo a vivir en la ciudad.

Carmen es una mujer muy morena, robusta y de estatura media. En todos los encuentros que tuve con ella siempre se mostró muy amable pero excesivamente nerviosa. Su temor principal era no saber responder correctamente a las preguntas que le formulara; entonces a cada interrogante ella reía nerviosamente y confirmaba si había entendido la pregunta para, sólo así, dar lugar a su relato. De actitud sobradamente tímida, Carmen se percibe muy satisfecha con las experiencias vividas a lo largo de su vida; señala haber logrado satisfactoriamente proyectos cruciales: casarse, tener, hijos, formar una familia y tener un hogar o casa propia. En todo momento Carmen sonríe, le enorgullecen sus hijos/as, la estabilidad de su matrimonio y la autosuficiencia que le propicia trabajar como empleada doméstica algunos días de la semana. Está convencida de que en algún momento tendrá que dejar de trabajar, pero asegura que jamás pensaría en la posibilidad de regresar a su comunidad, pues no quiere volver a padecer carencias y miseria.

Pese al evidente buen estado de salud de Carmen, los siguientes encuentros con ella cada vez fueron más difíciles por la escasez de tiempo y, principalmente, por los persistentes problemas de salud que la empezaron a aquejar. Situación que siempre justificó señalando que el exceso de trabajo ya comenzaba a hacer estragos en su cuerpo.

### *El cuestionario*

Desde los primeros encuentros con la directora de la A.C a la que acudí al inicio del trabajo en campo y desde la primera conversación que tuvimos con Camelia, comencé a registrar y describir los pormenores de cada encuentro con las mujeres. Tomé nota de los gestos, el lenguaje que empleaban, cómo se vestían, la facilidad que tenían para expresarse, qué tan incómodo les resultaba abordar ciertos temas o qué tanta disposición mostraban para profundizar en otros, pues mantengo la convicción de que estos rasgos poseen un significado sociológico tanto de mis personajes como del orden social que los construye y condiciona. Esta labor resultó de gran utilidad en esta primera etapa del trabajo de campo, pues me permitió comenzar a generar una reflexión que condujo a determinar

cuál sería el carácter del instrumento de recolección de información y el tipo de preguntas que deberían orientar las siguientes entrevistas.

Desde las primeras pláticas con las mujeres me percaté de que a ellas les parecía importante y necesario compartir sus experiencias como empleadas domésticas, hablar sobre cómo transcurre la vida en la casa familiar y el significado y la naturaleza de los vínculos y relaciones sociales que establecen con quienes las emplean. La disposición que ellas mostraron para abordar ciertos temas, la fluidez de su narrativa, el deseo por ahondar en ciertas temáticas, fueron los elementos que definieron la forma que tomaría el cuestionario que orientaría las entrevistas y el tipo de encuentros que habría de tener con las mujeres.

Bajo tales circunstancias, la preocupación fundamental que guía la investigación no sólo se afianzaba, sino que tomaba, de los incipientes encuentros y respuestas de las mujeres, mayores elementos de análisis: explicar cómo se configura la identidad de una empleada doméstica y dar cuenta de que aquello que se devela en sus pensamientos, autopercepciones, posturas corporales, modales, lenguaje, arreglo personal, es resultado de un orden social, simbólico e imaginario, que sistemáticamente produce y reproduce las condiciones para erigir subjetividades marcadas por la subordinación y la marginalidad, precisaba de un instrumento de recolección de información que, bajo una situación de desenvoltura y espontaneidad, permitiera a mis informantes hablar ampliamente sobre el papel que han desempeñado en los distintos ámbitos domésticos en los que han trabajado e ir detectando en sus narrativas los fundamentos que orientan la investigación.

Decidí realizar entrevistas a profundidad y asegurar con las informantes la posibilidad de que me permitieran conocer un universo social más complejo, aquel que se revela en sus concepciones, vivencias, pensamientos, su cuerpo, su lenguaje, sus aspiraciones y proyectos y, que sólo lograría abordar a través de repetidos encuentros con las mujeres.

El tipo de entrevista y las preguntas que he construido de ninguna manera se apegan a un protocolo estricto; consisten, más bien, de un conjunto de temas centrales por cubrir y abordar con cada una de las informantes, permitiéndoles a ellas ahondar libremente en sus experiencias y propiciando siempre la probabilidad de que podamos volver a reunirnos, cuantas veces sea necesario, para profundizar sobre ciertos temas y conocer más de cerca sus vidas.<sup>12</sup>

### *Las transcripciones*

La singularidad de cada una de las informantes, en términos de edad, estado de salud, situaciones personales, laborales y las condiciones mismas en que he realizado cada entrevista, favorecen o perjudican el trabajo de transcripción.

Al entrevistar a cada una de las informantes me he encontrado con circunstancias diversas: encuentros con las mujeres en sitios públicos de gran afluencia, el bullicio que el ajetreo de la vida cotidiana impone incluso en los lugares privados; el bajísimo, casi imperceptible, tono de voz de una de las mujeres, entre otros inconvenientes, han impedido captar en su totalidad el discurso oral de algunas de las informantes. Consciente, además, de la invisibilidad en que quedan sumergidos los silencios, los gestos, los suspiros, las miradas, los ademanes, las incomodidades y las exclamaciones corporales de las mujeres debido al trabajo de transcripción, me he dado a la tarea de presentar un texto que recupere con la mayor fidelidad posible todo lo que las empleadas domésticas han expresado.

Lo anterior no impide que la entrevista grabada, al momento de ser transcrita, haya tenido que someterse a un proceso de depuración que facilite su lectura a quienes no han presenciado la narración “original”. Por lo que ha sido necesario eliminar frases confusas, repeticiones innecesarias y muletillas.

---

<sup>12</sup> Hasta ahora he logrado tener varios encuentros con algunas de las empleadas domésticas; todas ellas han mostrado la suficiente disposición para volvernos a reunir en el momento que sea necesario para abordar o profundizar ciertas temáticas.



## 1. ANTECEDENTES: LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO EN LA MODERNIDAD

La creciente complejidad de las sociedades modernas dio lugar, entre otras cosas, a la diversificación de espacios sociales diferenciados,<sup>13</sup> es decir, a la proliferación de esferas sociales regidas por diferentes lógicas de interacción social, por principios que legitiman y determinan tales lógicas y en las que los intereses perseguidos por los actores sociales en cada uno de los espacios son diversos.

En esta división de esferas sociales la diferencia sexual juega un papel central –diferencia que se constituye ante todo como una diferencia política, es decir, coloca a los hombres en situación de dominio y a las mujeres de sujeción y subordinación–, pues la conformación de los diversos espacios sociales modernos está estrechamente asociada a la constitución de identidades genéricas específicas. La diferencia sexual se traduce, pues, en la conformación de espacios sociales en los que varones y mujeres ocupan posiciones de poder diferenciadas, condiciones de jerarquía y subordinación; espacios definidos por lógicas de interacción radicalmente distintas, pero también con características físicas y simbólicas muy peculiares: el ámbito de lo público, por ejemplo, se define por el establecimiento de relaciones sociales entre sujetos varones que se asumen como iguales; la esfera de la domesticidad, por otro lado, se configura apegándose a una lógica tradicional de dominio–subordinación fundada en un principio de *desigualdad natural* que rige la interacción asimétrica entre los sexos. La existencia articulada de tales espacios es parte constitutiva del paisaje político y de la geometría que dio forma a occidente moderno.

La división entre los espacios de lo público, lo privado y lo doméstico, en la concepción más útil y adecuada para dar cuenta de la especificidad de las lógicas

---

<sup>13</sup> Para captar en su complejidad los significados de *espacio social* que utilizaré a lo largo del análisis, es necesario precisar los distintos niveles en los que se puede ubicar este concepto: en el nivel más abstracto del análisis político, la noción de espacio social se refiere a las diferentes lógicas de interacción, a las pautas de funcionamiento e intereses que guían las acciones sociales en las sociedades más *complejas*. En un nivel mucho más concreto, pero no menos complejo, la definición de espacio social también se refiere a la especificidad de las lógicas de interacción social y a la peculiaridad de prácticas espaciales en el marco de *espacios físicos y simbólicos* claramente delimitados en términos materiales, unos de otros, arquitectónicamente diseñados para responder a las lógicas de poder y subordinación.

de interacción que definen a cada esfera social, expresan la progresiva complejidad que fueron adquiriendo las sociedades modernas. En este nuevo orden social y político moderno, el ámbito doméstico, el espacio familiar, aunque invisible e imaginariamente carente de relevancia, constituye un eslabón fundamental para el sostenimiento y reproducción de los diversos espacios sociales y de las diversas figuras que los habitan.

El ámbito doméstico, el espacio de la casa familiar, constituye, independientemente de la clase social que lo defina, uno de los entramados sociales y políticos más complejos en las sociedades contemporáneas. La diversidad de prácticas e interacciones que se realizan en el contexto de la cotidianidad doméstica moderna implican un claro ordenamiento de género que se expresa a través de las relaciones de poder y las jerarquías que se ponen en juego entre las mujeres y los varones que ahí conviven, en las prácticas diferenciadas que unos y otras llevan a cabo; y en la multiplicidad de relaciones sociales que devienen relaciones interpersonales con una fuerte carga de violencia, dominación, explotación.

La existencia de ciertos actores sociales para mantener el orden de la cotidianidad doméstica resulta fundamental en tanto que tales figuras guardan de sí mismas una clara idea de cuál es su papel, sus prácticas y posición identitaria en el orden y funcionamiento de la casa familiar: la esposa, la señora, el señor o jefe de familia, las hijas e hijos, las empleadas domésticas, el ama de casa. El desempeño adecuado de la esfera doméstica precisa de la puesta en juego de las diversas identidades a través de la trama social familiar, lo que supone, desde luego, la incorporación de ciertas actitudes, prácticas específicas, acciones, desplazamientos, autopercepciones y concepciones fundamentales que no hacen sino permitir la reproducción del hogar familiar.

Sin la declarada asunción subjetiva de los roles o papeles de cada una de las figuras que interactúan, el hogar familiar no funcionaría ni llevaría a cabo su meta principal: mantener y reproducir el orden jerárquico de género esencial para la configuración de las diversas identidades sociopolíticas, y generar las

condiciones materiales y reproductivas básicas para que los miembros de la familia moderna puedan desempeñarse en los distintos espacios extradomésticos que el desarrollo de sociedades cada vez más complejas ha creado.

El imaginario social de género en la modernidad,<sup>14</sup> obstinadamente referido a la simbólica de género tradicional, juega un papel fundamental en la reproducción del orden social de la casa familiar, se reproduce y se actúa, como en ningún otro lugar, en el peculiar espacio de la domesticidad. Allí es legítima la consideración desigual de hombres y mujeres, las prácticas y los roles diferenciados en razón de género, pero a ello se agregan las persistentes concepciones de jerarquía y estamento que permean las interacciones entre miembros específicos del espacio doméstico. El análisis de las relaciones sociales y las experiencias que viven las empleadas domésticas en los confines de ese espacio brinda una oportunidad inestimable para dar cuenta de la eficacia del género imaginario social y de la lógica estamental que pervive en la esfera doméstica.

Y es que el mundo doméstico, en el seno de la sociedad mexicana contemporánea, se encuentra signado en las interacciones sociales cotidianas por un legado colonial tradicional, por elementos de corte racista, clasista, estamental que, ante todo, permiten la pervivencia y reproducción de un orden diferenciado y jerarquizante entre los géneros y los actores sociales y que no puede sino tener efectos específicos en la constitución de las subjetividades.

¿Cuál es la idea hegemónica que se crea en el entorno cultural e idiosincrático de la domesticidad mexicana sobre quiénes son, qué hacen y qué es lo que caracteriza a las mujeres, sean éstas esposas, concubinas, madres, hermanas, hijas o empleadas domésticas? ¿Cuál es la especificidad cultural mexicana a través de la cual no sólo se reproduce una verdad sobre la figura de la

---

<sup>14</sup> De acuerdo con la explicación que ha construido Estela Serret, existen tres niveles de intervención del género: el *género simbólico*, el *género imaginario social* y el *género imaginario subjetivo*. El segundo de estos niveles se refiere al cúmulo de supuestos, *tipificaciones* e ideas comunes o compartidas por una determinada sociedad sobre lo que significa ser varón o mujer (Serret, 2011:84)

empleada doméstica y las otras figuras de la domesticidad, sino que se crea un mundo típico de relaciones sociales, de prácticas, de tratos, de formas, actitudes, gestos, pero también de maneras de habitar el espacio, de vivirlo y diferenciarlo?

Brindar algunas pistas para iluminar estas interrogantes precisa de una primera explicación en el orden de lo más abstracto, en el terreno de lo conceptual; es por ello que este primer capítulo estará dedicado a construir una reflexión teórica sobre la definición del espacio doméstico moderno, los fundamentos que sustentan las relaciones sociales propias de ese espacio y sus efectos en la constitución de las identidades. Dicha reflexión teórica servirá, ante todo, para mostrar la exitosa propagación y persistencia de sólidos imaginarios sociales en torno a las identidades de género, de clase social y de etnia en la singular esfera de la domesticidad mexicana contemporánea y para revelar cuál es el origen de los mecanismos jerarquizantes, estamentales e invisibilizantes entre las figuras y prácticas centrales del espacio familiar.

Así, las siguientes líneas buscan definir y explicar cuáles son las características que definen al espacio doméstico moderno, su papel en la configuración de las identidades de género y su especificidad social y política con respecto a los otros espacios sociales de la modernidad. De tal manera que se pueda dar cuenta de la genealogía del poderoso imaginario que asocia a las mujeres con el ámbito de la domesticidad, del confinamiento y subordinación femenina en este singular espacio y, con ello, entender cuál es la especificidad de los fundamentos que presiden las lógicas de poder y dominación que se establecen, en esta esfera, entre sus diversos integrantes.

Es necesario, pues, precisar la relevancia y el significado de ciertos procesos históricos y sociales, de la producción discursiva que sustenta los poderosos imaginarios colectivos y, fundamentalmente, de los efectos de éstos en la construcción subjetiva, con la finalidad de entender la especificidad de las lógicas de interacción social de la domesticidad en el mundo contemporáneo.

## **1.1 (Des)dibujando los espacios sociales de la modernidad. La domesticidad invisible**

La diferenciación de los espacios en la vida social es uno de los rasgos centrales del proceso de modernización de las sociedades occidentales; es decir, del conjunto de largos y complejos procesos de transformación social, política, científica y cultural que se fueron produciendo en las sociedades modernas a consecuencia de los procesos de racionalización.<sup>15</sup>

En el terreno político las sociedades modernas, a diferencia de las del antiguo régimen, se caracterizaron por nuevas formas de ejercicio de poder, nuevos principios de asociación, a través de los cuales se establecía el principio de *igualdad natural* entre todos los seres humanos y desaparecía la rígida y constrictiva estructura estamental de las sociedades medievales. Ante los obstáculos que tal lógica imponía al creciente poder económico de una joven burguesía a la que se le impedía el ejercicio del poder político por pertenecer a un estamento considerado “inferior por naturaleza”, la premisa de la *igualdad natural*

---

<sup>15</sup> El proceso de racionalización que define el carácter deconstructivo propio de la modernidad, constituye el meollo de las tendencias modernas que definen particularmente a las sociedades occidentales. El complejo proceso de racionalización fue ampliamente estudiado por Weber y es el origen de las profundas transformaciones en las culturas occidentales. La racionalización es el resultado de la “especialización científica” y de la “diferenciación técnica”, cuya finalidad es el mayor dominio de los fenómenos del mundo exterior con miras a obtener más rendimiento, eficacia y previsión. Se trata, simplemente, de una creciente complejización o “refinamiento” en la esfera técnica y práctica de la vida y que, sin embargo, provee a las sociedades modernas de cierto tipo de certezas: la racionalización no significa un mayor conocimiento general de las condiciones que nos rodean, “significa más bien que sabemos, o que creemos, que en cada instante podríamos, siempre que quisiéramos, demostrarnos que en principio no existe ningún poder misterioso e imprevisible que se interfiera en el curso de nuestra vida; en pocas palabras, que podemos dominar cualquier cosa por medio de la previsión (Weber citado en Freund, 1986:24). El “desencantamiento del mundo”, como lo llamaba Weber, es consecuencia del dominio técnico y de la acumulación del saber e implica que los hombres y las mujeres han dejado de creer en las *fuerzas mágicas*, en los espíritus trascendentes, para albergar, entonces, un escepticismo e incertidumbre constantes como resultado del carácter imprevisible y cambiante que caracteriza a la modernidad.

entre todos los seres humanos desempeñará un papel crucial en el establecimiento de los nuevos principios de asociación modernos. Tal idea es la que se enfrenta a las bases mismas del sistema estamental y es la que sostiene toda la propuesta iusnaturalista y luego ilustrada.

Las bases filosóficas en que se apoyan los planteamientos modernos, tal como lo explica Estela Serret, parten de la recuperación del *individuo racional* que formula el pensamiento aristotélico, aunque la modernidad ilustrada le da un giro distinto: la *racionalidad* no sólo compete a unos cuantos individuos privilegiados miembros de la *polis*, sino que pertenece al género humano en su conjunto (Serret, 2008: 16). Se trata de la construcción de una nueva lógica *racional* que se jacta de ser *universalista* en la medida en que se refiere únicamente a la cualidad más abstracta de los seres humanos: *la razón*, y así, considera a los individuos como entes autónomos con todas las prerrogativas que ello implica (Serret, 2002: 16). De esta manera, los filósofos de la modernidad, a través de las doctrinas iusnaturalista y contractualista, intentarán demostrar que *la racionalidad es un atributo universal*, no sólo de unos cuantos. Desde luego, en la medida en que se pudiera extender el principio de la razón universal sucedería lo mismo con las cualidades de los individuos libres y autónomos, facultados para gobernarse a sí mismos.

Sin embargo, la subordinación y exclusión en que, en realidad, permanecieron sumidas las mujeres tiene, efectivamente, como condición de posibilidad, una subordinación discursiva de la que no es posible hacer abstracción. La Ilustración, entendida como el planteamiento ético que critica justamente las *desigualdades naturales* entre los seres humanos y funda la legitimidad de un nuevo orden político basado en acuerdos racionales y autónomos con pretensiones universalizantes, al mismo tiempo, y paradójicamente, es un planteamiento que postula la necesaria subordinación de las mujeres a los hombres debido a las carencias y peculiares características que

por *naturaleza* poseen éstas.<sup>16</sup> Serán múltiples los discursos que argumentarán sobre la presunta condición de inferioridad de las mujeres debido a las características que supuestamente las definen y por las que son asociadas e imaginariamente confinadas en el espacio de la domesticidad.

De tal manera que la división de esferas sociales está estrechamente vinculada con la configuración de las identidades de género ya que las características del nuevo orden moderno y su núcleo racionalizador tienen secuelas inmediatas en la forma como los hombres y las mujeres se perciben y son percibidos/as en los distintos espacios sociales en la modernidad.

Pero explicar la diferenciación entre espacios sociales generizados precisa remitirse al antecedente fundamental de la sociedad moderna; a la primera sociedad que nombró y describió el espacio doméstico y cuya división de espacios sociales estaban regidos por lógicas de interacción distintas pero articuladas entre sí: la Grecia clásica.<sup>17</sup>

Aristóteles, en la *Política*, describe claramente la peculiaridad que caracteriza a uno de los espacios sociales, la Polis; se trata, en primera instancia, de una pluralidad conformada por elementos diversos: las familias, las aldeas, los guerreros, los artesanos, los campesinos, las mujeres, los niños, los esclavos, las tierras y los animales, pero que se distingue fundamentalmente por ser una

---

<sup>16</sup> No es el momento de profundizar en la compleja explicación sobre los distintos significados que adquiere el término de *naturaleza* en el contexto moderno; simplemente habremos de subrayar el argumento que separa conceptualmente a las mujeres de los hombres a través de mecanismos ideológicos que separan a la cultura de la naturaleza (Amorós, 1985: 29).

<sup>17</sup> Ciertamente como el antecedente emblemático de la sociedad moderna, la relevancia histórica de la Grecia clásica radica en que es la primera comunidad política parcialmente racionalizada; en consecuencia, las lógicas de interacción de la *polis* tienen como fundamento la existencia de dos espacios sociales distintos en los que los actores sociales establecen lógicas de actuación diferentes según el ámbito donde se encuentren. La coexistencia articulada de estas dos esferas, la pública y la doméstica, supone la existencia de distintos *principios de legitimidad de la dominación* para cada una de ellas. Mientras que en la esfera pública opera un principio de *igualdad natural* debido a que los ciudadanos, a diferencia de los miembros de la casa, son iguales entre sí por naturaleza, el gobierno de lo doméstico se fundamenta en el supuesto de la *desigualdad natural*.

comunidad autosuficiente que tiene como finalidad primordial no la mera conservación de la vida, sino la consecución de la vida buena (Salazar, 2004 : 84).

La ciudad es la comunidad, procedente de varias aldeas, perfecta, ya que posee, para decirlo de una vez, la conclusión de la autosuficiencia total, y que tiene su origen en la urgencia del vivir, pero subsiste para el vivir bien. Así que toda ciudad existe por naturaleza, del mismo modo que las comunidades originarias. Ella es la finalidad de aquellas, y la naturaleza es la finalidad (Aristóteles, 2009: 47).

Pero la Polis es además un tipo de comunidad política, o ciudad-estado democrático, que ante todo se distingue por ser un espacio de participación equilibrada entre ciudadanos libres e iguales. Atenas resulta ser el claro paradigma de este tipo de comunidad.

En este sentido, la *Polis* o el *espacio público* se define por una distribución horizontal del poder entre hombres libres –o ciudadanos– *iguales por naturaleza*; distribución que está dada gracias a la existencia de un espacio en el que se opera bajo la lógica de un *poder vertical* donde el padre es el que gobierna como un déspota a todos los demás miembros de la familia –mujeres, niñas/os y esclavos– y su autoridad, en este espacio, resulta incontestable. El mundo de la domesticidad, ciertamente, funciona como *condición de posibilidad* de la igualdad que caracteriza a la Polis, pues en virtud del principio de *desigualdad natural* que rige a este espacio y que establece que las mujeres, niños/as y esclavos son inferiores por naturaleza<sup>18</sup> a su señor, es que es posible definir a quienes son capaces de participar en pie de igualdad en el mundo político. La *Polis*, señala Salazar, “no hace sino actualizar el orden jerárquico familiar, posibilitando la

---

<sup>18</sup> El concepto de naturaleza en la cultura antigua en general desempeña un papel central como un modelo a seguir, es decir, como un “modelo normativo” o arquetípico de lo que es bueno, racional, justo, correcto y verdadero. Lo natural y la naturaleza es, entonces, equiparable, nos explica Luis Salazar, a lo que “debe ser”, a lo que “se debe respetar”, a lo que deben apegarse la actividad y las acciones humanas. De este modo, lo natural se opone a lo convencional o artificial, pero también a lo antinatural o que, por irracional, malo, injusto o falso, transgrede o altera el orden natural de las cosas. *Es natural, por ejemplo, que el hombre mande a la mujer, que el griego someta al bárbaro, que los niños obedezcan a los padres, y las convenciones sociales correctas son aquellas que asumen estos dictámenes de la naturaleza, aun si esas convenciones pueden variar en algunos matices. Es en cambio antinatural, puramente artificial y transgresivo, que las mujeres pretendan mandar a sus maridos, que los griegos o que peor aún los barbaros esclavicen a los griegos, y que los niños desobedezcan y no respeten a sus progenitores* (Salazar, 2004:80-81).



transformación del hombre—esposo—padre—amo en ciudadano “libre” capaz de participar en el gobierno de la comunidad política orientada por la búsqueda del bien común, de la vida buena, de la excelencia humana” (Salazar, 2004:80).

En efecto, la casa se define por el ejercicio de un poder *monárquico verticalista* ejercido por el señor, quien detenta un poder absoluto sobre los demás miembros de la familia en los confines de este espacio. El principio de legitimidad que rige este tipo de autoridad es un principio *natural*; es así que el padre gobierna sobre los hijos/as en tanto que él los engendró; el señor domina también sobre los esclavos dado que son una *subespecie* humana sin capacidad para gobernarse a sí mismos; su peculiar situación de inferioridad les impide ver por sí mismos, por lo que el amo—señor tiene que procurarles cobijo y sustento a todos. No olvidemos, sin embargo, que la realización del trabajo productivo en el ámbito de la economía doméstica queda a cargo de las mujeres y los esclavos, de ahí que el trabajo físico realizado por estas figuras resulte, aunque imprescindible, despreciable (Serret, 2008: 96).

Todos aquellos que se diferencian entre sí tanto como el alma del cuerpo y como el hombre del animal, se encuentran en la misma relación. Aquellos cuyo trabajo consiste en el uso de su cuerpo, y esto es lo mejor de ellos, éstos son, por naturaleza, esclavos, para los que es mejor estar sometidos al poder de otro, como en los anteriores ejemplos. Así que es esclavo por naturaleza el que puede depender de otro (por eso, precisamente, es de otro) y el que participa de la razón en tal grado como para reconocerla, pero no para poseerla. Pues los demás animales, que poseen solo sensaciones, no obedecen por cálculo racional, sino que sirven con sus reacciones instintivas. En su utilidad la diferencia es pequeña. Porque con su cuerpo proporcionan una ayuda para las necesidades de la vida unos y otros, tanto los esclavos como los animales domésticos. La naturaleza intenta incluso hacer diferentes los cuerpos de los esclavos y los de los libres: a los unos, fuertes, para su obligado servicio, y a los otros, erguidos e inhábiles para tales menesteres, pero capaces para la vida política (Aristóteles, 2009: 53).

No obstante la relevancia y singularidad de cada una de las distintas relaciones de dominio que ejerce “el monarca autoritario” sobre los distintos/as miembros de la familia, nos interesa subrayar, el gobierno que ejerce sobre todas las mujeres: “libres” y esclavas. No importando cuál sea la especificidad de su relación con ellas, lo más importante es que el señor domina a todas las mujeres “en virtud de

su poder natural como varón”. La razón que sustenta el gobierno del varón sobre las mujeres tiene que ver con la *incapacidad natural* que define a éstas, pues en la medida en que carecen de una racionalidad plena o perfecta y no logran desarrollar adecuadamente su capacidad de discernimiento moral y cognitivo, las mujeres no son capaces de gobernarse a sí mismas.

La imperfección que define a las mujeres y que –junto con los esclavos y los artesanos– las lleva a ser consideradas humanos sólo parcialmente, exige reconocer que solamente aquellos que se desempeñan como “animales racionales” en el sentido estricto de la palabra pueden y deben ser considerados como “hombres verdaderos” (Salazar, 2004: 79).

También en la relación del macho con la hembra, por naturaleza, el uno es superior; la otra, inferior; por consiguiente, el uno domina; la otra es dominada. [...] De modo que por naturaleza la mayoría de las cosas se componen de gobernantes y gobernados. De distinta forma manda el libre al esclavo que el macho a la hembra y que el hombre a su hijo. Y en todos ellos existen las partes del alma; pero existen de manera diferente. Porque el esclavo carece completamente de facultad deliberativa; la mujer la tiene pero falta de seguridad; y el niño la tiene, pero imperfecta. [...] Por eso el que manda ha de poseer perfecta la virtud ética (ya que su función propia es la de jefe de la acción, y el director de la acción es la razón), y cada uno de los demás en el grado en que convenga (Aristóteles 2009: 52 y 70).

Es necesario insistir, por último, en el principio natural o simbólico que determina la dominación en mujeres y esclavos: en todas las sociedades, incluyendo la helénica, los “otros”, los excluidos, los marginados, los dominados, las mujeres, siempre ocupan el espacio limítrofe que la cultura asocia con la simbólica de la feminidad.

La coexistencia articulada y dependiente entre los espacios de lo público y lo doméstico de la que da cuenta Aristóteles, no sólo habla de uno de los efectos de la *racionalización* reflejado en el orden político de su época, sino que, ante todo, refuerza el supuesto de la desigualdad entre los sexos, traducándose en una diferenciación de espacios sociales vertebrados por distintos principios de legitimidad de la dominación con diferentes lógicas de interacción. Lo que define a la casa es la necesaria dominación de la feminidad, representada por las mujeres,

los niños y los esclavos; la *Polis*, por el contrario, supone la actuación de hombres racionales, libres e iguales.

Con el establecimiento de los nuevos principios de asociación cuyo envite antifeudal instalará el orden político y social moderno, y con la proliferación de discursos –filosóficos, económicos, políticos, morales, científicos, etcétera– que establecerán los nuevos principios que vertebrarán a las sociedades modernas, hasta cierto punto, se podría afirmar, los autores iusnaturalistas o contractualistas en el siglo XVII recuperan o reeditan esta idea clásica sobre la división de espacios sociales que obedecen a lógicas de interacción distintas. No obstante, los artífices del discurso ilustrado de la modernidad deliberadamente ocultan la existencia paralela de la esfera tradicional doméstica, pues el principio de *desigualdad natural* que rige este espacio resulta contradictorio e incómodo en el contexto del igualitarismo universal ilustrado<sup>19</sup>.

Las caracterizaciones modernas de lo público –de lo privado y lo doméstico–, a través de una serie de trampas conceptuales, fabrican y consolidan la idea de un espacio público que deliberadamente invisibiliza el ámbito tradicional al que han sido asignadas las mujeres, aquel al que imaginariamente pertenecen éstas en calidad de subordinadas y dependientes; esta construcción ignora también las actividades que estas mujeres realizan en los confines de la casa, sus intereses y pensamientos; no obstante la existencia marginal y sometida de este espacio y sus actores sociales, resulta indispensable para el buen funcionamiento del orden público moderno. La interdependencia entre ambas esferas constituye, como afirma Serret, una de las tensiones políticas más profundas, persistentes y graves de la modernidad.

---

<sup>19</sup> Las incoherencias y trampas conceptuales, en términos analíticos, impiden la sistematización y descripción de la especificidad del mundo doméstico, lugar en el que imaginariamente habitan las mujeres en el mundo moderno. Tales caracterizaciones suponen graves cegueras de género que van desde el nulo reconocimiento del trabajo que las mujeres realizan en ese espacio por considerarlo *natural* y, en consecuencia, irrelevante, hasta la invisibilización de sus pensamientos, intereses, cuerpos y sentimientos.

La sociedad civil de los iusnaturalistas ignora la existencia paralela de la esfera comunitaria tradicional doméstica en el marco del orden político moderno. Tal ocultamiento se explica fundamentalmente porque la lógica de *desigualdad natural*, de la que antes hablamos, resulta contradictoria, incómoda y excepcional en el contexto del universalismo ético ilustrado. Contrariamente a la explicación aristotélica o modelo griego que sistematiza los fundamentos del orden político y señala la coexistencia entre lo *comunitario* y lo *societal*, destacando también la oposición entre sus respectivos principios legitimadores y las lógicas de interacción que rigen a cada uno de los espacios, la sociedad civil de los ilustrados oculta la pervivencia del espacio tradicional doméstico al no sistematizar o describir claramente el lugar que imaginariamente ocupan las mujeres en el mundo moderno.

Desde la perspectiva de Carole Pateman, la historia del contrato social es considerada como una explicación de *la creación de la esfera pública* de la libertad civil, de ahí que el origen de ésta no sea un misterio, pues el contrato social genera el mundo público de la ley civil, la libertad, la igualdad, el contrato y el individuo, pero ¿qué sucede con la historia (conjetural) del origen de la esfera doméstica? (Pateman, 1995: 21).

La importancia del trabajo de Hegel, como veremos más adelante, reside en que realiza una cuidadosa sistematización y reflexión sobre los efectos de la racionalización en la constitución de espacios sociales diferenciados propios de la modernidad.<sup>20</sup> Y aun cuando el pensador alemán no supera los típicos prejuicios y supuestos sobre las diferencias entre los sexos y la consecuente asignación de éstos en distintas esferas sociales, su análisis resulta sumamente útil porque este pensador visibiliza y da cuenta de las lógicas de interacción propias de la domesticidad. Para efectos de este capítulo retomaré el análisis hegeliano, pues nos brinda útiles herramientas teóricas y analíticas para visibilizar y reflexionar

---

<sup>20</sup> Estela Serret en “Identidades de género y división de espacios sociales en la modernidad” realiza un análisis mucho más pormenorizado de los aportes de Hegel en la explicación y análisis del espacio doméstico. El análisis de la autora es, de hecho, la referencia básica para los argumentos que plantea este apartado.

sobre la singular lógica de interacción social de la domesticidad en el contexto mexicano. Dicho análisis permite, además, entender y describir las profundas transformaciones que sufre la familia en la sociedad burguesa, cómo se constituye, quiénes interactúan y cuáles son las lógicas de interacción propias del espacio doméstico que se establecerán como un modelo típico de convivencia en las sociedades del mundo moderno.

La diferenciación que establece Hegel entre la *familia*, la *sociedad civil* y el *Estado* le permite describir las distintas lógicas de interacción que configuran cada uno de estos espacios, sin embargo, hay que señalar que Hegel no supera las clásicas concepciones e identificaciones de lo masculino con los espacios extradomésticos, públicos o políticos, y lo femenino con la *naturaleza*; se podrá suponer, entonces, que la familia moderna con su relativa racionalidad sigue siendo para Hegel el lugar de la *inmediatez*, la encarnación de la asociación humana más cercana a la naturaleza y, por tal razón, Hegel no duda en afirmar que las mujeres sólo se deben encontrar en el interior de la familia como esposas y madres; mientras tanto, los varones ocupan los espacios que resultan ser los adecuados para ellos: el doméstico en tanto jefes de familia; el espacio privado, el espacio público y en general cualquier espacio que se encuentre fuera del ámbito de lo doméstico.

Esta conceptualización contribuye a reforzar en el imaginario colectivo moderno la idea que minimiza e ignora el papel de las mujeres en el orden político social de la modernidad; de igual forma invisibiliza y resta toda importancia a las actividades de las *amas de casa*, *esposas*, *madres* y *empleadas domésticas*, al designarlas como formas de trabajo o actividades no productivas o simplemente como *no trabajo*. El carácter femenino con el que Hegel identifica el espacio doméstico, promueve la profunda escisión social moderna entre lo femenino y lo masculino, colocando una vez más a las mujeres en una necesaria situación de subordinación e invisibilidad subjetiva y productiva difícilmente sustraible del imaginario social moderno.

Los planteamientos marxistas, por su parte, terminan por invisibilizar el espacio tradicional doméstico, pues el carácter economicista de la identificación de la *sociedad civil* con la *sociedad burguesa* hace desaparecer por entero la peculiaridad del espacio doméstico que tanto había dibujado y descrito Hegel. El marxismo consolida el supuesto de la división entre lo público y lo privado como ámbitos que se corresponden con lo estatal y lo social respectivamente; de esta forma, la domesticidad y sus figuras centrales desaparecen definitivamente de la reflexión sistemática y son subsumidas en la categoría de sociedad civil, colocándolas así en el ámbito de lo privado (Serret, 2008: 106).

Lo que da al traste con el análisis específico del espacio doméstico es que, con el marxismo, particularmente con Engels, se presenta a las relaciones de dominación como neutrales en términos de género, como si tales relaciones estuvieran establecidas entre individuos cuya posición asimétrica estuviera dada sólo por la acumulación de la riqueza, como si todo fuera subordinación de clase y no fuera relevante la diferencia de género en la dilucidación de las lógicas de interacción propias del capitalismo.

Parece indispensable señalar estos importantes planteamientos que bajo tramposas dicotomías<sup>21</sup> y en su afán por definir la diversificación de espacios sociales modernos terminan por profundizar las lógicas de dominación en las relaciones entre hombres y mujeres; asimismo, instauran y afianzan los supuestos socialmente compartidos sobre una supuesta condición natural de las mujeres que necesariamente las sitúa dentro del ámbito doméstico y, por el contrario, coloca a los varones en el mundo político y productivo –y en el mismo hogar como *jefes de familia*– lo que refuerza la persistente exclusión de las mujeres del estatus de

---

<sup>21</sup> La insistente caracterización, que persiste incluso en las perspectivas más críticas del pensamiento feminista, que entiende a las sociedades divididas en un espacio público y otro privado no deja de parecer poco adecuada y muy imprecisa. Se trata de una interpretación que al identificar lo privado con lo doméstico y familiar subsume la singularidad de este último espacio en una categoría tan amplia que ya no es posible dar cuenta de la especificidad de relaciones que dan cuerpo a lo doméstico. Carol Pateman en “Críticas feministas a la dicotomía público/privado” nos recuerda que la crítica feminista contemporánea sigue basándose en esa misma interpretación dicotómica de las categorías público-privado, donde lo público adquiere también un sentido tan amplio que termina por perder su contenido.

individuos y del mundo de la igualdad y el consenso en el que se desempeñan los varones. Carole Pateman señala, en relación a la posición de la esfera pública, que los principios aparentemente universales que rigen a la sociedad civil son en realidad los principios que se asocian con la noción liberal de individuo, el individuo trascendental, canónico y autárquico que fabricó el discurso político-filosófico de la modernidad (Pateman, 1996: 36).

Es indispensable subrayar que las distintas maneras como hombres y mujeres están situados en las diversas esferas sociales lleva a insistir en la necesidad de realizar análisis que realmente expliquen y describan la especificidad de las lógicas de interacción propias de cada espacio social haciendo ver que lo público, lo privado y lo doméstico son totalmente diferentes entre sí.

Así, en plena era del igualitarismo universal ilustrado, pese a los esfuerzos por ocultarla, la tesis de la *desigualdad natural* pervive y de múltiples formas se reedita o se refuerza para el caso particular de las mujeres. La lógica y prácticas domésticas son sólo algunas de las expresiones más claras de la pervivencia y vitalidad de un poderoso imaginario referido a la simbólica tradicional de la feminidad.<sup>22</sup>

En el marco de los diversos discursos ilustrados que fabrica la modernidad, explica Serret, existen “importantes tendencias” que, con particular énfasis, argumentan que las mujeres no son partícipes de la categorización más abstracta que define a los seres humanos como entes provistos de razón. El pensamiento moderno-ilustrado hereda y reproduce la concepción tradicional que

---

<sup>22</sup> El género es el referente simbólico que organiza el núcleo de las identidades y a partir del cual se integran los demás referentes en una narrativa ilusoriamente coherente. La feminidad y la masculinidad simbólicas tiene efectos muy diferentes en la organización de identidades imaginarias, tanto sociales como personales. Pero aquellas identidades que encarnan la feminidad (es decir, las mujeres y los varones que forman parte de colectivos excluidos) interpretan papeles identitarios marcados por la marginalidad (Serret, 2001: 146).

hace a hombres y mujeres *sustancialmente* diferentes, de tal manera que, la trama conceptual que fabrica no permite aplicar con éxito el principio igualitarista de la razón abstracta y universal (Serret, 2002:42 y 110):<sup>23</sup>

¿Queréis siempre ser bien guiados? Seguid siempre las indicaciones de la naturaleza. Todo lo que caracteriza al sexo debe respetarse como establecido por ella. [...] Los niños de ambos sexos tienen gustos propios que los distinguen. Los muchachos buscan el movimiento y el ruido; tambores, peonzas, pequeñas carrozas. Las niñas prefieren lo que sorprende a la vista y sirve para el adorno: espejos, joyas, cintas, muñecas sobre todo; la muñeca es el entretenimiento especial de ese sexo; evidentemente ahí tenemos su gusto determinado por su destino [...].

Ved a una niña pasar la jornada alrededor de su muñeca, cambiarle sin cesar de atuendo, vestirla, desvestirla cien y mil veces, buscar continuamente nuevas combinaciones de adornos, adecuados o no adecuados, eso no importa; los dedos carecen de habilidad, el gusto no está formado, pero ya apunta la inclinación [...] (Rousseau, 2007: 542-550).

La confluencia de un repertorio de discursos –filosóficos, políticos, pedagógicos, médicos, estéticos, literarios, morales, e incluso arquitectónicos– que producen y reproducen, de la mano con una serie de prácticas sociales, el conjunto de tipificaciones sobre *lo que son* –o deben ser– verdaderamente los hombres y las mujeres, las empleadas domésticas o las amas de casa, constituye una pieza central en la conformación de *dispositivos de poder*<sup>24</sup> y en la configuración de las subjetividades en las distintas esferas sociales.

---

<sup>23</sup> La idea de mujer que va construyéndose en las sociedades europeas a través de la conjunción de discursos variados e imágenes diversas comienza a gestarse en los siglos XVII y XVIII y se refuerza en el siglo XIX. En ella convergen desde las “cualidades naturales” que caracterizan a las mujeres, hasta las virtudes femeninas imprescindibles para el buen funcionamiento del orden público, es decir, las llamadas virtudes domésticas: la *abnegación*, el *recato*, la *delicadeza*, la *intuición*, la *moderación*, el *ahorro*, la *modestia* y la *resistencia*. En estas construcciones queda clara la invariable inferioridad con la que son definidas las mujeres en contraposición a la idea que se construye sobre los hombres. Con estas imágenes coexisten otras que aluden a imágenes *temidas o amenazantes* de la simbólica femenina. El conjunto de esta serie de imágenes complejas y contradictorias construye la idea social de *lo que son las mujeres*, el imaginario colectivo de lo que son verdaderamente las mujeres. Esta idea está asociada con otra que simultáneamente fabrica la imagen de cuáles son las posiciones que ocupan los sexos en los diversos espacios sociales, su tratamiento, su valoración y sus prescripciones (Serret, 2002: 111-112).

<sup>24</sup> Uno de los conceptos más flexibles y fecundos del pensamiento de Michel Foucault es el de dispositivo de poder, pues da cuenta de la urdimbre que se teje entre una variedad de elementos diversos para dar lugar a una formación que en un momento histórico dado tuvo por función responder a una urgencia. Foucault hablará de dispositivos disciplinarios, dispositivo carcelar,



La posición de marginación e invisibilidad en la que ha quedado sumida la esfera doméstica moderna es una prueba de la incuestionable eficacia y el rotundo éxito de la construcción de discursos y categorías patriarcales y hegemónicas en la configuración de lógicas de interacción social fundamentalmente asimétricas entre hombres y mujeres. La división de espacios sociales modernos obedece claramente a las distintas posiciones de dominio y subordinación que ocupan hombres y mujeres respectivamente en las distintas esferas sociales. La manera como el imaginario social moderno define y asocia a varones y mujeres en las distintas esferas de interacción social nos habla de la larga y existosa persistencia de planteamientos incoherentes sustentados y fabricados por los discursos político-filosóficos de la modernidad y reproducidos a través de múltiples prácticas y complejos entramados de poder en los que coinciden y operan conjuntamente discursos, prácticas, actitudes, disposiciones espaciales, desplazamientos y emplazamientos

Las categorías que sistematizan y dan cuenta de la división de espacios sociales en la modernidad no han logrado evidenciar clara y explícitamente ni la desigual posición que ocupan los miembros del espacio doméstico ni las relaciones de dominación que constituyen este espacio. Uno de los impedimentos centrales en la realización de esta tarea y que deliberadamente oculta la peculiaridad de las interacciones sociales propias del mundo doméstico es el uso confuso e indiferenciado que el pensamiento político e incluso la crítica feminista hace de la categoría de lo *privado*. Insistir en un planteamiento de este tipo, que asume lo privado y lo doméstico como sinónimos, no hace más que subsumir a la

---

dispositivos de poder, dispositivos de saber, dispositivos de sexualidad, dispositivos de subjetividad, dispositivo de verdad. No obstante, es posible delimitar la noción foucaultiana de dispositivo; en palabras del pensador de Poitiers: "Lo que trato de situar bajo ese nombre es, es primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos" (Foucault, 1985: 128). Habría que subrayar que la riqueza de la noción de dispositivo radica, en nuestro caso, precisamente en la naturaleza del vínculo que puede existir entre estos elementos heterogéneos ya que, entre ellos, puede existir una especie de juego, cambios de posición, transformación de las funciones que pueden, en cada momento histórico, ser muy diversas.

esfera doméstica dentro de una categoría que además de ser definida prescindiendo de su desarrollo histórico, adopta significados distintos según la atribuyamos a hombres o mujeres. La importancia de marcar esta distinción radica en que el término privado, después de todo, no sólo designa una esfera social, sino que es sobre todo una clasificación cultural que con frecuencia opera a favor de ciertos grupos, ideas e intereses y en contra o en detrimento de otros.

Seyla Benhabib explica que, tal como han sido entendidos por el pensamiento político moderno, los términos de “privacidad”, “derechos privados” y “esfera privada” han incluido por lo menos tres dimensiones distintas. En primer lugar, y como resultado de la separación histórica entre la Iglesia y el Estado en los países de Occidente, la privacidad ha sido entendida como la esfera de la conciencia moral y religiosa. Posteriormente, en el contexto de emergencia de la modernidad, un segundo conjunto de “derechos privados” acompaña la separación liberal entre Iglesia y Estado; estos derechos privados pertenecen a las libertades económicas. Así, con la desaparición de las economías domésticas y la emergencia de los mercados nacionales, se establece la privacidad de las economías de mercado. La última dimensión de lo privado se refiere a la esfera de la intimidad, es decir, al terreno de lo doméstico, de las necesidades básicas de la vida, de la sexualidad y la reproducción y del cuidado de los otros, los más jóvenes, los más viejos o los enfermos (Benhabib, 1992: 108-109). No obstante, el término privado, como señala Estela Serret, adopta distintos significados dependiendo del género: para los hombres el término privado remite a la privacidad, a lo íntimo, a aquello que es propio del individuo, alude al ámbito de las decisiones personales, de sus decisiones ciudadanas, a aquello que no puede y no debe ser interferido por la sociedad. Por el contrario, en el caso de las mujeres no es posible hablar ni de privacidad ni de intimidad; las mujeres, dado que por definición están excluidas de la participación cívica o laboral, están privadas, restringidas desde lo social al cuidado de otros, lo privado implica privación de libertad, de intimidad, de derechos, de un uso pleno o íntimo del espacio para realizar una vida propia. Si la casa y la familia modernas son entendidas como el

espacio de la intimidad de los varones, tenemos que aclarar que en el imaginario social las mujeres no son partícipes de esa idea.

Amelia Valcárcel nos dice que el hogar sólo es privado para los varones, pero no para las mujeres, puesto que en este espacio todavía existen para ellas “reductos inaccesibles” –el despacho, la biblioteca, el taller, la habitación de los hijos– y para los varones ninguno lo es (Valcárcel, 1997:178).

Y es que la lógica de la domesticidad opera bajo parámetros muy distintos a los que hace alusión el ámbito de lo privado. Las lógicas de interacción que rigen el mundo de lo doméstico, las interacciones de la casa, no operan bajo el supuesto de que se producen entre individuos *libres e iguales*, pues es justamente en ese espacio donde hombres y mujeres son definidos como desiguales por naturaleza. Es necesario dejar de tratar lo doméstico y lo privado como si con ellos se aludiera a lógicas de interacción compartidas por ambos, es preciso dar cuenta de la especificidad del universo de la domesticidad, de sus enormes diferencias con lo privado y de su lógica antimoderna intrínseca; para ello es necesario comenzar por designarlo por su nombre y no confundirlo con lo privado.

## **1.2 Figuras, prácticas, mandatos y actitudes. Visibilizar el orden y las subjetividades de la domesticidad moderna**

La descripción hegeliana supone una útil herramienta analítica y conceptual para dar cuenta del modelo occidental de familia burguesa que fue adoptado y reproducido, bajo singulares lógicas históricas y culturales, por sociedades como la mexicana. Dicho análisis sobre la división de esferas sociales que sufren las sociedades modernas como consecuencia de la *racionalización*, si bien logra visibilizar el espacio que ocupan imaginariamente las mujeres en el mundo moderno –de ahí la relevancia de su propuesta analítica–, y contribuir así a resarcir las dificultades y vacíos teóricos precedentes en este sentido, también

contribuye a reforzar el imaginario social sobre la identidad de hombres y mujeres a partir del sitio que ocupa cada uno de ellos en las distintas esferas.

De acuerdo con el pensamiento hegeliano, los criterios que guían la *acción* y *percepción* de los individuos modernos se norman en función de tres lógicas diferentes: aquella que impera en la *familia*, la que rige en la *sociedad civil* y, finalmente, la que preside el *Estado* político. Así, a diferencia de lo que ocurre en otras sociedades, la dinámica de las relaciones humanas en todos sus niveles se ve afectada por la racionalización. Sin embargo, el efecto racionalizador que opera en cada una de las tres esferas mencionadas, se expresa muy distinto en cada una de ellas.

La primera manifestación de la idea ética o la primera forma que adquiere la *eticidad*<sup>25</sup> es la familia, en cuyo ámbito también opera el efecto racionalizador que se traduce, entre otras cosas, en la prioridad otorgada al *interés* de la comunidad familiar –a las relaciones de solidaridad en beneficio de la comunidad– sobre la función del linaje pasado. Tal racionalización, sin embargo, no impide el hecho de que en la esfera familiar perviva un orden jerarquizado cercano a la *desigualdad natural* en el que las mujeres son concebidas como seres más cercanos a la naturaleza, en tanto que son ellas las que están más vinculadas a las tareas de supervivencia. La familia moderna que describe Hegel es aquella cuyo efecto racionalizador también se manifiesta en uno de los fundamentos esenciales de la comunidad doméstica: el matrimonio, esa suerte de “unión espiritual” que, de acuerdo con la lógica del filósofo de Stuttgart, no puede ser concebido simplemente como una “relación entre sexos” o como un contrato civil, sino que “el matrimonio debe determinarse por lo tanto de modo más exacto como el amor jurídico ético en el cual desaparece lo pasajero, caprichoso y meramente subjetivo del mismo” (Hegel citado en Brito, 2008:67). El matrimonio moderno es en sí una suerte de fusión que constituye una *unidad*, es el resultado del libre consentimiento de las personas para abandonar su individualidad y optar

---

<sup>25</sup> La eticidad se refiere a las obligaciones morales que el sujeto tiene hacia la comunidad viva de la que forma parte (Serret, 2002:128).

por constituir una unidad que establezca un lazo espiritual indisoluble y por encima de las meras pasiones o instintos naturales.

En virtud de tales planteamientos, cabe suponer que para nuestro autor, el matrimonio es de carácter monogámico, pues sólo a través del principio fundamental de la monogamia se puede llegar a tener conciencia de sí mismo en otro. Pero Hegel añade, además, que la nueva familia sólo se convierte en una “auténtica unidad” a través de los hijos, pues son éstos la parte objetiva de la relación de amor entre un hombre y una mujer; en los hijos e hijas los padres se aman mutuamente, su amor se objetiva ante ellos sólo a través de un hijo (Brito, 2008:68). De esta manera, cónyuges e hijos constituyen el núcleo esencial frente a las demás relaciones de consanguinidad. Es la familia nuclear, propia de la época moderna, la que se distingue claramente de la familia del Antiguo Régimen, de aquella en la que se operaba en función del linaje. La familia moderna privilegia, por el contrario, el *interés de la comunidad familiar*, de los miembros de esta comunidad de la que Hegel brinda una descripción.<sup>26</sup>

Y aunque monogámica, nuclear y fundada en la relación matrimonial, en la familia moderna sólo actúa parcialmente el efecto racionalizador: el espacio doméstico es, aún en el contexto moderno, “el sitio de la inmediatez, la expresión de asociación humana más cercana a la naturaleza” (Serret, 2008:116). Su contribución, en tanto familia moderna, radica en la preparación de los hijos varones para la ciudadanía y de las hijas para ser *esposas* y *madres*. Hay que señalar desde ahora que los prototipos de *ama de casa*, *esposa* y *madre* que constituyen a las identidades femeninas en el mundo moderno se concebirán fundamentalmente como formas de *no trabajo*. Y esto se explica a través de la importante transformación que sufre la familia en la sociedad burguesa, de la que también logra dar cuenta Hegel. En efecto, la simplificación y caracterización de la

---

<sup>26</sup> Con claridad, esta nueva familia nunca podrá oponerse al Estado como lo ha hecho la estirpe (...). El avance que se da sobre el antiguo régimen es, ante todo, este: que nada pueda ya disputar al Estado racional su poder. La familia tiene derecho sobre su patrimonio y sus herencias, la estirpe no puede atribuírselo, la familia educa a sus miembros para el Estado, la estirpe para sí misma, el Estado regula a la familia y no a la inversa... etc. Todo el alegato de Hegel resume el carácter de la familia que se ha dado en llamar burguesa (Valcárcel citada en Brito, 2008:66).

familia moderna –como familia nuclear, fundada en el amor, etc.– también supone la separación de la producción económica del espacio doméstico: en las sociedades tradicionales la familia es la unidad productiva básica; Hegel explica que en la modernidad la existencia de la economía de mercado implica la división entre los productores directos y los medios de producción, desapareciendo así la idea misma de la comunidad doméstica como célula productiva fundamental de la reproducción familiar. Cuando la producción económica estuvo vinculada a la unidad doméstica, según lo explica Estela Serret, la división sexual del trabajo distinguía entre labores prestigiosas, que realizaban los varones, y carentes de relevancia y prestigio, realizadas por las mujeres.

El advenimiento de la moderna sociedad capitalista y el extraordinario valor que ésta adjudica al *trabajo productivo* da lugar a la disociación total entre las nociones de mujer y trabajo y, sobre todo, a una simplificación del imaginario femenino cuyos efectos inmediatos son la minimización o, en todo caso, la invisibilización de las múltiples tareas que las mujeres realizan tanto en el ámbito doméstico como en otros espacios sociales. Una vez más, nos encontramos ante el enorme peso que tienen los efectos simbólicos e imaginarios sobre los hechos sociales concretos; la disociación moderna entre las nociones de mujer y trabajo es una prueba contundente de ello. La diversidad de las tareas productivas de las mujeres de distintos épocas y contextos siempre ha sido imprescindible aunque no siempre reconocida. Su labor en los medios rurales, en las fábricas, en el comercio y en el empleo doméstico, etc., hace constar la relevancia de su trabajo y la presencia de las mujeres en los ámbitos productivos de la sociedad moderna, aun cuando, imaginariamente siempre se las ubique en el espacio doméstico.

Michelle Perrot ha destacado que el trabajo de ama de casa –que implica desde la búsqueda de los alimentos y el mejor costo de éstos, la preparación de la comida, el mantenimiento del orden de la casa, el lavado y acomodo de la ropa hasta el desplazarse por los hijos e hijas en horarios escolares– en no pocas ocasiones fue combinado con otras actividades procedentes del ámbito de servicios: trabajos por horas, lavado y planchado a destajo, encargos a comisión y

entregas como las que realizaban las panaderas, pequeñas operaciones comerciales entre mujeres, ventas callejeras, trabajos de costura, etc. Durante el último tercio del siglo XIX el trabajo a domicilio, dentro del marco de una industria de la confección en auge, captó a una inmensa fuerza de trabajo femenino que confinó a las mujeres en su propio hogar y supuso, para las amas de casa, el aporte de un salario a la familia, salario que, debido a la irrelevancia con la que siempre son concebidas las actividades realizadas por las mujeres, solo significó algo complementario al único y más importante ingreso, el del jefe de familia.

Vale la pena no perder de vista estos argumentos que permitirán reflexionar, más adelante, sobre la condición de subordinación y dependencia económica de las mujeres en el espacio de la domesticidad y la invisibilización y desprecio del trabajo doméstico realizado específicamente por las empleadas domésticas en México.

En el caso particular de Hegel, queda establecido que debido a las características que definen a su sexo, las mujeres –quienes pertenecen al ámbito de lo doméstico– no podrán trascender hacia la sociedad civil y menos aún hacia el Estado, expresión más acabada del *Espíritu* y la *Eticidad*. La identificación simbólica entre mujeres y naturaleza que reedita el pensamiento hegeliano, coloca a éstas como seres que atienden meramente el interés de la familia, de la comunidad, de la naturaleza y de la *pura vida*, mientras que los hombres, en tanto que seres que expresan mayor grado evolutivo hacia la autoconciencia, les corresponde superar su “rutina de supervivencia” para encaminarse a otro nivel de la vida ética: aquel en el que aparecen como individualidades, el de la sociedad civil; esfera que corresponde al trabajo y en la que se busca la resolución de las necesidades por parte de individuos independientes (Serret, 2002:135).

El hombre tiene su vida efectiva, sustancial, en el Estado, en la ciencia, etcétera, y, en general en la lucha, en el trabajo con el mundo externo y consigo mismo; de suerte que sólo en su escisión obtiene combatiendo su autónoma unidad consigo, cuya tranquila intuición y subjetividad ética sensitiva posee en la

familia, en la que la mujer tiene su determinación substancial, su carácter ético, en la piedad (Hegel citado en Serret, 2002: 136).

La concepción jerárquica en la que Hegel mantiene a los sexos y que los asigna a la realización de cierto tipo de actividades en diferentes espacios sociales no hace más que mostrar “que su concepción sobre la relación entre los sexos obedece a un imaginario social limitado y esquemático, aunque sumamente poderoso, y no, en absoluto, a las prácticas reales de las mujeres en sociedad” (Serret, 2002: 136).

Pese a la lógica antimoderna que rige en el espacio doméstico, a su posición marginal y contradictoria como *enclave de naturaleza* inscrito en territorio moderno, su existencia resulta indispensable para el sostenimiento y buen desempeño de los espacios masculinos. La familia y las lógicas de sujeción y subordinación en que permanecen sumidas las mujeres en este espacio, tienen, como fin último, generar las condiciones para que los individuos, o sea, los varones, puedan acceder al ámbito de lo privado, de la sociedad civil y, además, tomar parte en la fusión de lo universal y lo particular, es decir, en el espacio de lo público o Estado. Y es que la peculiaridad de la domesticidad, fundada en el contrato matrimonial moderno<sup>27</sup>, presupone la construcción de la feminidad y, la provisión de trabajo doméstico es constitutiva de este significado patriarcal de la feminidad. De tal suerte que el *contrato de empleo* que los varones establecen en el reino de las necesidades o sociedad civil tiene como condición de posibilidad la figura de una mujer, ama de casa y esposa que cuida y atiende las necesidades cotidianas de los varones, ciudadanos y trabajadores (Pateman, 1995: 183). Tenemos entonces, que la conformación de la esfera pública y de la privada tiene como sostén y fundamento de su existencia al mundo de lo doméstico, en virtud

---

<sup>27</sup> En *El contrato sexual* Carole Pateman entabla una interesante discusión sobre las características que definen a las *esposas-amas de casa* y de su singular situación en el contrato matrimonial. Pateman explica que el contrato matrimonial en tanto figura constitutiva de las relaciones domésticas modernas adopta un significado muy peculiar, pues se trata, en primera instancia, de un contrato entre un hombre y una mujer, es decir, es un contrato muy diferente al tipo de contratos que establecen los varones en las otras esferas, la pública y la privada. Las acciones que impone este tipo de contrato suponen para la esposa, precisamente, proporcionar ciertos servicios para y bajo las órdenes de un varón (Pateman, 1995:179).



del ordenamiento patriarcal y de las relaciones sociales naturalmente desiguales que se establecen en este espacio.

En términos subjetivos, el acceso de los varones a los espacios que, por definición, son masculinos –por demás garantizado dada la existencia de la esfera doméstica– requiere de la autopercepción de ellos como seres singularizados, libres y autoconscientes, en tanto que, se perciben como integrantes de la sociedad civil y el Estado y no como miembros de la comunidad doméstica.

Queda claro que la caracterización hegeliana, más allá de todas las bondades analíticas que proporciona, contribuye a reforzar en el imaginario colectivo la idea de que las mujeres, dadas las características que definen a su sexo, sólo se encuentran al interior de la casa y, en los confines de ésta, sus funciones esenciales se reducen a ser madres, esposas y amas de casa. En tal construcción, Hegel no sólo omite el papel de las mujeres en la realidad cotidiana de su tiempo, sino que reedita la concepción jerárquica naturalista en el proceso de constitución identitaria de hombres y mujeres, lo que permite profundizar una de las tensiones políticas más graves de la modernidad y contradecir el propio discurso ético que funda al mundo moderno.

Ahora bien, en términos históricos, la familia moderna, aquel modelo de familia burguesa que se diseminó a diversas sociedades occidentales y que de manera particular se importó a la sociedad mexicana moderna, emerge a través de un complejo proceso histórico en el que se van desarticulando las sociedades tradicionales y los actores sociales que interactuaban en la familia tradicional pasan a desempeñar otros roles y se van configurando nuevas identidades. Las diversas figuras que habitaban e interactuaban en el espacio doméstico van desapareciendo hasta que el esposo y la esposa pasan a tomar el centro del ámbito doméstico familiar y el contrato de matrimonio se instaaura como constitutivo de las relaciones domésticas modernas (Pateman, 1995). Se establecen y se formalizan, de esta manera, los roles diferenciados, las

identidades jerarquizadas, que habrán de asumir mujeres y hombres en los confines de este espacio.

Si se atiende, entonces, la especificidad de las relaciones de poder propias de la arquitectura política doméstica moderna, veremos que éstas tendrán efectos palpables en la configuración de las subjetividades, en las identidades de hombres y mujeres, en las amas de casa, en las empleadas domésticas.

La desigualdad natural entre varones y mujeres y las relaciones jerárquicas que reiteradamente se establecen y se actúan incesantemente entre unas y otros se manifestarán, como en ninguna otra esfera, en el espacio de la casa, pues es allí donde claramente se generan y actúan las identidades de hombres y mujeres como desiguales por naturaleza. Así, en tanto que varón, la figura del padre se instituye como *superioridad absoluta* que ejerce un poder vertical sobre su esposa y sus hijas e hijos. “El padre otorga el nombre”, señala Michelle Perrot, es decir, es el auténtico autor del alumbramiento.

Las mujeres, por el contrario, establecen tres relaciones distintas al interior de la familia: como *esposas* se relacionan con su marido, como *madres* que se relacionan con sus hijos y como *hermanas* que se relacionan con sus hermanos. De esta manera, las mujeres-esposas-madres, en el mundo de la casa y bajo contrato matrimonial, se definen en virtud de las actividades que realizan en este espacio, el que se considera su lugar de pertenencia. La reproducción, el cuidado, la educación de las hijas e hijos y la satisfacción de las necesidades emocionales, sexuales y materiales de los hombres –actividades y funciones clave que las sitúan fuera del mundo del trabajo– las colocan en una situación de subordinación y servicio a los otros.

En nombre de la naturaleza, el Código Civil establece la superioridad absoluta del marido en la pareja y del padre en la familia, así como la incapacidad de la mujer y de la madre. La mujer casada deja de ser un individuo responsable: célibe o viuda, lo es más. Semejante incapacidad, expresada por el artículo 213 – “El marido debe protección a su mujer y la mujer obediencia a su marido” – es, prácticamente total (Perrot, 1991:127-128).

Las mujeres no pueden ser tutoras, si abandonan el domicilio conyugal pueden ser devueltas a él por la fuerza pública para que asuman sus deberes; las mujeres tampoco disponen de su salario, etc., tal omnipotencia del varón también se extiende sobre los hijos e hijas.

La familia, ámbito social regido por un principio verticalista, natural y autoritario, de ninguna manera puede entenderse como el “reino de las mujeres”, pues ellas, en la casa, no son reconocidas ni como proveedoras, ni como trabajadoras, mucho menos como figuras de autoridad. En los confines de la casa, las mujeres no poseen un espacio de privacidad –en el sentido en el que lo poseen y lo viven los hombres–, su trabajo dentro de este espacio –como fuera de él– es deliberadamente ignorado y los principios que guían sus relaciones con los demás son considerados prácticamente como inmutables.

De tal manera que la centralidad que tiene la diferencia sexual en la división de esferas sociales modernas no se limita a las construcciones imaginarias en torno a la asignación de los géneros a diferentes espacios sociales y sus respectivas configuraciones identitarias en cada uno de ellos, sino que tiene efectos muy concretos en la manera como hombres y mujeres, viven, habitan e imaginan cada singular espacio en razón de la identidad que pongan en acto.

Jefe de familia, trabajador-ciudadano, hombre público-político y madre, esposa, concubina, ama de casa, serán figuras que definen y reclaman sus espacios de actuación.<sup>28</sup> Así pues, el varón trabajador y el hombre político no sólo dominan en la sociedad civil y en el mundo público de la política, sino también como *padre-esposo* domina, desde luego, en el reino de lo doméstico. La supremacía de este varón es, sin duda, por partida doble: domina tanto en el espacio doméstico como en las esferas extradomésticas. La situación de

---

<sup>28</sup> Cristina Molina Petit ha sugerido que la estructura patriarcal se define justamente por su capacidad para distribuir espacios y asignar a las mujeres un “sitio” que delimita claramente sus actuaciones y los ámbitos legítimos de intervención. La sujeción de las mujeres, nos dice Molina Petit, “se lleva a cabo, en primer lugar, señalándoles un sitio, imponiéndoles unas delimitaciones, un campo de acción en ambos sentidos, práctico y simbólico, donde presuntamente su ser y su actividad deben desarrollarse” (Molina, 1994: 21-22).

*equipotencia* que los instituye como individuos *iguales* los coloca en un papel de dominio exclusivo en tales espacios. Los muy distintos espacios que conforman la casa –así como lo privado y lo público– no hacen más que reivindicar la primacía del varón en el hogar.

Hay que recordar que el pensamiento liberal en su reivindicación por la importancia del *individuo* otorgó un carácter singular al significado de lo *privado* al asociarlo con las connotaciones del disfrute de la propia intimidad, de “lo irreductiblemente personal”. “Lo privado como opuesto de lo social pasa a ser así, bajo la óptica del individualismo, el refugio de lo irreductiblemente propio, la defensa de lo más íntimo: la intimidad del corazón, la riqueza de los propios pensamientos frente a las demandas sociales de homologación, conformismo y alienación” (Molina, 1994: 109-110). La sociedad burguesa utiliza la noción de lo privado como parte de la preocupación liberal por proteger al individuo contra los excesos e intromisiones del Estado y de la sociedad. Como resultado de tal concepción se instaló la idea de que “el reino del individuo varón debe considerarse sagrado”, esto, desde luego, comprende y se aplica tanto para el interior de su casa como para lo que tiene que ver con sus opiniones públicas, con la libertad de expresión, de opinión, de culto, de prensa, de pensamiento, etc. Lo que significa que cuando el *hombre* –individuo, ciudadano o jefe de familia– construye a *lo privado como su espacio*, ante todo, reitera y protege su derecho a la privacidad (Serret, 2008: 117-118).

No obstante, es preciso insistir en que si bien tal idealización de la esfera doméstica puede tener alguna validez para los hombres, no se aplica en lo absoluto para la experiencia de las mujeres. El espacio doméstico es para ellas el lugar en el que, por naturaleza, les corresponde vivir subordinadas, marginadas, constreñidas a la reiteración incesante de ciertas prácticas domésticas, privadas de libertad y, fundamentalmente, de intimidad. Es por ello que, tal y como he venido insistiendo, el término *privado* –generado bajo la misma lógica de exclusión e invisibilización misógina– con el que se quiere designar por igual la esfera del trabajo individual y el mundo doméstico, resulta un concepto confuso y carente de

utilidad en términos analíticos y explicativos; razón por la cual es necesario, en primer lugar, precisar sus enormes diferencias con lo doméstico.

A lo largo de los siguientes apartados constataremos que las mujeres y los varones establecen una gama de interacciones sociales específicas, reiteradas prácticas espaciales y lógicas de actuación específicas en razón del género en la esfera de la casa familiar. Estas prácticas y vivencias espaciales están totalmente vinculadas a las distintas formas en que se ha configurado su identidad en el contexto de la modernidad.

Uno de los rasgos más sobresalientes del imaginario femenino moderno es la creación de la figura de la *mujer doméstica*, figura que se instala como eje vertebrador del hogar y que se constituirá como un referente fundamental en la configuración de las identidades femeninas modernas. Se trata de la construcción de un ente virtuoso, provisto de cualidades esenciales a la vida matrimonial y doméstica: servicio a los otros/as, discreción, modestia, abnegación, afecto, protección, frugalidad, obediencia y sumisión; un prototipo de mujer o “ángel del hogar” que, a través de mecanismos tan sutiles como los diversos discursos – filosóficos, literarios, políticos, pedagógicos, científicos, artísticos, etcétera– se irradió a los países occidentales a lo largo del siglo XIX y tendrá una enorme repercusión en las ideologías de las mujeres provenientes de contextos urbanos y rurales de la sociedad mexicana contemporánea. La mujer doméstica, como se verá más adelante, se constituirá como el arquetipo de la subjetividad femenina en el ámbito de la domesticidad mexicana. Las empleadas domésticas, a lo largo de sus diversas trayectorias de vida, prácticas, sueños, anhelos, imaginarios y proyectos expresan y encarnan este ideal de feminidad en la modernidad.

Precisar la genealogía discursiva de la esfera doméstica y sus efectos en la configuración de los imaginarios colectivos dominantes y de las identidades de género modernas, resulta una tarea indispensable para comprender el origen y conformación de la domesticidad en la sociedad mexicana contemporánea, sus peculiaridades y la pervivencia y eficacia, en el seno de esta esfera, de ciertos

imaginarios sociales fraguados en contextos históricos y geográficos específicos con una fuerte repercusión en nuestra sociedad actual.

## **2. EL ESPACIO DOMÉSTICO EN MÉXICO. A CABALLO ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD. EL PAPEL DEL GÉNERO, LA ETNIA, LA CLASE SOCIAL Y LAS INERCIAS COLONIALES EN LAS RELACIONES SOCIALES DOMÉSTICAS**

### ***2.1 Las reliquias coloniales. El orden estamental de la domesticidad***

En la sociedad mexicana contemporánea las diferencias de género, de color de la piel, el nivel de estudios, la procedencia familiar y las diferencias de fortuna juegan un papel central como mecanismos jerarquizantes entre sus integrantes. Tales referentes constituyen componentes fundamentales en la conformación de las identidades colectivas e individuales, aquellas que en diferentes ámbitos de la vida social se ponen en acto a través de un complejo orden de relaciones sociales presididas por una lógica de dominio y subordinación.

La experiencia colonial que durante varios siglos configuró las relaciones sociales, políticas y económicas de la sociedad novohispana, ha sido un acontecimiento histórico decisivo en la creación de nuevas formas de interacción social, en el establecimiento de novedosos códigos de diferenciación entre las personas y, en consecuencia, en la instauración de distintos ejes de poder y dominación entre los diversos actores sociales. Tal como veremos en el caso particular del ámbito familiar, diversos rasgos coloniales perviven, se manifiestan en el orden social y cultural del México contemporáneo, y son elementos constitutivos en la conformación de las subjetividades modernas.<sup>29</sup>

El mundo colonial novohispano se caracterizó, ciertamente, por la implantación en nuevos territorios de formas de producción y explotación de recursos naturales bajo un esquema de control del trabajo basado en la esclavitud

---

<sup>29</sup> Una reflexión con un sentido *genealógico* permite dilucidar y trazar una forma de análisis que intente rastrear cómo los fundamentos y las formas de ejercicio del poder ancladas a otros momentos históricos, tienen un efecto central en la conformación de las prácticas y subjetividades modernas. Hacer alusión a los vestigios coloniales desde este punto de vista, permite dar cuenta de los fundamentos que justificaron la dominación de unos sobre otros/as y sobre todo establecer una relación entre poder y subjetividad.

y la servidumbre de las sociedades indígenas y de los hombres y mujeres negros, en el marco del desarrollo y consolidación del sistema capitalista mundial.

No obstante, además de estas particularidades, la complejidad y especificidad del colonialismo reside fundamentalmente en que estableció nuevas formas de organización e interacción social entre sujetos colonizadores y sujetos colonizados, ancladas en ejercicios de poder verticalistas y subordinantes en razón de las supuestas diferencias y los códigos de jerarquización que se crearon entre los diversos grupos sociales, y que han logrado mantener un significado fundamental hasta nuestros días.<sup>30</sup>

La disputa en torno a si las y los indígenas nativos de las tierras recién descubiertas eran o no *sujetos* de derecho ocupó un lugar central entre las discusiones de los pensadores y teólogos españoles del siglo XVI (Ochoa, 2014:13). La proliferación discursiva y la diversidad de argumentos a que dio lugar esta preocupación, que se situaba en el terreno de lo ontológico, resultó crucial en la creación de los distintos ejes de poder y en la fabricación de las distintas identidades, aquellas cuya jerarquización y definición residía en los diferentes grados de humanidad atribuidos a cada individuo. El régimen de explotación, exterminio y jerarquización que fue impuesto a los/as indígenas precisaba, a todas luces, una clara justificación que diera cuenta de por qué las relaciones sociales

---

<sup>30</sup> El debate en torno al tema del colonialismo y sus distintas manifestaciones modernas en los sistemas económicos de producción basados en la explotación y, sobre todo, en la conformación de las identidades modernas y en los ejercicios de poder y dominación anclados en la diferencia étnica, racial, de género y de clase social, hoy ocupa un lugar central entre las discusiones de las ciencias sociales y del discurso filosófico. No es mi objetivo hacer un recuento de las distintas posiciones ni asumir una postura en medio de los diversos conceptos y argumentaciones que han proliferado sobre estos problemas. He recurrido a una lectura sobre el tema del colonialismo a la luz de las necesidades específicas de mi trabajo: dar cuenta de la especificidad del orden social colonial para reflexionar sobre cómo en esferas sociales tradicionales como el espacio doméstico, perviven y se reactivan mecanismos de poder y dominación fundados en ciertos presupuestos de género, raza y clase social propios del carácter social y político que el sistema colonialista heredó a la sociedad mexicana contemporánea y a las distintas identidades modernas, y recuperar algunos de los conceptos que se han discutido en el seno de estos debates filosóficos, pues me resultan fructíferos en razón del vínculo que se establece entre poder, relaciones sociales y subjetividad.

Aprovecho para agradecer las sugerencias bibliográficas que, sobre esta temática, me ha brindado Karina Ochoa, profesora investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.



entre europeos y sujetos/as colonizados/as se fundaba en una lógica de dominio y subordinación.

Una de las primeras características que definió algunos de los ejes de poder y dominación entre habitantes de los territorios colonizados y europeos fue la ausencia de la religión cristiana o la presunta existencia de “religiones falsas” entre las sociedades indígenas. A partir de ese momento se estableció un tipo de jerarquía que, al concebir al cristianismo como la religión única y dominante, ponía en entredicho la capacidad cognitiva y el carácter de humanidad plena de los sujetos que no la profesaban. Esta duda se convirtió en un problema que originaría múltiples argumentaciones y discursos que fundamentaban el carácter de mayor o menor humanidad de los hombres y mujeres que habitaban las tierras descubiertas (Maldonado-Torre: 2).

Sin embargo, el color de la piel, las marcadas diferencias que se erigieron a partir de una idea de *raza*, funcionaron como los fundamentos principales y constitutivos de las relaciones de poder y dominación que primaron entre los europeos y los integrantes de los pueblos colonizados. El color de la piel fungió como el componente diferenciador, jerarquizante, a través del cual se justificaba y definía un nuevo orden social en la Nueva España y cuyas repercusiones, tal como veremos, se reeditan y cobran sentido en la actualidad, pues la existencia de innumerables mecanismos que la sociedad mexicana contemporánea pone en marcha para diferenciar e inferiorizar a las personas no blancas juega un papel crucial en las lógicas de interacción de los distintos espacios sociales, pero con mayor claridad en esferas sociales tradicionales, como la doméstica. Constataremos que en el marco de las lógicas de interacción propias de la domesticidad contemporánea se recurre a la figura de “la india” en un sentido peyorativo como un mecanismo de poder y jerarquización que utilizan las empleadoras o señoras de la casa para subordinar a las empleadas domésticas. La figura de la india en el imaginario colectivo contemporáneo no solo encarna a una mujer morena sino que, tal como lo evidencian los testimonios de las mujeres, también alude una mujer tonta, ignorante, pobre, incompetente, sucia,

fea, prieta, ratera, malvestida y necesitada. Tales presupuestos tomarán forma en la diversidad de interacciones sociales cotidianas del mundo doméstico.

Cecilia Rabell, por ejemplo, destaca que desde el siglo XVI las ciudades estaban prácticamente reservadas a los españoles, constituyéndose así “la república de indios” y la de españoles. Sin embargo esta estricta segregación espacial fue haciéndose cada vez más flexible a medida que se formaban barrios de indios/as en las periferias de las ciudades y que aumentaba el mestizaje, un proceso característico de los espacios urbanos. El centro de la ciudad lograba mantener su carácter elitista y español, pero a mayor distancia del centro, mayor la miseria y la abundancia de población no española. A pesar de estos “patrones residenciales”, no se encontraban espacios donde no convivieran los distintos grupos sociorraciales, lo que no significa que la división de estamentos racialmente definidos se haya debilitado o desaparecido. “La relativa integración espacial de los habitantes no invalida su división en razas, puesto que las relaciones de dominación que mantenía el grupo español con los otros grupos y la ubicación relativa de cada grupo racial en un sistema jerárquico, podían perfectamente coexistir dentro de espacios compartidos” (Rabell, 1996: 80 y 83).

Tenemos desde entonces una prolífica producción discursiva –y no discursiva–<sup>31</sup> que, articulada alrededor de “ciertos presupuestos categóricos, niegan al indio/a su calidad de sujeto”, de individuo con plenos derechos (Ochoa, 2014: 14).<sup>32</sup> La identidad racial inferior que, desde el inicio del sistema de

---

<sup>31</sup> Las diferenciaciones identitarias que se crearon durante la Colonia se expresaron y diseminaron, ciertamente, desde el terreno de lo discursivo, de lo dicho; no obstante hubo otros criterios, igualmente constrictivos, para señalar la existencia de estamentos, tales como la segregación espacial, y que pertenecen al ámbito de lo no discursivo. Además, estos mecanismos diferenciadores resultan muy importantes en términos de los juegos de poder y dominación que instauró y heredó el régimen colonial, ya que se resignifican bajo distintos matices y en otros momentos históricos en el diseño y organización de espacios sociales como la casa.

<sup>32</sup> Karina Ochoa ha sugerido que en torno a la disputa sobre la naturaleza del indio/a, existen tres “tópicos” o fundamentos principales sobre los cuales se articulan los patrones de poder y dominación que dan forma al orden social colonial y que sin lugar a dudas, se reactivan y cobran un significado en las interacciones sociales contemporáneas: la *bestialización*, la *racialización* y la *feminización* de los indios/as. Bajo distintas explicaciones, tales presupuestos constituyen las justificaciones de índole moral, natural y jurídica por las que se priva de ciertos o todos los derechos a la población nativa del “Nuevo Mundo”. En esta discusión la autora se da a la tarea de

dominación colonial, definió al *indio* y a la *india* y que se fue diseminando y reproduciendo a través de los imaginarios colectivos, constituyendo así un referente central en la autopercepción misma de aquellos/as a quienes se identifica como tales, fue asociada además con características que representaban a los indios e indias como intrínsecamente sucios/as, inmorales, peligrosos/as, feos/as, miserables, ignorantes, ladrones/as y tontos/as.<sup>33</sup>

La complejísima amalgama subjetiva que, atravesada por referentes de género, raza-etnia y clase social se ha configurado sobre la figura del indio y la india, da cuenta del engranaje de poder y dominación que, a través de estos diferentes componentes identitarios, se pone en juego, de manera simultánea, en las relaciones sociales cotidianas.

La esfera doméstica, la casa familiar, es el espacio que, dada la lógica tradicional que la preside, legitima y reproduce a través de variados mecanismos de poder, un trato de estamento inferior a ciertas figuras clave en el orden de la domesticidad familiar. Existe, pues, un singular orden estamental dado por las lógicas verticalistas de poder que define el ámbito doméstico y en el que, ciertamente, las mujeres no pueden ocupar posiciones de igualdad en relación con los varones, ni las hijas en relación al padre o a los hermanos, pero tampoco pueden hacerlo figuras como las empleadas domésticas con respecto a sus empleadoras, “patronas” o señoras de la casa, ni mucho menos con respecto a los señores o jefes de familia.

---

mostrar las distintas argumentaciones que existían entre los autores y teólogos españoles sobre si podían o no los indios/as ser reconocidos/as como seres humanos (Ochoa, 2014).

<sup>33</sup> El caso que analiza Marisol de la Cadena en el Perú de principios hasta mediados del siglo XX ilustra cómo a través de “las tecnologías ideológicas” un selecto grupo de personas se “autocreó” como *blancos*. Tales tecnologías sirvieron para crear identidades raciales tales como blanco/a, indio/a o mestizo/a. Las vendedoras del mercado, por ejemplo, quienes se definen a sí mismas como mestizas, intentaban combatir la imagen de “mentirosas, sucias y ladronas” con que la élite las definía y, a través de este mecanismo de autodefinición identitaria, liberarse de los rasgos de inferioridad e inmoralidad que eran característicos de los indios y las indias (de la Cadena, 1997:7). El análisis que realiza la autora sobre la creación de los distintos grupos raciales en el Cuzco me ha brindado varias pistas para reflexionar sobre el carácter social, relacional y político de las identidades y para pensar sobre la percepción social que existe sobre las mujeres indígenas en México, quienes en muchos casos se contratan como empleadas domésticas en las casas y departamentos de la ciudad de México y, dado su aspecto físico, se les adjudican las mismas características que a las mujeres vendedoras del Cuzco: sucias, rateras, pobres, malvestidas e ignorantes. Este punto será tratado con mayor profundidad a lo largo de este capítulo.

Los fundamentos que sostienen, en pleno contexto moderno, tales patrones de desigualdad entre los diversos integrantes de la casa son, en buena medida, aquellos pertenecientes a las sociedades tradicionales, a los órdenes sociales como el colonial, cuyas jerarquías y posiciones de dominio y subordinación están dadas por un principio de desigualdad natural.<sup>34</sup>

Si una empleada doméstica no se sitúa en posición de igualdad frente a la señora de la casa o frente al jefe de familia es en razón no sólo de su condición de género, sino de la “inferioridad” que encarna, frente a quienes la subordinan, su aspecto físico, su color de piel, la forma en que se viste y se expresa, su procedencia familiar, su clase social.

Así, pues, veremos que la singularidad de la esfera doméstica mexicana representa una fehaciente expresión de la pervivencia de vestigios *naturalistas* propios de la tradición colonial; se trata de un espacio social que se define por establecer entre los y las integrantes de la familia posiciones verticalistas de poder ancladas en la tradición. El orden de género, la etnia y la clase social determinan las jerarquías entre la comunidad doméstica, dando lugar a un entramado de interacciones y prácticas sociales que no hacen sino establecer y recordar las posiciones de superioridad-inferioridad, de dominio y subordinación.

---

<sup>34</sup> De acuerdo con Aristóteles, el gobierno de lo doméstico se fundamenta en el supuesto de la *desigualdad natural*. Así, cuando se refiere a la necesaria existencia de la esclavitud o cuando habla de la natural dominación que los hombres deben ejercer sobre las mujeres, lo explica de la siguiente forma: “No es difícil estudiarlo con la razón y sacar conclusiones de la experiencia. Mandar y ser mandado no sólo son hechos, sino también convenientes, y pronto, desde su nacimiento, algunos están dirigidos a ser mandados y otros a mandar. Desde luego, hay muchas formas de mandar y de ser mandado. Y siempre es mejor el mando sobre mejores subordinados; por ejemplo, mejor sobre un hombre que sobre una bestia. Porque la obra realizada por los mejores es mejor. Dondequiera que uno manda y otro es mandado se ejecuta la obra de ambos”. (Aristóteles, 2009: 51-52). El espacio de la casa, tal como lo explica Aristóteles, se define por la necesaria dominación de las mujeres, los niños y los esclavos. Por el contrario, la *polis* expresa la actuación de los hombres virtuosos, racionales y en consecuencia, libres, porque en ella rige un principio de igualdad natural.

Veremos a lo largo de este capítulo cómo en la lógica doméstica, cuyo carácter tradicional intrínseco pervive en contextos modernos, la complejidad de las relaciones sociales en las que actúan particularmente las empleadas domésticas – figuras clave en los diversos órdenes domésticos que van desde la esfera familiar de la infancia hasta la casa o el departamento donde más tarde trabajan– tienen como ejes actuantes de los mecanismos de poder y dominación, fundamentos jerarquizantes anclados en las diferencias de género, raza, etnia, clase social, y que están claramente presentes en el terreno simbólico, imaginario, discursivo y subjetivo; forman parte de un amplio engranaje de poder que se inscribe en los cuerpos y que a los ojos de los diversos actores sociales, se manifiesta, se constata en el uso del lenguaje de estas mujeres, sus percepciones, sus anhelos, su acento, sus ademanes, su color de piel, su vestimenta y su arreglo. Cuando ellas entran en escena en dicho orden social, entran también a escena la gama de presupuestos sociales que las han constituido de determinada manera, pero a partir de los cuales también ellas se perciben y se construyen a sí mismas. Lo que vemos, entonces, en el terreno de las interacciones sociales domésticas es la inscripción sobre el cuerpo, los pensamientos y las actitudes de las empleadas del hogar de un abanico de *verdades*, de tipificaciones sociales que se han construido sobre ellas y que, al asignar diferencias y jerarquías, despliega un juego incesante de poder y dominación; reproduce cuerpos y subjetividades marcados por la subordinación y la inferioridad.

De acuerdo con las experiencias narradas por las empleadas domésticas, se constatará que en contextos urbanos o rurales, con las particularidades que cada uno supone, el ámbito familiar legitima la autoridad incuestionable del padre de familia, naturaliza la obediencia y la explotación de las mujeres, otorga autoridad a los hijos sobre sus hermanas por el hecho de ser varones; promueve y prefiere el establecimiento de lazos con miembros de *buenas familias* y, en muchos casos, por diversos mecanismos, menosprecia a quienes por la apariencia física y el color de la piel no se asimilan al grupo social y racialmente dominante. Asimismo, la esfera de la domesticidad reproduce pensamientos, concepciones, y genera una gama de verdades a partir de las cuales las mujeres

construyen una imagen sobre sí mismas: feas, tontas, ignorantes, incompetentes, malvestidas, *prietas*, pobres y sin preparación, son algunos de los supuestos que reiteradamente aparecen manifiesta o implícitamente en la definición que de sí mismas construyen estas mujeres. Pese a los procesos de modernización por los que ha atravesado, el ámbito de la esfera familiar en México reactiva mecanismos y ejercicios de poder históricamente anclados a la dinámica colonial tradicional.<sup>35</sup>

La complejidad de las experiencias de subordinación por la que, en la esfera de la domesticidad, atraviesan las empleadas domésticas, reside en que se trata de experiencias marcadas por incesantes juegos de poder en las que intervienen todos los factores de manera simultánea y conjunta. Es decir, la articulación entre los componentes de género, la clase social, la pertenencia étnica, la edad, etcétera, opera, en el terreno de las prácticas y los imaginarios sociales, a través de una compleja combinación que se traduce en las actitudes, acciones, designaciones, discursos y autopercepciones que proliferan acerca de las empleadas domésticas y que no hacen sino reforzar la carga de marginación que viven estas mujeres.

Uno de los paradigmas teórico-políticos más relevantes de las últimas tres décadas para el análisis de los procesos de constitución de la identidad, es el que, desde sus inicios Kimberlé Williams denominó interseccionalidad.<sup>36</sup> Dicha noción refiere que la subjetividad está conformada por elementos tales como el género, la raza, la etnia, la clase social y la sexualidad que interactúan y se refuerzan

---

<sup>35</sup> Pese a ser definida como una esfera intrínsecamente tradicional, una de las manifestaciones de que en ella también operan los efectos de la *racionalización* propios de la modernidad, tiene que ver con otorgar prioridad al interés de la comunidad familiar por encima del linaje; además, en contextos modernos, la comunidad familiar se funda en un vínculo matrimonial basado en el amor (Velázquez, 2011).

<sup>36</sup> El concepto de interseccionalidad fue utilizado por primera vez por la académica feminista Kimberlé Williams Crenshaw en 1989 para explorar cómo las dimensiones de raza y género interactúan para determinar la violencia contra las mujeres de color. Para esta autora, las experiencias de violencia que sufren las mujeres negras son frecuentemente producto de patrones de intersección entre racismo y sexismo y son cualitativamente distintas a las experiencias que viven las mujeres blancas. La principal crítica que realiza Crenshaw es que los patrones de discriminación racial o de género que viven las mujeres de color no están representados en el discurso feminista o antirracista hegemónicos –elaborado por mujeres blancas, académicas y de clase media–; por tanto, tales discursos han hecho abstracción de la especificidad de las experiencias concretas de estas mujeres y su principal error radica en que no reconocen las *diferencias* que existen entre las mujeres (Crenshaw, 1993).

mutuamente para determinar y acentuar las experiencias de sexismo, racismo que sufren determinadas mujeres (Nash, 2008: 2).

El estudio de los procesos de subjetivación de las empleadas domésticas que orienta el análisis, indudablemente tiene que volcar su atención a los referentes de género, etnia, clase social, edad, para explicar cómo intervienen tales componentes en la conformación identitaria de las mujeres. Utilizaré a la noción de interseccionalidad en tanto que se plantea como una perspectiva que intenta trascender las aproximaciones *sumatorias* que se limitan simplemente a añadir o sumar los efectos de las distintas formas de discriminación, y, por el contrario, intenta develar cómo se articulan los diferentes referentes o vectores para configurar identidades complejísimas (Wade, 2013: 189).

Sin embargo, no simpatizo con varios de los postulados centrales de este marco analítico en tanto que se contraponen a ciertas posturas clave que orientan mi estudio de los procesos de subjetivación.<sup>37</sup>

## ***2.2 Orden de género, etnia y clase social en las familias de origen de las empleadas domésticas. La domesticidad urbana y rural***

En la sociedad mexicana moderna el modelo de familia que hoy conocemos, con sus respectivas particularidades históricas y culturales, reproduce el modelo de hogar familiar que se consolidó en las sociedades europeas en el siglo XIX, aquel

---

<sup>37</sup> A lo largo del texto sostendré que, a diferencia del paradigma de la interseccionalidad, el género no es un referente más entre todos los otros –la clase social, la etnia, la raza o la edad– que opera en el mismo nivel de importancia; es, por el contrario, el núcleo fundante de toda subjetividad y a partir del cual cobran sentido y contenido todos los demás. Me distancio de igual forma de las posturas que subrayan la necesidad de considerar las *diferencias* y especificidades de los sujetos para generar explicaciones válidas y asumo que es necesario generar explicaciones partiendo del nivel más abstracto con la finalidad de mostrar *el origen* de las lógicas trashistóricas y transculturales de marginación y subordinación que caracterizan las interacciones sociales entre las personas, entre varones y mujeres. En el desarrollo del trabajo argumentaré y ejemplificaré con más precisión estas concepciones de tal suerte que se demuestre la centralidad de las relaciones de género en las conformaciones subjetivas de las empleadas domésticas y que en la singularidad de cada trayectoria de vida es posible dar cuenta de la expresiones un orden social específico, de una estructura subordinante que establece patrones generalizables, prácticas, relaciones sociales particulares.

que instauró la sociedad burguesa y cuyas lógicas de interacción entre quienes constituyen las figuras centrales de la familia nuclear moderna –padre, madre e hijos/as– se encuentran presididas por ejercicios de poder anclados en la tradición.

De tal manera que ser madre, esposa, ama de casa, empleada doméstica o hija establece, en principio, un estatus de inferioridad con relación a los varones en el orden de jerarquías que define la casa; pero lo cierto es que entre madres e hijas, señoras y empleadas domésticas existen códigos de diferenciación y mecanismos jerarquizantes que también se traducen en relaciones de dominio y subordinación. La adopción de tales roles conlleva también la realización de ciertas actividades y la incorporación de ciertas actitudes y prácticas que, como demostraré, son radicalmente distintas por su carácter e importancia a las que asume el jefe de familia o el primogénito varón.

En México este singular espacio social, importado de las sociedades occidentales y prefigurado a través de una herencia colonial histórica y culturalmente determinante en la conformación de las relaciones sociales, es el modelo de familia en el que establecen las primeras prácticas de socialización quienes en algún momento de su vida se convertirán en las empleadas domésticas de las casas y departamentos de la ciudad de México.<sup>38</sup>

En este modelo de familia, con las características que cada contexto urbano o rural implica, existe una serie de relaciones sociales típicas que podría describir como expresiones claras del orden verticalista establecido entre las figuras domésticas, fundado en principios de *desigualdad natural*.<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> Las prácticas y costumbres vinculadas al matrimonio en nuestra sociedad y cultura occidental obedecen a la normatividad del modelo cristiano traído a América a fines del siglo XV con la conquista española. A través de la imposición del modelo de matrimonio católico se inició un nuevo proceso cultural, pues la población colonizada debía adoptar un “modo de vida monogámico” y sustituir la elección del cónyuge, que era una decisión que tomaban las autoridades locales, por una “elección libre de la pareja” (Quilodrán, 2001: 17 y 18).

<sup>39</sup> No se trata de una familia universal, pues ciertamente existen variantes en relación a la presencia o ausencia de ciertos integrantes, al tipo de unión predominante entre las parejas, al estilo de vida, a la manera en que se establecen las relaciones sociales. Pese a estas importantes variantes, en contextos sociales como el mexicano existen poderosos imaginarios, actores y



En términos generales, la familia nuclear, urbana o campesina, aquella en la que han crecido las empleadas domésticas, se sustenta sobre un vínculo matrimonial formal, único e indisoluble, establecido por lazos de amor y fundado sobre la idea de que será un matrimonio bien avenido en el que sus integrantes acatarán de buena gana los roles y actitudes que una sociedad determinada y un momento histórico específico señalan que les corresponde actuar. Y aunque con sus diversas variantes y especificidades, la familia nuclear moderna, constituida por el padre o jefe de familia, la madre-esposa y los hijos e hijas, intentará reproducir, casi siempre con éxito, las prácticas y relaciones típicas de este modelo familiar burgués. Por lo que veremos que los ejercicios de poder y subordinación y los órdenes verticalistas entre los/las integrantes de la casa resultan ser mecanismos invariables.<sup>40</sup>

### **2.2.1 El matrimonio y la casa**

En el mundo campesino la figura del matrimonio o la unión conyugal está constituida por un varón y una mujer; en él la esposa establece un vínculo de sometimiento a su marido o concubino y éste, en razón de su condición de varón, no sólo ejerce un papel de dominio sobre la esposa, sino también sobre los hijos e hijas que conforman la familia. El rol de jefe de familia, como veremos, supone mantener la “buena marcha del hogar”, vigilar el comportamiento de su familia, brindar protección y cuidado a las y los integrantes de la casa, velar por el honor y el resguardo de los valores dominantes que rigen la normatividad familiar y, ante

---

prácticas sociales concretas que reeditan de diversas formas el esquema jerárquico dominante de la familia moderna. Michelle Perrot ha insistido sobre las numerosas variantes que caracterizan a la familia moderna occidental durante la mayor parte del siglo XIX; variantes ligadas a las tradiciones políticas, religiosas, al estatus social, al medio social y local en particular (Perrot, 1991:111). Pese al carácter diverso de las familias modernas del que nos advierte Perrot y del que ciertamente existen claras expresiones en el contexto mexicano, hablaré de “la familia” en términos teóricos y de esa manera aludiré a la lógica antimoderna, jerárquica y natural que rige a esta esfera y a la peculiaridad de interacciones entre sus miembros. “La familia, en efecto, es un espacio singular en el que se combinan aspectos de la casa aristotélica, la sociedad natural ilustrada y el principio racionalizador ilustrado-romántico” (Serret, 2008:105).

<sup>40</sup> -QULODRÁN

todo, en el nivel imaginario, garantizar el sustento de su esposa e hijos/as.<sup>41</sup> Por su parte, la asistencia y servicios que la esposa brinda al jefe de familia quedan de manifiesto en el papel que se supone deben desempeñar las mujeres y esposas como responsables de la reproducción familiar. En estos contextos asumir el estatus de esposa, *ama de casa*<sup>42</sup> y madre, bajo la normatividad doméstica, supone cumplir objetivos muy específicos: mantener el orden y la reproducción de los y las integrantes de la casa implica tareas tales como preparar los alimentos, hacer las tortillas prender el fuego, acarrear agua y leña, cuidar de los animales, colaborar en las faenas agrícolas, mantener aseada la casa, lavar la ropa, cuidar y criar a las hijas e hijos, servir, atender y, desde luego, cumplir con el débito conyugal, es decir, estar dispuesta a mantener relaciones sexuales cada vez que el marido así lo desee. El éxito o fracaso de los matrimonios dependerá de qué tan bien acaten cada una de las figuras domésticas sus respectivas tareas: “que la mujer sepa lo que debe hacer, cumpla con los hijos, con la comida y la ropa y que el hombre tenga que ofrecer y trabaje para mantenerla a ella y a los hijos, ¿de qué otra forma puede ser?”, señala Narcisa, la mujer de 86 años, empleada doméstica que ha crecido en el seno de una familia campesina.<sup>43</sup>

En las familias de origen de las mujeres entrevistadas, el prototipo de la mujer, esposa, concubina o ama de casa es, aunque con sus variantes, una figura imprescindible. Desde los contextos más recientes hasta aquellos más lejanos

---

<sup>41</sup> En contextos campesinos, ser varón, jefe de familia supone también ser el principal propietario de la tierra y del ganado cuando lo hay. El control y disposición sobre el recurso más valioso en estos contextos –la tierra, lo detenta el padre de familia y en el momento que decide transmitir la tierra en herencia, dará preferencia a los hijos varones sobre las hijas (González, 2006: 347).

<sup>42</sup> De acuerdo con los testimonios de las mujeres provenientes de contextos campesinos es posible afirmar que la categoría “ama de casa” no se utiliza en estos contextos para definir a las mujeres que además de ser esposas tienen como función primordial el cuidado y reproducción familiar y el mantenimiento del orden doméstico. Cuando las mujeres entrevistadas se referían a las figuras femeninas que estaba encargada de todas las tareas de la casa, nunca se refirieron a ellas como amas de casa lo que lleva a suponer que esta categoría es una construcción propia de las sociedades occidentales modernas, particularmente las sociedades europeas decimonónicas.

<sup>43</sup> En los confines de la esfera doméstica, garantizar una serie de servicios, cumplir con una gama de obligaciones, obediencias y obtener también ciertos beneficios y ventajas en razón del estatus que cada figura adopta, es un papel que han naturalizado hombres y mujeres, jefes de familia, hijos, hijas y amas de casa. Así, cuando el esposo y padre que sale a trabajar al campo cierto número de horas –con la ayuda de hijos e hijas– y durante la jornada de trabajo las hijas o la esposa le ofrecen un almuerzo o, bien, al regresar a su casa tiene la certeza de que encontrará comida preparada, lo que vemos son claras manifestaciones de la pervivencia de un principio de desigualdad natural que determina los roles y jerarquías en el orden de la domesticidad.

como en el que creció Narcisa, la figura de la mujer doméstica es central en el mantenimiento del orden de la casa y, en muchas ocasiones, en la asignación de roles y jerarquías.

Narcisa, que nació en un contexto rural a principios del siglo XX, señala que su madre procreó 12 hijos e hijas; atendía las labores domésticas y las propias de su papel de mujer, esposa o concubina.<sup>44</sup> Durante los años que duró el vínculo familiar, la madre de Narcisa se dedicó a las arduas tareas domésticas; desde muy temprano comenzaba la jornada de trabajo: ir al molino, hacer las tortillas, acarrear el agua y la leña, prender el fuego, preparar el almuerzo para llevarlo a su esposo al campo. Más tarde, había que ir a lavar la ropa al río, preparar la comida y cuidar de los hijos e hijas.

La vida de la madre de Camelia al lado de su esposo también consistía en mantener la casa en orden, la comida lista, la ropa limpia, apoyar en el trabajo de las milpas, y criar a los diez hijos/as que tuvo. La particularidad de esta familia es que en la casa de Camelia vivía la abuela materna y, como todas las mujeres de la familia, estaba totalmente involucrada en el mantenimiento del orden doméstico, aunque, hay que resaltar, también estaba al tanto de la conducta de las nietas y al cuidado de los nietos. “¡Cómo que mandas [a tu hermano] al molino!, ¡cómo crees!, ¡él es hombre! Él no puede hacer eso”, solía decir la abuela de Camelia cuando alguna figura femenina intentaba involucrar a los hombres en las tareas que estaban asignadas a las mujeres.<sup>45</sup>

---

<sup>44</sup> No todos los vínculos que se establecen entre un hombre y una mujer para formar una familia están fundados en el lazo matrimonial. El tipo de vínculo que pueden establecerse entre las parejas son diversos y no siempre responden al matrimonio formal, lo cierto es que independientemente del tipo de relación que se establezca, los roles, tareas y prácticas de cada género y figura doméstica resultan invariables. El caso de la madre de Narcisa es un ejemplo de que no es posible hablar de un modelo de familia universal e incorruptible, pues esta mujer, que nació a principios del siglo XX, se casó primero con un hombre con quien procreó cinco hijos/as; posteriormente se unió al padre de Narcisa y concibió siete hijos/as más. En esta segunda relación no existió contrato matrimonial y toda la descendencia vivía en la segunda casa familiar. (QUILODRÁN?)

<sup>45</sup> En el contexto campesino de México la práctica de que la pareja comparta la vivienda con la familia del varón del matrimonio se encuentra todavía muy extendida. Esta costumbre permite reunir en un fondo común los ingresos y a las mujeres les permite repartirse el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos e hijas (González, 2006:347). No obstante, existen casos como en la familia

La obediencia y la actitud de servicio formaban parte del papel y de la investidura identitaria que desempeñan las mujeres y esposas en la casa, aunque no faltan, desde luego, los pleitos, los reclamos y las estrategias de resistencia entre los/las integrantes del matrimonio. Camelia reniega de la relación tan conflictiva que mantenían sus padres; tenían como hábito cotidiano beber pulque y los pleitos sobrevenían cuando se emborrachaban junto con su abuela. Camelia dice que esta práctica era lo más común entre la gente del pueblo; sus abuelos así lo habían hecho y parecía ser la cosa más normal para sus padres. El problema, del que tanto reniega Camelia, es que sus padres bebían diariamente, peleaban en todo momento y eran irresponsables con sus hijos/as al no haberse preocupado por darles educación y unas mejores condiciones de vida. Pero, “pues así aprendimos a vivir”, resignada afirma la muchacha.

Narcisa, por su parte, no se queja de la relación que llevaron sus padres; acostumbrada a no protestar ni a quejarse nunca, para ella la relación entre sus padres no le resultaba nada hostil si la compara con la que vivió su mamá al lado de su abuelo. Y es que la infancia de su madre estuvo marcada por las fuertes golpizas que le propinaba su padre, la miseria y las fuertes enfermedades. Narcisa, aunque asume que su familia era de “gente muy pobre”, que ella y sus hermanas siempre anduvieron “malvestidas”, le reconforta decir que, aunque su padre era muy estricto, nunca recibió un solo golpe de él. Sin embargo, Narcisa tiene muy claro que, en una relación matrimonial, los esposos golpean a las mujeres, en el entorno familiar los padres reprenden, castigan y les imponen y prohíben ciertas cosas a las hijas, y para ella es la forma correcta de actuar en la familia. Cuando relata que su padre les aconsejaba que siempre que ellas llegaran a cualquier casa tenían el deber de obedecer de buen modo porque *para eso estaban* o, en todo caso, para eso las contrataban, se percibe en su relato una actitud de aprobación en relación a los consejos de su padre. No obstante, enfatiza que cuando sus hermanas se casaron, diariamente sus maridos les daban a todas sus “catorrazos”. Desde ese entonces Narcisa estaba claramente

---

de Camelia en los que la abuela materna habita con la familia nuclear y también se involucra en todas las actividades propias del mantenimiento de la casa y la reproducción familiar.

convencida de que podría soportar pobreza, pues siempre había sido pobre, pero nunca golpes ni malas palabras. Cuando de joven tuvo un novio que la golpeó y la maltrató, decidió que nunca más volvería a convivir en una relación de pareja con un hombre.

### **2.2.2 Madres e hijas**

En el pueblo de Narcisa, como en muchas otras comunidades campesinas de México, las mujeres y las ancianas decían que una mujer debe aprovechar su soltería porque una vez que se casa tendrá que dedicarse a servir y a saber tolerar lo que su marido le haga. Es decir, las mujeres en este tipo de contextos, consideran que el vínculo matrimonial supone una serie de prerrogativas al marido y la esposa le debe una serie de servicios.<sup>46</sup>

En el mundo campesino, como en el urbano, las tareas domésticas se reparten entre todas las mujeres de la casa; la madre delega y distribuye entre sus hijas los quehaceres del hogar familiar. Esta práctica no sólo supone que las hijas, en tanto mujeres, *naturalmente* deben involucrarse e identificarse desde muy pequeñas con las tareas de la casa, sino que también tiene la función de propiciar una suerte de entrenamiento y la transmisión de conocimientos útiles para su futura vida conyugal.<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> Carole Pateman en su clásico estudio sobre el contrato sexual analiza la especificidad del rol de ama de casa y esposa y cuáles son los fundamentos de su condición de subordinación en la esfera doméstica. A partir del análisis del contrato matrimonial, la autora señala que las relaciones entre los integrantes de la vida doméstica son relaciones “naturalmente desiguales”, por lo que ser esposa implica brindar ciertos servicios bajo las órdenes de un varón (Pateman, 1995:179).

<sup>47</sup> La vida familiar campesina en México y sus respectivas condiciones de sobrevivencia hacen que las actividades domésticas delegadas y realizadas por las mujeres requieran de excesivo esfuerzo y cantidad de trabajo: levantarse en la madrugada para preparar la masa de las tortillas, preparar el almuerzo que durante la jornada de trabajo en el campo comerán el padre y los hijos/as, acarrear agua para cocinar, recolectar leña, ir a lavar la ropa al río y realizar los múltiples tareas del quehacer de la casa, etc., actividades, todas ellas, que se realizan en contextos permeados por una serie de carencias e incomodidades materiales que van desde la falta de agua, gas, electricidad, hasta las precarias condiciones de vestido y alimentación. Tales condiciones requieren el redoblamiento de esfuerzos por parte de las mujeres, pues la cantidad de trabajo que requiere mantener el orden doméstico en una familia numerosa es considerable. Y es que la unión matrimonial entre un hombre y una mujer en sociedades campesinas también conlleva el supuesto

En la familia de Narcisa nacieron seis mujeres a quienes, desde muy corta edad, la madre involucró en las tareas domésticas, que incluían las labores del campo. Las hijas junto con la madre prendían el fuego, preparaban la comida, acarreaban agua, molían el maíz y hacían las tortillas, lavaban la ropa, acarreaban leña y llevaban a su padre el almuerzo al campo; se dedicaban también a la siembra, la cosecha, la recolección y el cuidado de los animales.<sup>48</sup> Entre más crecían las hijas, mayores eran las tareas que su madre les asignaba y múltiples las actividades que éstas realizaban. Nunca, en el seno de su familia, un varón llegó a involucrarse en alguna labor de la casa; el padre de Narcisa y sus seis hermanos tenían muy claro el papel que les correspondía asumir y actuar en el ámbito del hogar familiar: ser proveedores y cabezas del hogar: “si no fuera por nosotros, ustedes ya se habrían muerto de hambre”, le dijo su hermano mayor a Narcisa en la misma ocasión en que, por contradecirlo, también la golpeó.

### **2.2.3 Los jerarcas de la casa**

En un contexto urbano más reciente, el escenario familiar de Héliida, por ejemplo, no dista demasiado de las experiencias domésticas que vivió Narcisa; aunque Héliida es la única mujer, de las cuatro que entrevisté, que nació en la ciudad, su experiencia como ama de casa, por imposición de su madre, es muy amplia. Ella creció en un hogar sin padre; su madre cumplía la función de proveedora dedicándose casa exclusivamente al cuidado de su negocio de venta de artesanía que le procuraba a ella y a sus hijos/as la sobrevivencia cotidiana. Delegó a Héliida, la hija mayor, todas las actividades domésticas incluyendo la crianza y el cuidado de sus hermanos y hermanas. Héliida refiere que desde muy pequeña tenía clara conciencia de las tareas que debía realizar, que eran su responsabilidad y que no podían, por ningún motivo, ser eludidas. Preparar la

---

de que se procrearán todos los hijos que el matrimonio logre concebir. Por lo que las mujeres llegan a parir, en múltiples casos, más de 10 hijos/as, quienes muy pronto se incorporarán tanto a las actividades domésticas como a las labores del campo.

<sup>48</sup> DOCUMENTAR SOBRE EL EXCESIVO TRABAJO DE LAS MUJERES EN ESTOS CONTEXTOS; EL TEMA DEL DESCANSO. LOS RELATOS SIEMPRE AFIRMAN QUE EL DESCANSO NO EXISTE, SIEMPRE HAY QUE TRABAJAR.

comida, atender a sus hermanos/as, ir por ellos/as a la escuela, darles de comer, lavar la ropa, preparar la merienda. Cuando Héliida se convirtió en adolescente, tenía, además, que procurar el mayor bienestar a su hermano mayor, quien exigía que se le atendiera y le resolvieran ciertas necesidades como tenerle la ropa limpia y planchada cada vez que él así lo requiriera. La violencia física y verbal fue la vía que siempre empleó el hermano de Héliida para hacer cumplir su voluntad y sus peticiones. No existiendo la figura de esposo, padre o jefe de familia, la madre de Héliida insistía en que debía ser un varón quien llevara las riendas del hogar; delegó inmediatamente en el hijo mayor las responsabilidades y actitudes propias de tal figura. De tal manera que aprobaba, justificaba y alababa todas las expresiones de autoridad que su hijo empleaba para mantener el “orden” de la casa. Cuando Héliida se quejaba de lo violento que llegaba a ser su hermano, su madre simplemente le decía que la culpa tendría ella por desobedecerlo, no hacer las cosas como a él gustan o andar todo el día en la calle sin atender sus responsabilidades de la casa.

Y aunque en el terreno de las prácticas concretas los roles de cada figura familiar pueden ser muy diversos, variar por la falta de uno u otro miembro, e incluso ser totalmente contrarios a lo que se podría esperar de cada integrante, lo cierto es que el orden de la domesticidad canónica se sustenta, en buena medida, por la eficacia y fuerza proveniente de los imaginarios colectivos<sup>49</sup>, aquellas verdades que una determinada sociedad construye y reproduce sobre lo que debe ser la vida y la dinámica familiar en razón de las diferencias de género.

En la familia en la que creció Camelia, por ejemplo, los roles y concepciones de género estaban claramente diferenciados. No obstante, las prácticas que cada uno y una de sus integrantes llevaban a cabo, respondían a necesidades y concepciones muy diversas, que incluso podían contravenir el orden de género establecido. El padre de Camelia, como todos los demás

---

<sup>49</sup> Estela Serret enfatiza el enorme peso que tienen, en la construcción de identidades, las *percepciones imaginarias* que se sustentan en discursos hegemónicos, sobre las prácticas o hechos sociales; lo anterior significa que generalmente los imaginarios colectivos terminan por imponerse a los hechos sociales concretos, aunque estos últimos desmientan con creces a los primeros (Serret, 2008).

varones, cabezas de familia, en el mundo campesino, asumía el rol de proveedor y figura preponderante en la vida familiar. Se casó y procreó diez hijos/as con una mujer que tenía como tareas principales mantener el orden del hogar y procurar los cuidados requeridos a él y a sus hijos/as. El estatus de dominio que el señor se adjudicaba, lo llevó, entre otras cosas, a prohibirles a Camelia y a sus hermanas que asistieran a la escuela, que se relacionaran con los varones de la comunidad, que tuvieran amigos y que salieran a bailes o fiestas.<sup>50</sup> Pese a la incuestionable autoridad que, en el seno de esta familia, podía encarnar el padre de Camelia, existían otras condiciones que desafiaban por sí mismas su papel de proveedor y cabeza familiar.

Del trabajo en el campo, de los productos para el consumo propio y del dinero obtenido por la venta de las cosechas, difícilmente el padre de Camelia alcanzaba a solventar las necesidades familiares más elementales. La sobrevivencia de la familia, señala ella, realmente era muy complicada. Muy pronto, los hijos e hijas se percataron de que lo que les proveía su padre, producto de su trabajo en el campo y de la crianza de los animales, era insuficiente para cubrir sus necesidades. Así, a muy corta edad, las hijas comienzan a migrar a la ciudad de México para conseguir un empleo y lograr solventar las necesidades y gastos de la casa. Desde sus primeros sueldos como empleadas domésticas en la ciudad, Camelia y su hermana comienzan a enviar parte de su salario para sostener los estudios de sus hermanos, los gastos de un tratamiento contra la cirrosis que padecía su padre, e incluso para construir y darle terminados a una casa en la que vivirán sus padres y algunos/as de sus hermanos/as en mejores condiciones de las que habían tenido en otro momento. En un contexto como este, fueron las mujeres, las hijas de la familia, quienes asumieron el papel de

---

<sup>50</sup> Lo más relevante no es, quizá, que este tipo de actitudes y convenciones las determinara un padre campesino como el de Camelia, sino que la abuela materna también se sumara a la idea de establecer ciertos mecanismos constrictivos y viera con muy malos ojos que sus nietas interactuaran con cualquier varón. Lo mismo sucedía cuando la abuela prohibía estrictamente a sus nietos varones realizar algún quehacer doméstico. “Perder la vergüenza” y “andar por ahí de loca” son algunas de las frases que el padre y la abuela de Camelia empleaban para vigilar, constreñir y reprobador la conducta de las hijas y las nietas cuando interactuaban con los varones de la comunidad.



proveedoras, lo que, sin embargo, no se tradujo en la pérdida de autoridad y dominio que detentaba su padre, pues él seguía incidiendo en las decisiones más importantes de las mujeres de su hogar.

La obstinación del padre de Camelia por impedir que sus hijas fueran a la escuela fue una de las imposiciones que más lamenta Camelia y que más repercusiones ha tenido en su vida adulta. Lo que menos deseaba Camelia era ser empleada doméstica; los impedimentos económicos fueron una razón de peso en la trayectoria que siguió su vida; sin embargo pesaron más las resistencias de su padre y los órdenes jerárquicos existentes entre ellas y sus hermanos para que no lograra estudiar en el momento que ella lo deseaba.

Desde muy pequeña, Camelia tuvo que olvidarse de jugar con otros niños y niñas de su edad, tampoco podía descansar, pasear o tener amigos; colaborar con las actividades agrícolas bajo la autoridad de su padre y ayudar en las tareas de la casa se convirtió en su rutina permanente. No sólo la adversa situación económica familiar en la que creció Camelia impidió que algunos de sus hermanos, pero fundamentalmente sus hermanas, estudiaran, sino que el supuesto que privaba en su entorno familiar y su comunidad de que las mujeres no deben asistir a la escuela ya que una vez que contraigan matrimonio su marido les proveerá lo necesario para sobrevivir y no tendrán más que dedicarse al cuidado del hogar y de los hijos e hijas, tuvo una enorme repercusión en su vida.

La experiencia de esta mujer contrasta sustancialmente con la de algunos de sus hermanos varones quienes sí lograron estudiar. Camelia termina la primaria con enormes dificultades y se da cuenta de que continuar con sus estudios será prácticamente imposible dada la pobreza que privaba en su hogar. Decide entonces que la mejor opción, al igual que lo hicieron sus otras hermanas, es dejar de estudiar, migrar a la ciudad y conseguir un empleo. Algunos de sus hermanos también habían migrado a la ciudad de México en busca de un trabajo y eran cargadores en la Central de Abastos; sólo aquellos hermanos que se quedaron en casa de sus padres fueron quienes continuaron estudiando. Camelia y su hermana se repartieron, entonces, los gastos para solventar los estudios de

preparatoria de sus hermanos y posteriormente los de la carrera profesional de cada uno de ellos. De acuerdo con los supuestos de la comunidad, que los hombres reciban una formación o aprendan un oficio tiene un objetivo y una utilidad: adquirir herramientas y conocimientos que, en razón de su condición de varones, les permitan trabajar para sostener a su futura familia. Bajo esta concepción, ser hombre y tener una carrera profesional no sólo resulta un bien necesario, sino que, para el imaginario colectivo, es el modo de vida deseable para un varón.

Pero la prohibición de asistir a la escuela por parte del jefe de familia parece ser un ejercicio de poder constante sobre las hijas y, la mayoría de los casos, llegar a ser un derecho totalmente vedado para las mujeres de la familia, pues la rigidez del padre en este tema es incuestionable. Narcisa, quien nunca asistió a la escuela, narra las razones que su padre anteponía para no dejarlas ir a estudiar: nosotras no tuvimos escuela, nunca nos mandaron a la escuela. Mi papá nunca nos quiso mandar [nos decía]: “Para qué?, ¿a ustedes para qué les sirve la escuela? ¿Para que nada más le escriban al novio? No, mejor quédense así”.

De tal suerte que la fuerza de los imaginarios reforzados por las prácticas sociales concretas, implica el mantenimiento y reproducción de un orden de género que afectará a quienes se conviertan en las esposas e hijas de estos varones, pero que también trastocará la vida y los proyectos de las mujeres de su familia de origen: privilegiar la educación de los hijos varones en menoscabo de la formación de las hijas implica confinarlas y constreñir su desarrollo personal al espacio de la domesticidad; pero además, asumir la responsabilidad y preocupación por garantizarles estudios a los hermanos varones formará parte de sus concepciones de lo que es el orden correcto de las cosas.

Habremos de señalar que en los contextos rurales, las tareas domésticas también implican las labores del campo. Lo anterior lleva a suponer que la cantidad de trabajo realizado en un día por las mujeres puede resultar excesiva y, a cambio, no obtener ni el reconocimiento de su trabajo ni la garantía de tener satisfechas sus necesidades. La estrategia de sobrevivencia adoptada por las

mujeres, en estos casos, es la comercialización de diversos productos y alimentos que les procure la obtención de dinero en efectivo y con ello poder solventar los gastos de una enfermedad, comprar más alimentos para la familia y satisfacer algunas de las necesidades y deseos propios o los de algún hijo o hija.<sup>51</sup>

La madre de Carmen siempre llevaba el gasto a la casa; en San Francisco Nuxaño, Oaxaca, la mayoría de la gente se dedica a hacer pan, el pan típico de la región que se vende en el mercado del centro de la capital. Ella hacía pan, pero además, de lo que se producía en el campo y con los animales, hacía tortillas y queso; todo lo vendía en el mercado o entre la gente de la comunidad. De esta manera no sólo procuraba varias de las necesidades de la casa, sino que también satisfacía algunas de las necesidades o deseos de sus hijos e hijas y reinvertía el dinero sobrante en su negocio.

En otros casos, el trueque funciona como otra alternativa para satisfacer algunas necesidades de la vida cotidiana. Intercambiar granos por fruta, por ejemplo, suele ser una de las múltiples formas a través de las cuales las mujeres pueden complacer un deseo propio o de su familia.

Tenemos, pues, una serie de condiciones y relaciones sociales que estructuran y condicionan la vida de las mujeres no sólo a un ritmo excesivo de trabajo, sino a la naturalización, incorporación y mantenimiento de cierto tipo de interacciones sociales. Se van configurando, entonces, cuerpos, gestos, actitudes, pensamientos, subjetividades.

---

<sup>51</sup> De acuerdo con las versiones de las mujeres que han vivido en contextos campesinos, es posible pensar que en este orden doméstico se considera que garantizar el sustento de la familia consiste en procurar fundamentalmente la comida: granos, leche, manteca, maíz para las tortillas, etcétera. Por lo que la cosecha del campo es, también, para el consumo de la casa. La idea de un gasto familiar que se le da a una mujer representado por dinero, no existe en estos contextos. De tal suerte que satisfacer ciertas necesidades y procurar ciertos gustos o deseos requiere de la puesta en marcha de otras estrategias de sobrevivencia tanto por parte del varón jefe de familia como de la esposa: criar y vender un animal, ordeñar las vacas y vender la leche o producir y vender productos a partir de lo que se cosecha y se obtiene en el campo o de los animales, son las opciones que, en el mundo campesino, se tienen para poder comprar ropa, huaraches, zapatos, ir al doctor o pagar un camión para ir de paseo.

#### **2.2.4 Controlar a las hijas**

Cuando la hermana menor de Narcisa quedó embarazada, el principal temor era que su padre se enterara. La muchacha llevaba ya varios meses de estar supuestamente enferma; nadie había logrado detectar en la comunidad qué era lo que le sucedía y ante tanta incertidumbre, las hermanas y la madre de la joven temían que estuviera “embruja”.

Fue hasta que las mujeres recurrieron a la *matrona* del pueblo, quien le dijo a la madre de Narcisa que la joven estaba embarazada. La noticia sorprendió tanto a la madre de la muchacha que, según relata Narcisa, no podía dejar de llorar. Quizá la decepción, pero fundamentalmente el temor que la invadía a ella y a sus hijas por tener que darle la noticia al padre, la mantenían llorando todo el tiempo. Era tan conocido el carácter del padre de Narcisa entre la gente del pueblo, pero sobre todo la gravedad que implicaba que una mujer soltera quedara embarazada, que fue la misma matrona quien suplicó a la madre de Narcisa que no permitiera que su esposo fuera a hacerle daño a la futura madre, que no la golpeará; si él deseaba indagar quién había sido el padre de la criatura podría indagarlo, pero que dejara las cosas como estaban y en paz a la muchacha.

En un contexto citadino, Hélida se enfrentó a una situación muy similar cuando quedó encinta a la edad de 14 años. Para su madre, quien fungía como proveedora del hogar, fue razón suficiente para correr a Hélida de la casa y propinarle una sarta de ofensas y groserías: “¿Sabes que ya te desgraciaste la vida? ¡Ya te cargó tu rechingada madre! ¡Putas aquí no quiero!” Fue la respuesta de la madre ante la situación de Hélida, quien al no entender el significado del regaño, le contestó a su madre que no tenía adónde ir y que se quedaría en la casa. Y es que Hélida suponía que estar embarazada era como “tener un dolor de estómago”, que se lo diría a su madre y que ésta no le daría la mayor importancia. Hélida señala que nunca entendió a qué se debía la reacción de su madre; además desconocía por completo lo que implicaba estar embarazada y tener un hijo, no fue hasta su tercer nacimiento, en un breve lapso de tiempo, que comenzó a darse cuenta de la responsabilidad que suponía tener un hijo o hija.

Y es que el gobierno de las mujeres encabezado por el varón, jefe de familia, no se agota en la relación de dominio que ejerce sobre su esposa; las hijas, con distintas obligaciones, también se hallan inmersas en una lógica de ejercicio de poder y obediencia en las relaciones que establecen con su padre.

Habría que enfatizar, no obstante, que el control sobre las mujeres no proviene únicamente del padre, existen múltiples mecanismos de vigilancia y coacción ejercidos sobre las hijas por parte de la comunidad en general, la madre, las abuelas, las tías y, desde luego, los hijos varones. Una forma de control llama la atención sobre las demás: que las hijas, esposas, hermanas, nietas no se relacionen, hasta determinado tiempo y bajo ciertas condiciones, con otros varones de la comunidad. Desde muy pequeñas a las hijas se les priva del juego y, en ocasiones, de la interacción con los/las otros/as niños/as de la comunidad, colocando así, por encima de la educación, el ocio, la diversión y el descanso, la necesidad de trabajar en el campo y colaborar con las faenas domésticas. Luego, cuando llegan a la adolescencia, los mecanismos de poder que se ejercen sobre las hijas se tornan más rígidos y entonces las constricciones van desde no platicar con los hombres de la comunidad, no tener amigos/as, no asistir a los bailes y fiestas del pueblo, no tener novio, hasta no salir de la comunidad en busca de un empleo que les permita tener un ingreso propio.

Una inquietud latente es la que se impone sobre esta serie de mandatos y en la que se pone en juego, como en ninguna otra, la autoridad paterna sobre las hijas: el control sobre su cuerpo, sobre su sexualidad. Quizá sea esta una pista para entender por qué a las mujeres se les prohíbe estrictamente interactuar con los hombres de su comunidad, por qué entre las madres, abuelas y hermanas priva la consternación si alguna hija, nieta o hermana llega a quedar embarazada sin haberse casado y por qué un evento de esta naturaleza supone para el padre de familia un motivo de gran enojo, decepción y, ante los ojos de la comunidad, desprestigio y fracaso de su autoridad.

En el contexto colonial, el honor consistía en un conjunto de “valores morales” que se expresaban en el comportamiento personal y eran el referente

para juzgar el comportamiento de los miembros de la sociedad. Las mujeres, estaban sujetas a restricciones más rígidas en relación a su comportamiento que los hombres; la transgresión sexual femenina afectaba no sólo el honor de cada mujer sino el de su familia, por lo que esto era un asunto que demandaba la vigilancia de la familia y la comunidad. La garantía sobre la condición íntima de una mujer se tenía que evidenciar al igual que su filiación étnica y la condición de su nacimiento. “O sea, que entre los aportes de la mujer a su futuro marido, uno de los objetos que merecía especial atención era la entereza física, que le garantizaba a aquél su absoluta y exclusiva posesión sexual y la seguridad de que la progenie era suya” (Lavrin, 2005: 500). Por lo tanto, el deshonor siempre recaería sobre los hombres que no habían sabido velar por el honor sexual de las mujeres de su familia y la única forma de reparar el honor y la pérdida de valía social de una mujer que perdía la virginidad, era mediante el matrimonio (Lavrin, 2005: 503).

No obstante, las vías de trasgresión a la autoridad paterna en aquel contexto y en el más contemporáneo pueden ser de lo más diversas y medirse según el grado de infracción a los principios que rigen la convivencia y el orden familiar. Así, las mujeres pueden permitirse ir a los bailes del pueblo o tener novio desde edades muy tempranas y verse con él “a escondidas en el campo”, decidir migrar a la ciudad para buscar un empleo, o incluso quedar embarazadas y huir con la pareja sin tener que casarse.

En San Francisco Nuxaño, su pueblo de origen, Carmen mantuvo una relación amorosa durante tres años sin que su padre lo supiera. Ella estaba segura de que en su familia no aprobarían su relación y que su padre se opondría, pues según él, sus hijas no estaban en edad suficiente para tener novio. Cuando por fin Carmen decidió dar a conocer que tenía un novio y que deseaba casarse con él, se lo confesó primero a su madre y ésta, tal como Carmen lo suponía, no lo consintió: “él no está aquí, no tiene nada”. Fue a través de la madre de Carmen que se lo hicieron saber al papá, pero los planes de casamiento ya se habían urdido entre la pareja de jóvenes. Tres años mantuvo Carmen su relación a

escondidas, durante este tiempo veía a su novio en el campo, en algún sitio, lejos de la vigilancia del pueblo o de su padre.

Estas son sólo algunas de las prescripciones que las empleadas domésticas que han tenido que acatar como parte de su condición de mujeres e hijas en el seno de sus respectivas familias. Existen, sin embargo, rituales y prácticas de mayor rigidez donde la autoridad paterna se hace evidente con mayor fuerza. La consumación de un matrimonio o el paso de una hija a la condición de esposa es una decisión que debe ser aprobada por el jefe de familia.

Una vez que el padre de Carmen se ha enterado de que su hija tiene un novio y que además desea casarse con él, determina que el joven tendrá que ir a hablar con él inmediatamente y después tendrá que ir acompañado de sus padres. En la primera cita, el padre y la madre de Carmen desean conocer las intenciones del muchacho, su oficio, adónde pretende llevar a su hija de llegar a casarse. La madre no está convencida de que el joven sea una buena opción para su hija y reniega de que él viva en la ciudad y su hija en el pueblo. En la segunda reunión, ahora con los padres de él, se excluye a los novios, no se les da cita, se trata de un arreglo entre los padres y madres de cada uno de los/as futuros/as esposos/as en el que se fraguan y se establecen las condiciones de la futura unión, se intercambian ofrecimientos, se cierran pactos.

### ***2.3 Llegar a trabajar a la ciudad. La casa urbana familiar como espacio de trabajo e interacción social. Jerarquías, subordinación y resistencias***

Proveniente de Rioyos Buenavista, una comunidad rural del Estado de México, Camelia llegó a trabajar como empleada doméstica a la ciudad de México a los 19 años; desconocía por completo cómo se vivía en la ciudad y cómo se debían hacer las tareas domésticas en un departamento de una familia judía acomodada residente de la colonia Condesa. Una vez que Camelia aceptó el trabajo, se dio cuenta de que la lista de tareas encomendadas era realmente extensa: lavar la ropa, planchar, sacar la basura, dar de comer a los pájaros, tender la ropa,

preparar el desayuno, hacer la comida, ir de compras, coser las prendas, trapear, sacudir, hacer pagos y llevar a la hija de sus empleadores a las clases de piano.

Camelia fue contratada como empleada de planta, sin aguinaldo, vacaciones ni seguro; tan sólo disponía de un día de descanso a la semana y la autorización para concluir, aquí en la ciudad, su último año de secundaria. Así permaneció trabajando con la familia, conformada por el señor, la señora y una hija, durante cinco años.

El cuarto que le asignaron a Camelia para dormir se encontraba en la azotea del edificio, compartía el baño con las otras empleadas domésticas de los distintos departamentos y le incomodaba que fuera un espacio tan pequeño que casi no le permitía moverse. Siempre estuvo a disgusto en ese lugar, pero al final, señala, supo adaptarse. La carga de tareas domésticas por realizar diariamente no sólo era excesiva y agotadora, como ella refiere, sino que el sueldo, ciertamente, era muy bajo.<sup>52</sup> A ello, se agregaban los malos tratos y los regaños del señor, a quien ella misma califica de ser muy agresivo y gritarle muy fuerte cuando estaba “de malas”. La niña también mantenía una relación de maltrato hacia Camelia y sus agravios iban desde aventar los platos cuando le disgustaba la comida hasta decirle a Camelia que tan sólo era una simple “chacha”, a lo que la empleada doméstica respondía: “sí, sí soy una chacha y qué, pero no me lo tienes que decir”.

Al cabo de cinco años de trabajar en ese departamento y después de convalecer de una delicada operación, que su empleador no quiso reconocer para no otorgarle a Camelia un periodo de incapacidad, la familia resuelve despedirla y con ello dar por terminada la relación laboral que mantenían sin posibilidad de que Camelia obtenga una liquidación por los años de trabajo.

---

<sup>52</sup> De 1999 a 2004 Camelia recibía un sueldo de \$ 1,000 pesos quincenales por realizar absolutamente todo el trabajo doméstico de la casa, incluyendo la preparación de la comida y el cuidado de la hija del matrimonio.



Poco tiempo después Camelia acude a una casa de una de las colonias más opulentas del sur de la ciudad de México: Jardines del Pedregal. Intenta conseguir nuevamente un empleo como trabajadora doméstica.

El primer encuentro de Camelia fue con la señora de la casa, quien le habla del tipo de actividades que deberá llevar a cabo y las condiciones del contrato. Le advierte, además, que “la tendrá a prueba una semana” para conocer su trabajo. Inmediatamente Camelia se percató de que la prueba consistía no tanto en conocer sobre sus habilidades en la realización de las labores domésticas, como en confirmar que ella no se robaría las cosas de valor de la casa. Para Camelia la desconfianza que inmediatamente antepuso la señora ante su presencia, fue evidente. Durante los primeros días que Camelia trabajó en la casa, la señora optó por esconder celosamente sus joyas y objetos de valor; después la estrategia consistió en dejar repartidas las joyas y el dinero en toda la casa, en los rincones precisos donde Camelia tenía que limpiar. Pasaron los días establecidos, y la señora al ver que no le faltaba nada, determinó que estaba satisfecha con el trabajo de Camelia y que podía quedarse a trabajar.

Pese a la rigidez de las reglas que tendría que acatar y bajo las cuales tendría que interactuar en aquella casa, las condiciones laborales que se fijaron en este nuevo contrato resultaron mucho más atractivas para Camelia: ganaría tres mil pesos mensuales, tendría periodo vacacional, aguinaldo y un día de descanso a la semana.

No obstante, en una casa donde está estrictamente prohibido salir durante los días laborales, recibir visitas, hacer llamadas, platicar con el chofer y el mozo, salir de compras y no dirigirse al señor de la casa, la vida cotidiana de Camelia consiste en cumplir celosamente y con esmero su jornada laboral. A ella le corresponde realizar toda la limpieza de todos los espacios de la casa: sala, comedor, recámaras, baños, incluyendo el lavado y el planchado de la ropa, la limpieza de la plata y cuando le es posible, apoyar a su compañera con las tareas de la cocina.

Difícilmente el trabajo de Camelia complace a la señora, siempre habrá un reclamo, una queja, algo fuera de lugar que es preciso evidenciar en todo momento. A cada instante y después de más de diez años de trabajar en la misma residencia, la señora le recuerda a Camelia cómo deben hacerse las cosas, la vigila, la ordena.

Una de las actitudes que más le molesta a Camelia de su patrona es que cuando ella y su compañera están en su hora de comida, la señora entra súbitamente a la cocina para supervisar qué es lo que las mujeres comen, en qué cantidades y confirmar si es que se han servido del mismo platillo que ha sido preparado para los señores. Entonces, la señora, según narra Camelia, entra a la cocina en ese preciso momento, sin decir una sola palabra mira detenidamente el plato de alimentos, las observa a ellas y sale de la cocina con actitud de enfado. En sólo unos pocos segundos y sin necesidad de emitir una palabra, un comentario, la señora ha logrado que Camelia y su compañera se sientan sumamente incómodas, desconcertadas, enfadadas. “¡Ni modo que no comamos!” Puntualiza Camelia con cierto dejo de irritación.

Para ella las cosas están muy claras: la señora las trata de esa manera en razón de que las concibe como unas mujeres necesitadas, pobres y “sin preparación”. O tal como como la señora misma les dice: “ustedes no son más que unas indias bajadas de la sierra; si ahora son lo que son, es gracias a mí”.

Estamos ante una gama de relaciones sociales típicas que constituyen el orden interaccional cotidiano en el que viven y realizan su trabajo las empleadas del hogar. Se trata de relaciones de poder y dominación que se ponen en marcha en el marco de una lógica doméstica que legitima y reproduce un orden estamental entre sus integrantes.

### 3. IMAGINAR, VIVIR Y HABITAR LOS ESPACIOS. EMPLAZAMIENTOS, DESPLAZAMIENTOS Y JERARQUÍAS ESPACIALES EN LA DOMESTICIDAD MEXICANA MODERNA

Integrar una perspectiva espacial de las relaciones y prácticas sociales del entramado familiar contribuye no solo a conocer los lugares, desplazamientos y la territorialidad misma que dan forma a las nociones de lo doméstico (Soto, 2005:195), sino que permite develar otras manifestaciones que adquiere el ejercicio del poder que se despliega en el espacio de la domesticidad, es decir, la manera en que el orden de género, etnia y clase social no solo permea las relaciones sociales entre los integrantes de la familia moderna, sino que también se expresa en las regulaciones, prácticas, experiencias y disposiciones espaciales de la casa y de los territorios que configuran el paisaje más amplio de la vida familiar.

Una de las vías para explicar la puesta en acto de los distintos ejes de poder y dominación –fundados en diferencias de género, etnia y clase social– en que se ven inmersas las empleadas domésticas ha sido el análisis de las relaciones sociales en el seno de la trama familiar moderna.<sup>53</sup> En el presente capítulo analizaré desde una mirada espacial las prácticas, vivencias, rutinas y resistencias cotidianas dentro de los confines del espacio doméstico; las prácticas y relaciones que las mujeres configuran en ese singular espacio y que al mismo tiempo están regidas por él. A través de la cotidianidad de la vida doméstica en la que se han desempeñado las mujeres entrevistadas, demostraré los diversos ejes de poder que regulan la organización, vivencia, uso y apropiación de los diversos espacios de la casa o del entorno más complejo que constituye la domesticidad y que inciden claramente en la reproducción de las jerarquías entre los géneros y las clases sociales entre los y las integrantes de la familia.

Veremos, pues, que el espacio doméstico es, tal como lo ha señalado Béatrice Collignon, el espacio privilegiado de la reproducción social, pero también

---

<sup>53</sup> El orden político de la esfera doméstica moderna a partir del cual se establecen las relaciones sociales de poder y dominación características de este espacio social, consiste en un precepto de mandato/obediencia consensuado, legítimo, en el que las personas asumen como propio el lugar que ocupan en el orden de la domesticidad (Serret, 2008).

el espacio de la resistencia, producción e invención de cada sujeto (Collignon, 2010: 207). Analizaré, de manera más precisa, el espacio vivido subjetivamente, el espacio habitado y apropiado desde las distintas posiciones identitarias de cada sujeto; el espacio que constriñe y legitima ciertas prácticas, actitudes, ritmos, pero que simultáneamente se convierte en el escenario para contravenirlas y reconfigurarlas.

Se trata de mirar críticamente aquellas formas de habitar, vivir y desplazarse en los escenarios de la domesticidad, aquellas que se han naturalizado e incorporado profundamente en la vida y la definición subjetiva de las empleadas domésticas, y que evidencian el orden social fundado en jerarquías de género, de clase, de etnia y que, bajo una lógica de constitución mutua, las subjetividades y las configuraciones espaciales establecen una intrincada relación que se encuentra inmersa en complejos juegos de poder, de dominación, pero también de resistencia e invención.

Las herramientas conceptuales que utilizaré para cumplir con el objetivo propuesto provienen fundamentalmente de ciertas ramas de la geografía y de la geografía feminista y haré uso de ellas a la luz de las necesidades específicas de mi trabajo, por lo que habré de poner particular énfasis en los mecanismos y ejercicios de poder que invariablemente están implicados en las prácticas y rutinas espaciales que llevan a cabo las mujeres y que no siempre son considerados por dichas disciplinas.

### ***3.1 El hogar familiar, la casa de la infancia***

La casa moderna, el espacio que alberga y en el que se asienta la familia burguesa, constituye una creación simbólica, imaginaria, arquitectónica y habitacional que se corresponde con los valores y concepciones del modelo familiar que se instaura como hegemónico y que se irradia a los más amplios sectores sociales como el prototipo de vivienda y forma de vida óptima y deseable.

El espacio doméstico, el hogar burgués, estructurado completamente en torno a la figura de la *mujer doméstica*, constituye uno de los ejes centrales en la conformación de las identidades sexuales modernas; también es precondition de igualdad en el espacio público y social propiamente masculino. En el complejo proceso de consolidación hegemónica de la casa burguesa, han confluído tanto la creación de un poderoso imaginario colectivo –en torno al cual convergerán, identificándolo con el modo de vida deseable, amplios sectores masculinos– que construye una imagen idílica del hogar, como un diseño arquitectónico que, ante todo, establece un modo específico de vivir y habitar los subespacios domésticos, formas de actuar e interactuar en cada uno ellos, pero también impone órdenes y disposiciones espaciales específicas a través de las cuales mujeres y hombres se desplazan y se conciben a sí mismos/as (Velázquez, 2011).

En las sociedades occidentales, el modelo hegemónico de casa o espacio doméstico burgués adquirió su definición arquitectónica a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Cabe hablar, de acuerdo con Michelle Perrot, de una “relativa unidad del modelo de vida burgués” del siglo XIX y de las formas en que los integrantes de esta clase social habitaban los espacios. “Se trata de una sutil mezcla de racionalismo funcional, de un confort todavía muy reducido y de nostalgia aristocrática, particularmente viva en los países en los que subsiste una vida de corte” (Perrot y Guerrand, 1992:12). No hay casi que agregar que en este singular diseño de casa se conjugaban los valores, intereses, concepciones y preocupaciones de una clase social en ascenso, pero también se reflejaban y materializaban, desde luego, las posiciones de dominio y subordinación que ocupan hombres y mujeres, padres e hijos/as, esposo y ama de casa, *sirvientes* y *criadas* en este singular espacio social.

La importación y apropiación del modelo de vida y vivienda burguesa por la sociedad mexicana moderna se ha visto atravesada por particularidades geográficas, históricas y culturales. No obstante, bajo diversos mecanismos políticos, simbólicos e imaginarios, en la configuración de la vivienda en la que se asienta la familia nuclear moderna, se apela, en todo momento, a dicho modelo.

Hélida, una de las empleadas domésticas, describe la casa que habitó con su familia cuando niña y lo primero que refiere es que era una casa “muy humilde”: construida de cartones y madera vieja; las paredes combinaban ambos materiales para dar forma al cubo que serviría de morada familiar. El techo estaba conformado por varias láminas de cartón de chapopote y el piso era de la misma tierra del suelo sobre el que se había construido la casa. Como puerta, la familia de Hélida había diseñado una estructura de cartones que, sostenidos con alambres, servían para cumplir la función de entrada y salida a la casa.

Al interior de la vivienda de Hélida no existía subdivisiones espaciales físicas, no se encontraban delimitaciones o barreras materiales que sirvieran para diferenciar las funciones asignadas a cada espacio.<sup>54</sup> Este cuarto, sin electricidad ni drenaje, lo mismo servía de dormitorio que de cocina, estancia, recámara y baño. “Todo lo hacíamos y teníamos ahí en el cuarto”, señala Hélida con cierto aire de asombro. No obstante, los detalles de su relato parecen indicar que las delimitaciones espaciales se erigieron en términos imaginarios. Aunque los hermanos, las hermanas y la madre siempre durmieron juntos/as en el piso sobre petates y cartones, la madre de Hélida tenía muy claro que se tenían que establecer delimitaciones, demarcaciones espaciales fundamentales, aunque no se contara con las disposiciones espaciales físicas para llevarlas a cabo y éstas fuesen, en ocasiones, sólo imaginarias: la madre estaba convencida de que las mujeres no debían dormir junto a los hombres; ante tal convicción la estrategia espacial que ella adoptó consistió en separar al hermano mayor, colocarse ella en medio, y de un lado obligaba a dormir a las mujeres y del otro a los varones. Esa fue una de las manifestaciones del orden espacial avalado en algún principio o

---

<sup>54</sup> De acuerdo con Pezeu-Massabuau, la casa, en ocasiones, solo puede satisfacer parcialmente las necesidades o proporcionar de manera imperfecta el ejercicio material de las funciones básicas, lo cierto es que solo la casa *parece estar capacitada* para perpetuar los actos elementales de la existencia (Pezeu-Massabuau, 1988:54). Si la vivienda se erige entonces como el espacio apropiado para la realización de ciertas funciones elementales, resulta necesario aislar cada una de éstas de acuerdo con la relevancia atribuida a cada función específica; es la necesidad de aislar las diversas funciones de la existencia la que en toda sociedad determina la *subdivisión del espacio*, cualquiera que sea el área de que se dispone (Pezeu-Massabuau, 1988: 73).

mandato social o cultural que la familia de Héliida, por alguna razón que todos y todas compartían, siempre aceptó y mantuvo sin cuestionamiento alguno durante los años en que vivieron todos/as juntos/as en el mismo lugar. Las condiciones materiales de esta familia urbana no permitían adquirir los muebles y *objetos necesarios* para la reproducción de la vida doméstica cotidiana.<sup>55</sup> En una colonia ubicada al sur de la ciudad de México que en aquellos años apenas se fundaba y comenzaba a poblarse,<sup>56</sup> las condiciones materiales y de sobrevivencia de sus habitantes eran muy similares: se trataba de un incipiente barrio conformado por familias numerosas de “paracaidistas” en extrema pobreza que, de manera irregular, fueron asentándose en viviendas de un solo cuarto construidas con desechos y sin el mobiliario mínimo para la vida cotidiana.

En ese contexto, en el entorno de ese paisaje urbano que configuró la cotidianidad material y espacial de Héliida, ella revela que siempre deseó vivir de *otra forma*: anhelaba una casa grande, bonita, tal como las que aparecían en las revistas que ella tenía a su alcance. Bajo la obstinación de su anhelo, Héliida recuerda que en una ocasión, cuando era niña, encontró en un tiradero de basura el tambor de una cama que no dudó en trasladar a su vivienda y, colocándole encima cartones y cobijas, convertirlo en una cama. El hallazgo y la acción de Héliida en ese contexto de vida tuvo un importante significado: poseer una cama, sean cuales fueran sus condiciones, supuso un ascenso de estatus con respecto a las demás familias que habitaban en la colonia. Y aunque una cama en esas condiciones no permitiría un descanso a quien se recostara en ella y Héliida lo sabía perfectamente, lo cierto es que ya podía decir que, en su casa, ella y su familia ahora tenían una cama “donde poder descansar”.

---

<sup>55</sup> Es preciso aclarar que las aseveraciones que se hacen en este apartado son a partir del criterio y de las concepciones de mi informante y no desde mi punto de vista; a partir del relato de ella intento subrayar cómo en el imaginario social contemporáneo existe un estándar de calidad de vida hegemónico y un modo de habitar la casa que se ha ido constituyendo y configurando como un modo de vida óptimo y al cual se desea acceder independientemente del contexto social y posición de cada sujeto.

<sup>56</sup> El contexto de la niñez y adolescencia de Héliida se ubica en la década de 1960 y principios de la de 1970.

La idea e imágenes que Héliida se había forjado, según su narrativa, sobre lo que debía ser una casa y el modo correcto de vivirla, decorarla y habitarla, provenían de las revistas que esporádicamente la adolescente encontraba y leía, y que formaban parte de los discursos dominantes sobre la vida doméstica de aquel momento.<sup>57</sup>

Así, inmersa en un contexto urbano y material adverso, aparentemente distante de los modos de vida, uso y habitación propios de la casa familiar moderna y que sólo las clases más acaudaladas de la sociedad mexicana podían y sabían reproducir de manera más fiel, ciertamente el imaginario de Héliida apelaba a aquellos valores culturales típicos de las sociedades burguesas occidentales, las ideas y las imágenes de las casas que le agradaban y con referencia a las cuales deseaba vivir no son referentes aislados, sino que forman parte de aquella cultura moderna que se cristalizó en una manera específica de vivir y habitar la domesticidad y que se trasluce, vive y reproduce de manera simbólica, imaginaria y subjetiva.

Pese a los regaños y críticas que Héliida recibió por parte de su madre por haber invadido la casa con un mueble inservible y sobre todo debido a las supuestas “aspiraciones de rica” que Héliida tenía y que, según su madre, no correspondían con sus condiciones reales de vida, la joven insistió en configurar y habitar, en la medida que sus posibilidades lo permitían, un espacio doméstico que se asemejara lo más posible a las imágenes de las casas que a ella tanto le gustaban. Héliida perseveró en su búsqueda por completar y mejorar la cama que ella había adquirido; aceptó, entonces, una colchoneta que un recolector de basura le regaló una vez que Héliida le platicó que ya tenía un tambor dispuesto con cartones y cobijas que era imaginariamente la cama familiar, pero que era imposible descansar en ella, hasta que no tuviera un colchón.

A esta adquisición y disposición de mobiliario doméstico, Héliida añadió otros enseres que terminaban por dar forma a lo que ella consideraba que era el

---

<sup>57</sup> La modernidad doméstica en los discursos de la prensa en las décadas de 1940 y 1950...Anahí Ballent. Profundizar



modo correcto de vivir. Diseñó así una especie de burós a los que dio forma con huacales de madera que forró con papel y que les dio la función de revisteros y los cuales colocó a los costados de la cama.

Pero el empeño por crear un entorno doméstico apropiado no se agotaba en la decoración y el aprovisionamiento del espacio doméstico que Hélida y su familia habitaban, sino que trascendió lo material para trasladarse al terreno de las formas, de los modales que también era necesario adoptar: Hélida le decía a su madre una y otra vez que en una *buena mesa* los cubiertos debían disponerse de determinada manera y que el orden en que debían acomodarse los platos no podía ser cualquiera. Ante tales aseveraciones, su madre siempre le respondía con enfado cuestionando de dónde podían provenir las ideas que su hija en todo momento le manifestaba y que, ciertamente, no eran las que una familia de su clase social podía adoptar.

La casa familiar de Camelia, aunque ubicada en un contexto rural, poseía importantes similitudes espaciales y simbólicas con la de Hélida. Sin embargo, en el seno de una familia campesina, las regulaciones sociales que regían la organización y formas de habitar la esfera doméstica pueden diferenciarse con respecto de las que prevalecían en una vivienda propia de un contexto urbano.<sup>58</sup>

Con un gesto que delata una notoria actitud de incomodidad y vergüenza,<sup>59</sup> cuando Camelia habla de la casa donde vivió con su familia, comienza subrayando que era una casa “muy, muy humilde”. Describe que era una construcción de adobe con techo de teja y estaba conformada por un solo cuarto que servía de dormitorio, cocina y lugar de estancia familiar. En aquella vivienda habitaban 10 personas: el padre, la madre, las y los hermanas/os de Camelia y su abuela materna, quien, desde que ella recuerda, vivió con la familia en la misma casa. La precisión sobre la presencia de su abuela en la casa familiar cobra sentido cuando Camelia señala que aquella señora era la única integrante de la

---

<sup>58</sup> Las características de la vivienda rural. Guillermo Boils Morales/ Concepción Sánchez Quintanar...

<sup>59</sup> Violencia simbólica.

familia que poseía una cama para descansar: los otros miembros de la casa siempre durmieron sobre petates y en el suelo de tierra. Fue bajo estas circunstancias y envidiando la privilegiada situación de la abuela, que entre hermanos y hermanas se acordó llevar a cabo una estrategia de acceso a la cama que consistía en que los niños/as se irían alternando para tener, al menos una que otra vez y al lado de su abuela, una noche de descanso en el lecho que ocupaba aquella mujer. Pero Camelia vuelve a insistir sobre el desconcierto que siempre le causó el hecho de que su abuela viviera en la casa familiar y fuera ella quien dispusiera de un lugar cómodo para descansar. En un tono de liberadora confesión, me revela que le sorprende aún más el hecho de que su abuela haya dormido “toda la vida” en el mismo cuarto con sus padres, situación que se prolongó incluso cuando la familia había reconfigurado su vivienda y disponían ya de varias habitaciones que obedecían a las diversas funciones básicas y a las delimitaciones y diferenciaciones que requería cada integrante de la trama familiar. UNA IDEA DE PROMISCUIDAD. La idea de alcoba matrimonial que subyace a las afirmaciones de Camelia no puede permitir la presencia de otros sujetos distintos a la pareja cuya función procreadora se debe llevar a cabo, en la modernidad, en determinado espacio y sin la presencia de nadie más. Norbert Elías y Foucault. PENDIENTE DE FUNDAMENTAR.

La familia de Camelia vivió durante varios años en aquella vivienda típica del mundo rural, un espacio conformado por un cuarto amplio, carente de subdivisiones o demarcaciones interiores, de paredones de adobe, techo de teja, piso de tierra, sin instalaciones de gas ni electricidad; un fogón de leña que demarcaba uno de los sitios más importantes en la vida doméstica del tradicional mundo campesino: el lugar destinado a la preparación de los alimentos y la convivencia familiar. La aguda e histórica pobreza que en México ha caracterizado la vida rural, acentuaba la precariedad de la vivienda que Camelia habitó durante buena parte de su vida. El relato de esta empleada doméstica sugiere, no obstante, que algunas de las integrantes de la familia no siempre estuvieron satisfechas con la casa en la que vivían: en cuanto se les presentaron oportunidades y condiciones favorables, la necesidad de transformar la casa y el

modo de habitarla se convirtió en una prioridad. Más allá de la existencia de recursos disponibles para construir otra vivienda, lo interesante es que parece que existían referentes claros de cuál era el tipo de espacio que deseaban, cuáles eran también las diferenciaciones y delimitaciones que había que definir al interior de la casa y cómo querían habitarla.

Cuando la hermana mayor de Camelia, ante la complicada situación de pobreza que permeaba y constreñía su vida diaria, decide migrar a la ciudad de México para buscar un trabajo y comenzar a percibir un sueldo como empleada doméstica, el salario que recibía lo enviaba permanentemente a su familia para la construcción de una nueva casa; una casa que esta vez estaría organizada y dispuesta de acuerdo con ciertos patrones de ordenamiento y distribución propios del espacio doméstico hegemónico, es decir, una vivienda que obedecería a la separación y diferenciación moderna de género y de generación entre sus habitantes. Así, con el dinero que la hermana de Camelia enviaba a su familia, se derrumbó la casa en la que hasta ese momento habían vivido y en su lugar fue tomando forma una nueva vivienda que, según la descripción de Camelia, era mucho más grande, en la que todas las habitaciones tenían piso, ventanas; en los techos de los distintos cuartos se colocó un acabado de tirol y se determinó que la casa quedaría dividida en cuatro espacios claramente diferenciados para sus habitantes y las funciones que ahí se llevarían a cabo: en una de las habitaciones dormirían su padre, madre y abuela; otra de las habitaciones sería para los hermanos y otra más para el descanso de las hermanas. El cuarto restante sería para adecuarlo como cocina, comedor y estancia. Esa es la casa que actualmente habitan el padre y la madre de Camelia, de la que emigró ella y de la que también ya han migrado sus hermanas y hermanos, una vivienda que, enclavada en el mundo rural, forma parte de un paisaje y una cultura que combina modernidad y tradición.

En contextos urbano y rurales, bajo las condiciones materiales y las concepciones culturales que caracterizan la vida social en uno y otro contexto, se puede vislumbrar que entre las mujeres y los hombres pertenecientes a

determinado contexto social, se ha logrado instaurar un poderoso imaginario sobre el modo más correcto y deseable de vivir y habitar uno de los espacios sociales más importantes en la modernidad: el espacio de la casa, el mundo de la domesticidad.

Ciertas nociones centrales sobre el adecuado ordenamiento, división y organización espacial se han instalado de manera eficaz, como una suerte de patrones, de normatividad doméstica en las concepciones e imaginarios de hombres y mujeres concretos/as sobre la necesidad de diferenciar, delimitar y separar, por ejemplo, la recámara matrimonial de la de hijas e hijos, de destinar una habitación, clave en la organización doméstica, a la preparación de alimentos y reproducción de la vida cotidiana; otras más, al reposo y la convivencia familiar. De tal forma que aquellas decisiones aparentemente personales que cada sujeto realiza en relación al orden y configuración espacial que da a su casa: colocar o no una ventana, levantar un muro, construir habitaciones separadas, unas para niños, otras para niñas; optar por cierto tipo de acabados, ornamentos, etcétera, obedecen a las concepciones dominantes sobre lo que se entiende por vida humana y casa familiar, higiene, salud, decencia, privacidad y descanso, elementos que han quedado inscritos en la configuración y consolidación del modelo hegemónico de la vivienda moderna y que expresan cómo se universalizó la ideología de la clase dominante.

El análisis genealógico que realizó Michel Foucault sobre la configuración de los distintos espacios sociales en el Occidente moderno –entre ellos, la vivienda–, da cuenta de cómo, hacia finales del siglo XVIII, la arquitectura y la forma en que ésta organiza y dispone los espacios, se encuentra en estrecha relación con los problemas de salud, urbanismo y población. Para Foucault el peculiar cuadrículado de las calles, el diseño de los hospitales, la organización espacial de escuelas, cárceles, burdeles, edificios y la vivienda burguesa misma, no sólo develan la presencia de la “mirada médica” en la configuración espacial occidental, sino que muestran, principalmente, el fundamento político y económico en el arreglo y ordenamiento espacial (Foucault, 1980).

En México, fue a finales del siglo XVIII cuando la necesidad de establecer y difundir una “cultura de la higiene” se expresó con mayor ímpetu. En el seno de tal imaginario, las casas debían ser diseñadas y construidas con base en ciertas características para ser sitios saludables: cierto número de metros cúbicos necesarios por persona, determinado número de ventanas, la existencia de baños, materiales de construcción específicos, acabados precisos, etcétera. Sin embargo, ya entrado el siglo XX, tales estipulaciones eran prácticamente irrealizables, pues el tipo de vivienda predominante en la ciudad de México era aquella conformada por cuartos con pisos de tierra, sin electricidad ni drenaje y carentes de subdivisiones y diferenciaciones espaciales. Así, tanto las clases privilegiadas como las más desfavorecidas seguían viviendo, de acuerdo con los nuevos lineamientos de higiene y salud, en condiciones inadecuadas e insalubres (Agostoni, 2006: 569).

Pero en México la disposición, ordenamiento y uso de los espacios sociales, particularmente de la vivienda, también se encuentra estrechamente asociada a un elemento clasista. El contexto de modernización de la ciudad y de la ubicación diferenciada de las viviendas de las clases acomodadas –conformadas mayoritariamente por descendientes de españoles– y, por otro lado, de las viviendas de los mestizos/as e indígenas, es un punto clave para dar cuenta de los ordenamientos y delimitaciones fundados en órdenes de género, clasistas y racistas, y en razón de los cuales se organizó, se creó y se habitaron los distintos espacios de la ciudad. Ciertamente la diferenciación y jerarquización entre los barrios y casas de las clases “blancas” y pudientes, ubicadas históricamente en el centro y las casas de los/las indígenas ubicadas en la periferia, obedece a juegos de poder anclados a la clase, el género y la etnia. En este sentido bastante aporte puede suponer situar nuestra atención en el mobiliario, terminados y ornamentos utilizados por una clase social y otra en la configuración de sus respectivas viviendas. No obstante, en el peculiar contexto mexicano, se ha constatado que es posible hablar de una suerte de deseo propio de las clases populares por asemejarse cada vez más y en la medida de su posibilidades materiales al estilo de vivienda y forma de vida doméstica propia de la clase burguesa, lo que ha

contribuido a diseminar y consolidar un modo típico de casa, de vida familiar y doméstica (Barceló, 2006: 216).

El análisis y reflexión sobre los espacios físicos, sus delimitaciones, emplazamientos, organización y jerarquías puede iluminar aspectos o vetas importantes de análisis dejadas de lado al momento de estudiar, en términos teóricos, las lógicas de interacción social y los principios que rigen cada espacio social en la modernidad. Hemos visto cómo los principios que se erigen como hegemónicos en una determinada cultura logran materializarse y concretarse en una suerte de racionalidad arquitectónica y disposición jerárquica de los espacios. Más aún, las jerarquías entre los sexos y su identificación imaginaria con ciertas esferas sociales también cobran sentido en los desplazamientos, disposiciones, vivencias y rutinas espaciales.

Pero subrayar y evidenciar el carácter fundamentalmente político y jerarquizante que implica la organización y la configuración de la espacialidad doméstica y la asignación diferenciada de las mujeres y los hombres a los distintos espacios de la casa, no sólo en razón del género, sino también de su clase y color de piel, precisa analizar las manifestaciones de tales juegos de poder en las experiencias espaciales cotidianas de los hombres y las mujeres en el centro de esa compleja estructura espacial que no es genéricamente neutra ni jerárquicamente inocua, sino que se halla, más bien, en la encrucijada de relaciones de poder y dominación que forjan y reproducen subjetividad.

### ***3.2 Desplazamientos cotidianos y rutinas espaciales. La vida de las mujeres en el espacio familiar de la domesticidad***

La dinámica cotidiana que mantiene el orden y el funcionamiento de la casa tiene, en la diversidad de experiencias y prácticas ordinarias que viven y realizan las mujeres y cada uno de los integrantes de la familia, un correlato espacial que da cuenta de las formas diferenciadas de vivir, habitar e imaginar la esfera de la domesticidad.

Las distintas prácticas y actividades que, bajo la lógica de la domesticidad moderna, han sido asignadas a las mujeres en razón del género, tienen consecuencias en la manera como ellas viven y hacen uso de los espacios de la casa y de los lugares y entornos asociados con la domesticidad.

En contextos urbanos o campesinos, las mujeres, en algunos casos desde la más temprana edad y tal como lo han descrito las mujeres entrevistadas, asumen la inexorable responsabilidad de llevar a cabo ciertas actividades para el mantenimiento del orden de la casa familiar. Cada una de ellas ha incorporado, ha naturalizado diversas rutinas domésticas como parte de su propia definición identitaria que la constituye y desde la que se piensa a sí misma.

En el mundo campesino, por ejemplo, acarrear el agua desde largas distancias para poder realizar las otras actividades de la casa, recolectar y llevar la leña para prender el fogón, llevar el almuerzo al esposo o padre al campo, cuidar y pasear a los animales, vender algunos productos del campo, lavar la ropa, preparar los alimentos y trabajar en las faenas campesinas como lo hacen las mujeres, implica una serie de desplazamientos espaciales y temporalidades que las mujeres viven, experimentan e imaginan de maneras peculiares.

Narcisa, la empleada doméstica de 86 años, refiere que en su casa, cuando ella era una niña, las actividades de las mujeres comenzaban a las cuatro de la mañana; ella, que en ese entonces tendría unos seis años, junto con su madre y sus hermanas, tenía que levantarse muy temprano para comenzar a trabajar en los quehaceres de la casa, pero, sobre todo, para preparar todo lo necesario y tener listo el almuerzo que le llevarían a su padre y hermanos al campo. De esta manera, las prácticas cotidianas de Narcisa y las mujeres de su casa consistían en trasladarse de su casa al río para acarrear el agua; una vez que regresaban del agua, había que comenzar a preparar la masa para las tortillas y si no, antes tenían que ir por la leña para prender el fuego. Ya encendido el fogón, tenían que comenzar inmediatamente a preparar el almuerzo y entonces trasladarse al campo para llevárselo caliente a su padre y hermanos que, desde muy temprano también habían iniciado las tareas en la tierra. En el transcurso del día y una vez que

habían adelantado lo suficiente las tareas más importantes de la casa –preparar la comida, lavar la ropa y hacer el aseo general de la vivienda–, ellas también tenían que incorporarse al trabajo en el campo. Según el relato de Narcisa, durante “los temporales”, el trabajo consistía en sembrar, “llevar la yunta, otros iban echando la semilla, otros tapan, otros echan abono, y así...” La jornada del día continuaba con el cuidado y el paseo de los animales, tarea en la que también se involucraba el padre, los hijos y las hijas. Además, en casa, siempre había ropa por lavar, coser, doblar, hermanas y hermanos que atender y cuidar, tareas de las que las mujeres se podían ocupar en cualquier momento del día.

Esta fue la inevitable dinámica cotidiana que permeó la vida de Narcisa, de su madre y sus hermanas durante varios años de su existencia. Resulta evidente, bajo la constricción de tales prácticas cotidianas, que la “movilidad espacial” de estas mujeres, respondía y se ajustaba a esquemas invariables (Lindón, 2006: 371), aquellos que son impuestos por el orden de género en la domesticidad del mundo campesino.

Se trata de una serie de desplazamientos que, bajo la lógica doméstica en la que se hallan inmersas las mujeres, resultan repetitivos y que a todas luces son espacialmente condicionantes y claramente constrictivos. Una excesiva carga de actividades domésticas, como la que ha descrito Narcisa, se traduce en condicionantes espaciales de género que hacen que las mujeres tengan un limitado conocimiento del entorno espacial y que se hallen, bajo diversas circunstancias, ya en el mundo del campo o en la ciudad, confinadas en el espacio doméstico, en la casa familiar. LOS TRASLADOS AL RÍO Y AL CAMPO FUNCIONAN COMO EXTENSIONES DE ESE ESPACIO.

La geógrafa Doreen Massey subraya que la importancia que tiene el *espacio* y el *lugar* en la construcción de las relaciones sociales entre los géneros y en la constitución de la identidad resulta decisiva. Para Massey el significado simbólico de los espacios y los lugares, los mensajes *generizados* que éstos transmiten, así como la franca y violenta exclusión de las mujeres de ciertos espacios, reflejan y afectan la forma en que el género es construido y entendido.



La limitación de la “movilidad” de las mujeres en términos espaciales tiene, desde luego, un significado de subordinación. De manera conjunta, la limitación de la movilidad de las mujeres, es decir, el intento por identificarlas y confinarlas en ciertos espacios, y la imposición de una identidad de género, están íntimamente relacionadas. El afán por confinar a las mujeres en la esfera doméstica es tanto una forma de “control espacial” como un “control social” sobre la identidad (Massey, 1994:179).

De acuerdo con algunos de los planteamientos de la *geografía de la vida cotidiana*,<sup>60</sup> en el análisis de las prácticas habituales que llevan a cabo los individuos, entendidas como aquellas acciones y actividades del hacer del sujeto, se pueden distinguir ciertas experiencias espaciales que arrojan algunas pistas para dar cuenta de la vida espacial de la domesticidad: entre ellos destacan los desplazamientos repetitivos que son aquellos que fijan al sujeto, en este caso a las mujeres, a esquemas de movilidad espacial invariables.

Los esquemas de movilidad espacial, hay que resaltar, varían en función del sujeto, hombre o mujer, que los realiza (Lindón, 2006: 371). En ese sentido, existen también prácticas cotidianas que los individuos llevan a cabo de manera fija en el espacio, ya sea por períodos más breves o extensos de tiempo, de tal forma que tales actividades se repiten o se prolongan a lo largo no sólo de todos

---

<sup>60</sup> Desde la década de 1980, el interés por la vida cotidiana ha formado parte de los principales intereses de la geografía, constituyéndose en un campo de estudio que, aunque se encuentra en estrecho vínculo con las disciplinas sociales, se halla claramente delimitado. Así, la geografía de la vida cotidiana ha otorgado particular relevancia al análisis del comportamiento espacial de los sujetos en su vida diaria. El individuo, la subjetividad y sus prácticas cotidianas constituyen el punto de partida para comprender y explicar la espacialidad, el comportamiento espacio-temporal. Desde la perspectiva que orienta mi trabajo añadiré y subrayaré que tales prácticas individuales, subjetivas, las que llevan a cabo hombres y mujeres particulares en los diversos espacios de actuación, de ninguna manera son inocuas; obedecen y forman parte de los juegos de poder y dominación fundamentados en el género, la clase social y la etnia. Habré de distinguir, entonces, que cada una de las empleadas domésticas asume y experimenta comportamientos y experiencias espaciales particularmente diferentes, que ellas no viven y se apropian del espacio de la domesticidad de la misma manera en que lo hacen los varones o las mujeres de otras clases sociales. Por lo que veremos que las rutinas de la vida doméstica cotidiana ancladas a un lugar, a un espacio específico, son el efecto de un complejo engranaje de poder. En otros términos, las herramientas conceptuales que desde la geografía de la vida cotidiana resultan útiles a este análisis, serán vistas a la luz de lógicas jerárquicas de poder y dominación entre hombres y mujeres, mujeres ricas y mujeres pobres, mujeres y hombres blancas/os y mujeres morenas e indígenas.

los días de la semana, sino por varios meses o incluso años (Lindón, 2006: 375).<sup>61</sup> Se convierten así en rutinizaciones espaciales sobre las cuales vale la pena reflexionar a la luz de los juegos de poder que se establecen entre los géneros en el espacio doméstico y de los efectos que tienen, las experiencias, vivencias e imágenes espaciales en la producción y reproducción de las subjetividades.

Hélida, quien vivió siempre en la ciudad y desde muy pequeña estuvo a cargo del orden de su casa mientras su madre y hermanos trabajaban como comerciantes en el conocido mercado de La Merced, desempeñó durante varios años de su infancia y adolescencia de manera ineludible e ininterrumpida todas las tareas y quehaceres domésticos que su madre le había delegado. Al igual que en la experiencia de las otras mujeres, para Hélida la jornada doméstica comenzaba muy temprano: debía levantarse a preparar el desayuno y atender a sus hermanos pequeños para, después, llevarlos a la escuela. Después de esta primera actividad del día, regresaba rápidamente porque la siguiente actividad consistía en preparar la comida, lavar la ropa, los trastes y, en general, hacer todo el aseo de la casa; Hélida tenía que realizar estas actividades en determinado número de horas, constreñida por un margen de tiempo específico, pues a cierta hora tenía por obligación ir por sus hermanos a la escuela, regresar con ellos, darles de comer, atenderlos, dejar la casa en orden y, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, alistarse para salir por la tarde a la escuela. A su regreso, sabía que tenía que bañar a sus hermanos, prepararles la merienda y cuidar de los más pequeños, tareas a las que se añadía el planchado y zurcido de la ropa, sobre todo de aquellas prendas de quien, a esas alturas de la vida, ya ostentaba un papel preponderante y dominante en la familia, en la jerarquía doméstica en la que creció Hélida: su hermano mayor.

---

<sup>61</sup> Para la geografía de la vida cotidiana, el tema del tiempo es crucial para explicar las prácticas habituales situadas en un lugar. Así, el cruce de las categorías tiempo y espacio resulta fundamental para brindar un análisis más complejo de las actividades ancladas a un lugar en un “ciclo temporal” y su repetición o duración en el tiempo (Lindón, 2006: 375). Estos planteamientos resultan, a todas luces, sugerentes para pensar el tipo de prácticas y las rutinas espaciales a las que se ven sometidas las empleadas domésticas en el espacio de la casa, su espacio familiar y, posteriormente, su espacio laboral.

Así pues, los desplazamientos de Hélida se limitaban a los traslados que ella diariamente realizaba de su casa a la escuela de sus hermanos, de la escuela a la casa, permanecer buen número de horas al interior de ésta desempeñando las mismas tareas, para entonces partir a su escuela y regresar e incorporarse nuevamente a las tareas domésticas. El esquema de desplazamiento y movilidad espacial determinado por las prácticas domésticas que Hélida asumió y le fueron asignadas en razón de su género, de su papel de mujer en el seno de una familia, resultaba no sólo invariable y rutinario, sino sumamente constrictivo y limitante en términos espaciales, pues el tipo de tareas que le fueron asignadas por ser la hija mayor de la familia la mantenían, por un lado, confinada en el espacio de la casa y, por otro lado, cuando se trasladaba de un lugar a otro para llevar a sus hermanos a la escuela, ir por los alimentos, etcétera, lo hacía bajo la inevitable sensación de prisa, angustia; se trasladaba de un lado a otro, tal como diría Francois Collin, “sin el placer indolente del paseo o con el derroche del tiempo” (Collin: 237) con el que lo pueden hacer los varones o incluso las mismas mujeres pertenecientes a otras clases sociales.

La profunda pobreza y las condiciones de marginación de la colonia donde se ubicaba la casa de Hélida complicaba aún más sus rutinas y desplazamientos domésticos: bañarse, lavar los trastes y preparar los alimentos implicaba caminar y acarrear agua desde largas distancias. Bajo un esquema cotidiano de actividades domésticas de esta naturaleza, difícilmente Hélida podía destinar un poco de tiempo para descansar, pasear o en su momento, para el juego infantil. Los traslados y las características de los desplazamientos que ella realizaba tenían sólo la finalidad de llevar a cabo las diversas tareas que ella asumió en el orden doméstico imperante en su casa, por tanto, la relación que Hélida había establecido con los espacios más inmediatos, con el entorno de la domesticidad, era con la estricta finalidad de realizar algún tipo de trabajo.

Narcisa, en un contexto campesino, narra que cuando ella y sus hermanos eran pequeños, su padre les prohibía estrictamente jugar o tomar un tiempo para el descanso; incluso señala que a su padre le enojaba que sus hijos e hijas se

distrajera con cualquier tipo de actividad distinta al trabajo; desde muy pequeñas las hermanas aprendieron a jugar a escondidas del padre, pues conocían perfectamente el enfado que le podían propiciar a su padre si no las encontraba haciendo lo que les correspondía. Así desde muy temprana edad, su padre involucró y enseñó a todos/as sus hijos/as las tareas agrícolas; para él dentro de la rutina doméstica, nunca hubo lugar para el descanso, el ocio, la diversión o el paseo. Más tarde, las jóvenes o adolescentes tampoco habrían de salir con amigos/as, a bailes ni de paseo, pues hacerlo habría significado no sólo un desafío a la autoridad paterna, sino desatender sus actividades y, fundamentalmente, correr el riesgo de que algún varón se les acercara y las asediara, y ése constituía el mayor temor de su padre.

Desde luego que el excesivo trabajo, como apunta Narcisa, no daba oportunidad ni al juego ni al descanso; llegada cierta hora del día se habían agotado ya la energía y el ánimo para cualquier tipo de recreo.

Carmen, en el contexto rural oaxaqueño, recuerda que cuando niña, aunque su padre y su madre nunca le prohibieron jugar, lo cierto es que el exceso de trabajo no le permitía tomarse un descanso, “ahí [en su pueblo], se trabajaba de sol a sol”. Una vez que las mujeres habían cumplido con las tareas propias de la casa, tenían que integrarse a trabajar en las labores del campo. Era dentro de la dinámica misma de la jornada doméstica que, según cuenta Carmen, se podía encontrar un espacio para el recreo o la diversión: llevar a pasear a los animales por el campo o a beber agua al río, suponía, en ocasiones, una tarea divertida aunque no siempre relajante.

Tenemos entonces un rígido esquema de tareas domésticas que, dado su carácter extenuante y exhaustivo, constriñe, condiciona y sitúa a las mujeres de manera muy particular en los espacios que constituyen parte de los desplazamientos, rutas y territorios imprescindibles para el mantenimiento del orden doméstico. Tales desplazamientos y rutinas espaciales constituyen lo que la

geografía de la vida cotidiana ha denominado información espacial (Lindón, 2006: 377).<sup>62</sup>

El cúmulo de información espacial que un sujeto, hombre o mujer, puede poseer, varía en razón del género, los roles sociales desempeñados y la posición social o de clase ocupada en determinado orden social. En otros términos, se puede decir que en contextos sociales donde las jerarquizaciones y juegos de poder entre hombres y mujeres o entre clases sociales forman parte del orden social estructural; en contextos como los que vivieron las empleadas domésticas, las mujeres poseen una reducida información espacial. Ellas conocen bien los lugares, los espacios vinculados con sus actividades domésticas cotidianas: el camino al río, al pozo, el territorio donde se pasea a los animales, el mercado, el sitio donde se recolecta la leña, la escuela adonde se lleva a los hijos o hermanos, por lo que la información espacial de la que disponen estas mujeres no es sino la que está definida por sus impostergables tareas domésticas, aquellas que delimitan, fijan recorridos específicos, tiempos permitidos por actividad, propician sentimientos y actitudes, prisas, temores, angustias; condicionan y construyen subjetividad.

Así, en las narrativas de estas mujeres cuyas experiencias de vida han estado claramente atravesadas por mandatos específicos de género, jerarquías de clase, de etnia, la información espacial de la que ellas pueden dar cuenta en su relato es considerablemente limitada, pues la realización inalterable y perenne de cierto tipo de prácticas ha condicionado e impedido el conocimiento, disfrute, vivencia y apropiación de otros espacios que no sean los que conforman la esfera espacial de la domesticidad. La permanente falta de dinero, los incuestionables

---

<sup>62</sup> El concepto de información espacial resulta útil a la luz de las claras diferenciaciones que existen entre hombres y mujeres en la vivencia, desplazamientos, uso y apropiación de los espacios que conforman la domesticidad. Esta categoría permite pensar en otra de las manifestaciones y efectos que las diferencias de género, clase, etnia, puestas en acto en los espacios de la domesticidad, tienen en la información espacial que cada figura doméstica acumula a lo largo de su existencia. Una mujer cuya rutina ha estado determinada por largas e inevitables jornadas de trabajo doméstico y cuyas condiciones económicas son adversas sólo puede conocer y tener acceso a muy pocos espacios, sólo aquellos que son los necesarios y más transitados para cumplir con la invariable rutina de la vida doméstica. De esta manera, tales condiciones reducen considerablemente el campo de información espacial, las experiencias espaciales, el conocimiento de distintos espacios.

mandatos de género y la asunción subjetiva y naturalizada de ciertas prácticas en el orden doméstico a lo largo de la vida de las mujeres entrevistadas, revelan los intrincados juegos de poder que, bajo diversos mecanismos y manifestaciones de órdenes estructurales, consiguen asignar lugares, confinar a las mujeres en determinados espacios, invisibilizarlas y dificultarles el ingreso a otros sitios, imponer emplazamientos, desplazamientos, rutinas y experiencias que no hacen sino forjar y reproducir subjetividad.

Durante los 19 años que Carmen vivió en la comunidad de San Francisco Nuxaño, en Oaxaca, ella señala que nunca salió de su pueblo. Jamás conoció otros lugares ni se trasladó a otros sitios para ir de paseo o a trabajar. Los espacios donde ella llevaba a cabo sus múltiples actividades eran la casa y el campo, “el cerro”, como ella le llama y fueron aquellos lugares los que conformaron su rutina espacial, los paisajes de sus desplazamientos, tareas y responsabilidades domésticas, los espacios que constituyen su información espacial. Pero Carmen recuerda que siempre deseó viajar a la ciudad de México, deseaba incluso poder conocer la ciudad misma de Oaxaca, pero durante esos años nunca logró hacerlo porque las condiciones económicas en las que vivía no le permitían costearse estos traslados. Su madre, quien años más tarde se opondría a que la joven abandonara la comunidad, sabía perfectamente que de llegar a viajar a la ciudad de México, Carmen se encontraría en una situación de vulnerabilidad, pues la muchacha no conocía más allá de su casa, el pueblo y un poco de la comunidad.

A sus 86 años, Narcisa afirma que durante los años que vivió en casa de su padres, quizá el lugar más alejado de su casa que llegó a conocer fue la iglesia del pueblo, adonde sólo llegó a ir en algunas ocasiones a escuchar la misa acompañada de toda su familia. Al igual que las otras mujeres, Narcisa tenía recorridos y desplazamientos espaciales muy específicos: aquellos que estaban totalmente asociados con las actividades domésticas que, al lado de sus hermanas y su madre, le correspondía realizar en su casa y en el campo. Durante los años de la infancia, cuenta Narcisa que como parte de sus actividades cotidianas, generalmente su vida transcurría entre el tiempo que permanecía en

casa ayudando a preparar la comida, haciendo tortillas, zurciendo ropa, y el tiempo que invertía trabajando en el campo y “pasteando” a los animales, a ello se añadían los largos días en que tenían que ir a bañarse y a lavar la ropa de la familia al río, o aquellos en los que había que ir por la leña y llevarla a casa para las necesidades cotidianas. Ir al pozo por el agua era una actividad que se tenía que realizar diariamente, lo mismo que ir al molino para preparar el maíz para la elaboración de las tortillas. Los tiempos para la realización de cada actividad estaban, además, perfectamente controlados, de modo que si ella y las hermanas no llegaban o cumplían con la tarea encomendada en el tiempo establecido, inmediatamente su madre o su padre las reprendían o iban por ellas. De tal manera que los espacios conocidos por Narcisa fueron los que recorría y en los que permanecía para realizar la variedad de tareas y actividades para mantener el orden y el funcionamiento adecuado de la casa.

Pero las regulaciones y constricciones espaciales se fueron haciendo cada vez más rígidas a medida que Narcisa y sus hermanas iban creciendo. Fue su padre quien determinaba qué lugares y hasta qué momento de su vida ellas podían visitar o recorrer: cuando eran niñas las idas al campo a trabajar con su padre y sus hermanos, el paseo de los animales, el camino recorrido al pozo para acarrear el agua y los traslados con leña, eran parte de la rutina doméstica que las niñas debían cumplir como parte del orden de género imperante en la casa. A medida que ellas fueron creciendo, su padre determinó reducir considerablemente los recorridos, paseos y traslados de las hijas. De tal forma que ya no era posible ir al campo, mucho menos al pozo por el agua y tampoco a recolectar la leña, razón por la cual el señor adquirió una mula para ir él mismo con sus hijos por la leña. Las jóvenes ahora habrían de permanecer únicamente en los confines de la casa, dedicadas exclusivamente a las tareas propias de ese espacio. Con las restricciones que el padre de Narcisa impuso, trataba de cuidar y controlar a las hijas, toda vez que habían dejado de ser niñas y en cualquier descuido los hombres de la comunidad, quienes se paseaban por todos los lugares, particularmente por aquellos que eran más frecuentados por las mujeres, podían asediarlas y lograr que ellas les hablaran.

Bajo estas dinámicas y esquemas espaciales anclados en juegos de poder fundados en diferenciaciones de género y de clase, no sólo se reduce visiblemente el campo de conocimiento e información espacial de las mujeres, sino que en toda la trama y configuración de los espacios asociados con las actividades de las mujeres, no existen, en el recuento de su vida, los lugares en los que ellas tengan un reducto propio de intimidad, descanso, soledad, ocio o recreo. Los espacios de la casa, en contextos urbanos o rurales, tales como los que mis informantes han descrito, no considera ni en el sentido imaginario, ni en el material ni en el subjetivo, la intimidad o la individualidad de las mujeres en el espacio de la domesticidad. Por tal motivo, en el devenir de la cotidianidad doméstica, las mujeres siempre se verán obligadas, constreñidas a mantener una convivencia constante con los/as integrantes de su familia, sin la posibilidad de tener un espacio para su intimidad, descanso e individualidad.

Para ellas, el lugar de esparcimiento y descanso es aquel mismo en el que transcurren las actividades cotidianas para el buen funcionamiento de la casa, por lo que resulta interesante señalar que, de acuerdo con sus relatos, Narcisa y Carmen configuraron su propio espacio de descanso, intimidad y diversión aún dentro de la misma jornada doméstica. Al salir a pasear a los animales, ellas encontraban espacios y momentos de soledad, diversión y recreo, lo mismo que cuando deambulaban por el campo y decidían, por unos momentos, destinar unos minutos al jugueteo entre hermanas/os, aunque fuese a “escondidas de su papá”.

Bajo la lógica de la vida familiar, uno de los momentos más importantes para las mujeres es cuando, al término de la jornada doméstica, se reúnen con la familia en el espacio destinado al descanso y platican entre sí sobre cómo transcurrieron sus actividades, las novedades o cualquier otro asunto familiar. Razón por la cual podemos pensar que las mujeres difícilmente conciben, dentro del espacio de la casa, un lugar para sí mismas, para su privacidad, intimidad, descanso y recreación personal.



### ***3.3 El lugar de arribo. Contrastes y experiencias de las empleadas domésticas en la ciudad de México. Vivencias e imágenes del espacio generizado***

El arribo de las mujeres a un nuevo lugar, al espacio de la ciudad en particular, constituye uno de los momentos clave en la trayectoria y experiencia espacial y subjetiva de las empleadas domésticas. La mayoría de las mujeres que llega a la ciudad a trabajar como empleada doméstica proviene de contextos campesinos o de comunidades indígenas. (DATO). Se trata de mujeres que bajo su propia convicción decidieron abandonar el campo, la comunidad de origen, debido a las extenuantes jornadas de trabajo que nunca se tradujeron en un mejoramiento de las condiciones de vida y que les impedía adquirir lo que ellas deseaban o trazar un porvenir un poco más halagüeño. En México, las condiciones de sobrevivencia en este tipo de contextos ciertamente no figuran entre los escenarios sociales más favorables para el desarrollo de hombres y mujeres; la acentuada pobreza, el trabajo excesivo, las condiciones del campo, las dificultades para acceder a los servicios de salud, la desigualdad en el trato a las mujeres, entre diversas circunstancias más, configuran el escenario del que las mujeres buscan salir, pues, además, en tales contextos, las relaciones de poder y dominación resultan ser mucho más constrictivas y oprimientes para las mujeres y más difíciles de sobrellevar.

Las regulaciones y los ordenamientos de género en contextos tradicionales como los campesinos o las sociedades indígenas delinean las trayectorias de vida y la subjetividad de las mujeres, sientan las bases para la reproducción de roles de género y de clase, para perpetuar las relaciones de subordinación entre hombres y mujeres, y para reproducir la pobreza y la desigualdad.

Narcisa, por ejemplo, abandonó su comunidad a los 22 años para trasladarse a la ciudad de México y comenzar a trabajar. Señala que aunque siempre aceptó de buena gana la manera en la que vivió con su familia, veía que

las primas que ya se habían ido a trabajar a la ciudad, podían adquirir o hacer lo que ellas deseaban y comenzó entonces a pensar cada vez más en abandonar su casa y ganar un salario en la ciudad. Su primer trabajo como empleada doméstica de planta fue con una familia de clase media de la que Narcisa guarda un aciago recuerdo debido a los malos tratos que recibía, a la escasa comida a la que tenía derecho, pero sobre todo debido a que la familia acató sin vacilación las prescripciones del padre de la muchacha, quien se trasladó a la ciudad para advertir a los empleadores/as de Narcisa que no le permitieran salir a su hija ni siquiera en los días de descanso, pues él no lo autorizaba ya que la joven, viviendo ahora en una ciudad, podía verse mucho más expuesta a los *peligros urbanos* y a los asedios de los varones. De esta manera, en el nuevo espacio de trabajo, Narcisa no sólo siguió rigiendo sus actividades y conductas a partir de las determinaciones y concepciones de su padre, sino que, ciertamente, estaba convencida de que la ciudad, según lo había aprendido, suponía una serie de peligros y desafíos a los que no quería encarar.

Abandonar el pueblo, la comunidad de origen, significa, según el relato de las mujeres, transformar sus condiciones de pobreza, forjar una trayectoria de vida acorde a sus deseos y necesidades, crear mejores condiciones de vida para ellas, pero también para el beneficio de su familia. Pero abandonar la casa familiar también implica salir del esquema de dominación imperante en este espacio, aunque en ocasiones siga operando, como en el caso de Narcisa, en otros ámbitos de actuación de las mujeres; no obstante la separación espacial supone un parteaguas en la vida de las empleadas domésticas: desvincularse de la familia, abandonar la casa,<sup>63</sup> salir de aquellos lugares y espacios que para ellas son de amplio dominio y significado subjetivo, y llegar a lugares absolutamente desconocidos y regidos bajo distintos patrones de organización y dinámica social como la ciudad y la casa urbana familiar en la que trabajarán. Al establecimiento

---

<sup>63</sup> La casa familiar tiene un significado importante en la vida de las mujeres y de toda persona: es el espacio de la familia, de la lengua materna, las amigas, las y los conocidos, “significa un paisaje querido”, la comida preparada de una determinada manera, cosas familiares de uso cotidiano, costumbres, hábitos personales; significa un modo peculiar de vida compuesto de elementos pequeños pero importantes, a los que se tiene afecto. (Schutz en Del Acebo, 1996: 204).

de nuevas pautas de interacción social –anclados en nuevos ejes de poder y dominación– en los espacios de la domesticidad urbana se sumará una compleja relación y dinámica espacial en la ciudad.

### **3.3.1. *Identidad femenina e irrupción espacial: el espacio público, la ciudad***

Cuando en el terreno de las prácticas concretas y la vida cotidiana las mujeres se presentan, se desplazan, se apropian y hacen uso de los *espacios públicos* bajo diversas modalidades y actividades, su sola presencia, su experiencia espacial se encuentra atravesada por una serie de *dificultades subjetivas*, aquellas derivadas de la autopercepción como de la percepción social, que hacen que su presencia sea concebida y autopercebida como disruptiva, incómoda y marginal. En consecuencia, la presencia de las mujeres en los espacios públicos como la ciudad, genera diversas prácticas, actitudes, sentimientos y conductas que son la expresión más clara de un orden social y de las relaciones de poder que sostienen y reproducen la desigualdad entre los géneros, entre las clases sociales, entre las razas: el miedo de las mujeres a transitar por las calles, el asedio de los varones, las expresiones corporales de ellas en su tránsito por las calles, los obstáculos que ellas atraviesan para apropiarse plenamente de ciertos espacios – laborales, artísticos, académicos, culturales, financieros, etcétera–, para acceder sin complicaciones a otros, las condiciones del transporte público, nos recuerdan que existen diferencias claras en el sentido que cada uno de los géneros le atribuye a los distintos espacios y lugares y, que espacios como la ciudad de ninguna manera son inocuos, se hallan, más bien, presididos, estructurados sobre la base de las diferenciaciones y jerarquías entre hombres y mujeres.

Las relaciones de poder y subordinación y la desigualdad estructural entre los sexos asumen formas y expresiones específicas en el espacio urbano y definen la relación que las mujeres establecen con este singular espacio, con su peculiar dinámica y con sus integrantes. Pero la configuración espacial no solo es la expresión de los ordenamientos y regulaciones sociales, sino que ésta también

incide y delinea la asimetría entre los géneros, condicionando así la conformación de las identidades, la construcción de subjetividades.

Tal como se explicó en el primer capítulo de este trabajo, las percepciones negativas y los imaginarios sociales dominantes que conlleva la presencia de las mujeres en los espacios públicos tienen como punto de partida un fundamento en el terreno de lo más abstracto pero que tiene graves efectos en la vida práctica; una subordinación en el terreno de lo discursivo con expresiones concretas en la vida diaria (Serret, 2008). Se trata de un problema de orden subjetivo y conceptual en el que convergen concepciones contradictorias que hacen que la presencia femenina en los espacios extradomésticos sea percibida como incómoda y disruptiva. Las ideas y concepciones dominantes que, a lo largo de varios siglos, se han diseminado sobre lo que significa ser mujer resultan contradictorias con la construcción simbólico-discursiva del espacio público moderno (Serret, 2008: 92). La percepción social y la que sobre sí mismas han construido las mujeres, supone una serie de obstáculos subjetivos, ideas y comportamientos que refuerzan exitosamente la subordinación de las mujeres, reduciendo de manera importante su presencia, la apropiación plena de los espacios públicos y las posibilidades de movilidad y experiencias en éstos.

La lógica intrínseca que, en contraparte, caracteriza la definición del espacio público moderno como un espacio masculino, se opone a las ideas y supuestos con referencia a los cuales se constituyen identitariamente las mujeres.<sup>64</sup> De tal manera que cuando los hombres deliberadamente asedian a las mujeres en las calles, en el transporte público, o, bien, cuando ellas se rehúsan a transitar por ciertos lugares de la ciudad por el peligro que suponen debido a la definición que se ha construido de ellos como “inseguros”, y cuando la sensación de miedo que ellas sienten al hacer uso de tales lugares es persistente y forma parte de su vida cotidiana, claramente estamos ante la presencia de un problema

---

<sup>64</sup> Una explicación teórica más detallada sobre la división de espacios sociales en la modernidad y su relación con la configuración de las identidades de género se ha desarrollado en el primer apartado de este trabajo.

que se gestó en el terreno más abstracto de lo simbólico y conceptual, pero adquiere un correlato subjetivo, en la vivencia y práctica espacial cotidiana.

Identidad y configuración espacial se encuentran, pues, en una intrincada relación que es preciso develar en tanto que su intersección reproduce, como otros tantos mecanismos, complejos juegos de poder y dominación entre los géneros.

La ciudad, como uno de los tantos espacios que configuran la amplia categoría de lo público (Rabotnikof, Valcárcel), constituye, entonces, un espacio que reproduce un orden social de jerarquías y diferenciaciones no solo entre los géneros, sino también entre las clases sociales y las etnias, etcétera. Las experiencias espaciales de las empleadas domésticas que arriban a la ciudad en busca de un empleo en alguna casa o departamento citadino dan cuenta de este supuesto fundamental.

Camelia, una de las empleadas domésticas más jóvenes, relata una de las experiencias espaciales más constrictivas y limitantes al llegar a la ciudad y cuyos efectos todavía tienen secuelas importantes en su vida y sus proyectos personales. Cuando Camelia llegó por primera vez a la ciudad de México, una de las ventajas que ella encontraba en su nuevo empleo como trabajadora doméstica de planta era que su patrona le permitía, toda vez que la muchacha cumpliera a cabalidad con las tareas que le correspondían, ir a la escuela por la tarde; fue de esta manera que Camelia logró concluir el último año de la secundaria y el siguiente gran proyecto que deseaba llevar a cabo era estudiar la preparatoria, por lo que el empleo como trabajadora doméstica significaba para ella una actividad meramente transitoria. Decidió, entonces, presentar el examen para ingresar a la prepa y no abandonar, bajo ninguna circunstancia, los estudios, aunque su situación económica le obligara a estudiar y trabajar de manera simultánea.

La relevancia que adquiere en el proyecto de vida de Camelia la obstinación por continuar estudiando se entiende cuando la joven señala que para ella estudiar supone una herramienta decisiva para conseguir un empleo mejor

remunerado y en el ámbito de una actividad que a ella le agradara, pues el trabajo como empleada doméstica siempre le ha disgustado. La aprobación del examen de ingreso a la prepa supuso, de inicio, para ella plantear la perspectiva de forjar unas mejores condiciones de vida, hacer lo que ella deseaba, adquirir lo que hasta ese momento de su vida no había podido y diseñar un proyecto de vida propio. Sin embargo, el cambio radical de planes se suscitó inmediatamente después de que Camelia comunicó la noticia a sus padres. La familia, particularmente el padre y la madre de la muchacha se opusieron rígidamente a que Camelia ingresara a la prepa, aludiendo que la escuela donde había quedado la joven se encontraba muy lejos de su lugar de trabajo y la ciudad era muy peligrosa para una muchacha como ella.

El imaginario que Camelia había construido sobre la ciudad y sus habitantes y en la que ella señala que siempre se siente temerosa, insegura y “menos que los demás”, llevan a Camelia a renunciar a uno de sus proyectos más anhelados.

No tuve apoyo de mi familia, una fue esa, la otra es que no conocía la ciudad de México y como escogí escuelas muy lejos y me dijeron que la ciudad es muy peligrosa [...] Me decepcionaron y pues ya, me di de baja, [...] ahí escogí secretaria bilingüe, algo así [...] pero ya después dije: ¿por qué les tengo que hacer caso a ellos, o sea, si yo tengo que confiar en mí misma, de todas maneras cuando te toca, te toca en cualquier lugar, pero bueno, me dejé llevar.

[En la ciudad] *me sentía menos que los demás*, me hacía muchas preguntas: ¿por qué me tocó esta vida o por qué mis padres no nos apoyaron como yo quisiera para no estar aquí; tal vez, a lo mejor pude seguir estudiando, estudiar una carrera, no sé. Y mis dificultades cuando llegué aquí es que me sentía insegura, soy así como que nerviosa y como no conocía la ciudad trataba de no salir para no perderme, pero nada más era de la escuela al trabajo, y ya los fines de semana nos íbamos con mi tía. Y nada más, y no salía a otro lado.

Y es que, ciertamente, Camelia señala que andar por la ciudad le producía miedo, confusión, inseguridad; ante tal situación, limitaba considerablemente sus salidas y paseos por las calles incluso en sus días de descanso. El miedo a perderse y la incomodidad que le producía pasear por la ciudad convirtieron los días de descanso y recreo de Camelia en una invariable rutina espacial que se perpetuó por mucho tiempo y solo a través de la cual la muchacha se podía sentir

más segura. Fue ante tal panorama que la idea de abandonar los estudios por los supuestos “peligros” que implicaba trasladarse en la ciudad, no le pareció del todo descabellada y la resolución final fue mantener su trabajo como empleada doméstica hasta la actualidad.

Resulta evidente que la concepción que Camelia, como muchas otras mujeres, ha construido sobre el espacio urbano como un lugar especialmente inseguro y las consecuentes dificultades subjetivas que experimenta cuando deambula por la calle configuran un “escenario de inseguridad sistemático” que atenta claramente contra la libertad de movimiento de las mujeres y el uso y apropiación del espacio urbano (Soto, 2014: 205). De tal manera que las autopercepciones y percepciones sociales no sólo constituyen a las mujeres como deficitarias de un espacio como la calle, sino que tales imaginarios sociales también construyen a los espacios y en esa conceptualización se define también quiénes son y deben ser sus actores fundamentales. Es así que los procesos de socialización y los imaginarios colectivos e individuales resultan mecanismos eficaces en los procesos de construcción y conceptualización de aquellos lugares que geográficamente son definidos como inseguros o seguros, aptos o no aptos para las mujeres. Es, precisamente, a través de estos mecanismos de interacción que se logra reproducir el control, las limitaciones a las mujeres para que no hagan uso del espacio urbano; entonces se les advierte o se les prohíbe a las hijas, esposas, amigas hacer uso pleno de la calle, las prescripciones sobre los horarios, las rutas; y con ello se refuerzan y se reproducen varios de los supuestos e ideas comunes sobre la identidad de las mujeres: fragilidad, vulnerabilidad y la necesaria y adecuada permanencia de éstas en la esfera de la casa.

Tales prescripciones y configuraciones subjetivas tienen efectos concretos en la vida práctica, de manera más precisa, en los usos, experiencias y desplazamientos que hacen las mujeres en los distintos espacios, en la calle: dejar de frecuentar ciertos lugares porque ellas los reconocen como ajenos, inseguros o masculinos, evitar transitar por ciertas calles o lugares de peligro “real o imaginario” y buscar trayectorias alternativas (Soto, 2014), o en el más grave de

los casos, dejar de transitar o hacer uso de los espacios urbanos porque implican una serie de símbolos, sentimientos, experiencias y prácticas que no hacen más que recordar la posición de subordinación y desigualdad de las mujeres con respecto a los varones, pero también frente a otras clases sociales o frente a las personas con otra apariencia física, otro lenguaje y otro arreglo personal.

Así las prácticas y experiencias espaciales que de manera diferencia viven hombres y mujeres, empleadas domésticas, académicas, trabajadores, funcionarios públicos, etcétera, constituyen la expresión más acabada de la división sexual de los espacios sociales en las sociedades contemporáneas.

Narcisa, la empleada doméstica que lleva más de 60 años viviendo en la ciudad de México, refiere que la ciudad no deja de producirle miedo e inseguridad, temor e incomodidad. Las múltiples experiencias de violencia, marginación y asedio masculino que Narcisa ha vivido en la ciudad durante varios años de su vida justifican con creces sus percepciones y sentimientos.

Al igual que en el caso de Camelia, los imaginarios sociales influyeron poderosamente en la idea que Narcisa había construido sobre la ciudad y sobre lo que significaba su presencia en la urbe. En el contexto y tiempo donde ella creció, la gente repetidamente le decía que en la ciudad había muchos hombres que eran casados que engañaban y se burlaban de las “muchachas de pueblo”. Narcisa estaba plenamente convencida de que esta era la lógica bajo la cual se conducían los varones con las mujeres en la urbe. El temor que albergaba hacia los hombres al llegar a la ciudad era ya inevitable; las experiencias cotidianas la fueron convenciendo cada día más de este supuesto, pues siempre constató que los hombres “entre más asustada la veían, más la molestaban”.

En una ocasión, relata Narcisa, cuando fue de visita a su pueblo tuvo una desafortunada experiencia que terminó por ahondar su repulsión por la ciudad. En el momento en que el camión en el que ella viajaba había llegado a la terminal, el chofer que lo conducía no le permitió bajar, retuvo a Narcisa por la fuerza invitando a la joven a pasear. Pese a la notoria molestia, miedo y negativa de



Narcisa a entablar cualquier intercambio de palabras, el chofer decidió arrancar el camión llevándose deliberadamente a la muchacha hasta otro lugar, donde, después de insistir infructuosamente, al final decidió dejarla. La experiencia resultó decisiva en las ideas y sentimientos que a partir de ese momento se afianzarían y permearían la vida de Narcisa en la ciudad: un miedo persistente y constante la invadía cada vez que tenía que salir a un lugar ajeno a la casa donde trabajaba; Narcisa desconfiaba, además de “todo mundo”, pero principalmente de los varones, de quienes sabía que, en todo momento, tratarían de aprovecharse y burlarse de ella.

Durante los casi 70 años que Narcisa lleva viviendo en la ciudad de México, subraya que solo ha conocido La villa y Chapultepec y fue precisamente en este último lugar donde en repetidas ocasiones fue asediada por los hombres y recuerda también que tales actitudes no solo la aterraban sino que la molestaban sobremanera. Relata que cuando iba a Chapultepec de paseo con sus amigas o primas, generalmente, además de recorrer el parque, acordaban comprar algo para comer y buscaban un prado o algún espacio donde pudieran sentarse a convivir, platicar y disfrutar de los alimentos. Era precisamente en esos momentos de tranquilidad, refiere Narcisa, cuando los “paisanos”, viéndolas ahí a todas ellas reunidas, se acercaban a molestar a las jóvenes, les hablaban, las asediaban y no dejaban de mirarlas, de tal modo que terminaban por incomodarlas tanto que estropeaban su tranquilidad y disfrute del lugar y del momento.

Las múltiples y repetidas experiencias de asedio, violencia y marginación que Narcisa vivió en la ciudad fueron suficientes para que se rehusara cada vez más a salir a la calle y aún más si lo tenía que hacer sola, encontrando en el espacio de la casa de su patrona el lugar que le proporcionaba mayor comodidad y tranquilidad. La joven mujer había confirmado que la ciudad era un espacio particularmente inseguro e inapropiado para ella, su padre ya se lo había advertido y por eso mismo le había prohibido salir a pasear en sus días de descanso, pues no albergaba la menor duda de que su hija sería asediada por algún varón de la ciudad. Así, Narcisa vivió convencida de que su lugar se encontraba en la casa

familiar, aquel espacio que la resguardaba de las múltiples hostilidades que suponía la urbe.

Son diversas las dimensiones a través de las cuales hemos ido constatando cómo las experiencias espaciales que han caracterizado la vida de las empleadas domésticas en la esfera de la casa y en la ciudad, se encuentran signadas por complejos entramados de relaciones de poder y cómo los distintos órdenes espaciales tienen un fundamento esencialmente político que multiplica los emplazamientos de género, establece el carácter y las formas de los desplazamientos, define las vivencias y experiencias espaciales de los sujetos, los ritmos, las sensaciones; en otras palabras, cómo las mujeres y los hombres de distintas clases sociales, de distintos aspectos físicos y estatus social viven y hacen uso de los espacios de formas claramente diferenciadas.

El miedo que expresan las empleadas domésticas a circular por las calles de la ciudad, tiene un obvio componente de género (Soto, 2013:201), pero las experiencias subjetivas de estas mujeres en la ciudad y en otros espacios sociales no solo se encuentran estructurados por el género, sino que los prejuicios y los supuestos sobre la clase social, la etnia, la raza se articulan con el primero para producir prácticas, imaginarios y experiencias espaciales particulares.

Narcisa, en varios momentos de su relato resalta la extendida idea que existía entre la gente de su comunidad y su familia de que en la ciudad los hombres “se burlan” y engañan a las “muchachas de pueblo”. Este extendido supuesto social, tan presente en el imaginario de Narcisa, conlleva una serie de ideas, tipificaciones implícitas y verdades asumidas sobre por qué los hombres engañarían y se burlarían de una joven de pueblo en la ciudad. Tales supuestos tendrán una serie de efectos en la manera en que las empleadas domésticas se piensan a sí mismas, viven y hacen uso de la ciudad y en la forma en que se relacionan con los y las habitantes de dicha ciudad.

Ciertamente, llegar a la ciudad proveniente de un pueblo o comunidad indígena a trabajar como empleada doméstica implica un complejo engranaje de

supuestos y verdades asumidas colectiva e individualmente que incidirán decisivamente en las experiencias subjetivas y en las prácticas y vivencias de esas mujeres en el espacio urbano. Ser “muchacha de pueblo” susceptible de ser engañada y burlada por un varón en la ciudad, significa que esa mujer se encuentra en una relación de desigualdad y subordinación frente a un varón no solo en razón de su condición de género sino también de la inferioridad que encarna frente a las personas con quienes interactúa en la ciudad, su aspecto físico, su color de piel, el idioma o lengua hablada, su expresión corporal, la forma en que se viste y se expresa, su clase social y su procedencia familiar.

Así, cuando a Narcisa le advierten sobre el peligro que suponen los “hombres casados” que, en la ciudad, siempre se burlan de las “muchachas de pueblo”, o cuando a Camelia le impiden asistir a la prepa por lo peligrosa que resulta la ciudad para “una muchacha como ella”, el supuesto fundamental que subyace a tales advertencias es que se encuentran en una posición de inferioridad, sujeción y vulnerabilidad frente a los hombres y frente a un espacio social, frente a una dinámica social citadina en la que, de acuerdo con la investidura identitaria que encarnan y asumen estas mujeres, se convertirán en sujetos de ejercicios de poder y subordinación, es decir, en sujetos de burlas, asedios y desprecios.

Desde luego que el correlato espacial que tienen tales imaginarios y supuestos sociales es diverso y complejo; se traduce en los miedos y temores expresados e interiorizados por las empleadas domésticas a habitar la ciudad, en sus ritmos y la naturaleza de sus desplazamientos, en los límites y obstáculos a sus movimientos y experiencias espaciales, en la escasa información espacial que ellas poseen, en las restricciones, los horarios y en toda práctica espacial que no se explica más que a partir de la compleja interrelación entre espacio y subjetividad.

La experiencia de Carmen, la empleada doméstica proveniente de Oaxaca, resulta muy ilustrativa del múltiple juego de poder en el que se ven inmersas las mujeres domésticas que migran y buscan vivir en la ciudad. Desde el momento en

que Carmen le comunicó a su familia su deseo de migrar a la ciudad de México una vez que estuviera casada con su pareja, la madre de la muchacha se opuso argumentando que su hija nunca había salido del pueblo y que no conocía más que su comunidad y la gente que ahí vivía, por lo que consideraba que joven no tenía nada que hacer allá y se encontraría en una situación de vulnerabilidad. Una vez que Carmen se casa y se muda a la ciudad con su marido, las experiencias espaciales que tendrá que encarar en la urbe no serán nada fáciles de sortear.

Durante los primeros años de matrimonio, Carmen se dedica de tiempo completo a las actividades domésticas y al cuidado de su hija, por lo que permanece prácticamente todo el día en casa, y las salidas que realiza se asocian con aquellos espacios que son extensivos al ámbito de la domesticidad: la escuela de la hija, el mercado, la tienda, etcétera. Cuando nace el segundo hijo, el acontecimiento implica para Carmen un completo desafío en términos espaciales: el nacimiento de un bebé con una malformación la obliga a salir casi diariamente de casa y sumirse en el proceso de un largo tratamiento médico que requería su hijo.

La dificultad de esta experiencia se debe no solo al hecho de tener que alterar su rutina doméstica cotidiana y encargar a otras personas el cuidado de su hija, trasladarse a los hospitales en transporte público con una criatura en brazos y durante varios años de su vida, sino también por el hecho de tener que realizar dichos traslados desconociendo por completo la ciudad, la dinámica del transporte público y el metro, sin el dominio del idioma y sin saber leer. El tratamiento y las cirugías que necesitaba el niño obligarían a Carmen a llevarlo de hospital en hospital y lidiar con las dificultades que supone desconocer las calles, el transporte, la gente, en general, la compleja dinámica de la ciudad. La situación de su hijo y las condiciones en que Carmen viajaba por la ciudad complicaron visiblemente su experiencia en la urbe: con el invariable miedo que la invadía, Carmen siempre recorrió la ciudad atemorizada, con prisa, con la incomodidad que supone cargar a una criatura enferma en transporte público, pensando en la hija que había dejado encargada y con la preocupación latente de que su hijo

fuera recuperándose. Ante tal situación, la única estrategia que adoptó para sortear solo algunas de esas dificultades fue pedirle a su esposo, quien por razones laborales nunca podía acompañar a Carmen y a su hijo al hospital, que le dibujara mapas de las rutas que habría de seguir para no perderse. Los temores más grandes de esta mujer consistían en no poder llegar al hospital, perderse en la ciudad y tener que preguntar a la gente. No obstante, la estrategia del mapa no siempre resultó exitosa y en muchas ocasiones Carmen tuvo que preguntar a las personas cómo llegar a cierto lugar quienes, enfatiza con notorio asombro, afortunadamente la trataban bien y la orientaban en su camino.

Así pues el espacio, además de ser una realidad objetiva, es una construcción social y subjetiva que se construye a través de relaciones de poder presentes en la vida cotidiana de varones y mujeres y entre las que juegan un papel fundamental las relaciones de género, las de clase y las de etnia. Pero el espacio en su complejidad simbólica, material, vivencial y subjetiva, construye, refuerza y deconstruye la identidad.

### ***3.4 El ingreso y la estancia en la casa de las/los patronas/es: limpiar, cocinar, lavar, cuidar y hacer el mandado***

La incorporación de las empleadas domésticas a trabajar en una casa o departamento de la ciudad constituye otra de las experiencias más importantes en la intersección y construcción mutua entre subjetividad y espacio. Entrar a trabajar a una casa ajena como empleada doméstica tiene efectos importantes para la formación de la identidad y, dicha identidad define, desde luego, las maneras como se habitará, percibirá y hará uso del espacio doméstico. Se trata del ingreso a un lugar que resulta totalmente ajeno a las empleadas domésticas y en el que las que las relaciones sociales más importantes que establecerán son con la familia de las empleadoras/es; ya no es la casa familiar en la que siempre realizaron el trabajo doméstico para el mantenimiento del orden del hogar propio, sino que ahora se trata de un trabajo realizado en beneficio de los demás y bajo

un esquema de actividades, horarios y rutinas rígidamente establecidas bajo las órdenes de una empleadora o empleador y, generalmente bajo lógicas totalmente distintas a las que ellas acostumbraban a realizar el trabajo doméstico.<sup>65</sup>

Es por ello que la casa de arribo, tal como iremos viendo, adquiere para las mujeres un significado como un espacio vivido subjetivamente, pero también como una realidad objetiva (Soto, 2005: 194), es decir, como una realidad material que está dada por el tamaño de la residencia que habrán que limpiar, por la cantidad y naturaleza de objetos que habrán de ordenar y también por las características del cuarto en el que descansarán una vez que haya terminado la jornada laboral.

El espacio de la casa, el lugar de trabajo vivido subjetivamente, por otro lado, representa un espacio fundamental en tanto que en él se condensan, en la multiplicidad de interacciones sociales y prácticas domésticas cotidianas, aquellos referentes que construyen y refuerzan la identidad de las empleadas domésticas, aquellos significados que recuerdan que ellas se encuentran en una posición de servicio y subordinación frente a los y las integrantes de la casa, y que harán que ellas vivan, habiten e imaginen el espacio doméstico de manera muy particular.

Bajo la modalidad de trabajo de planta o de entrada por salida, las empleadas domésticas tendrán como eje fundamental de sus interacciones sociales cotidianas a la familia que las ha empleado. No obstante, el trabajo de planta impone una forma de vida ajustada a las necesidades y horarios de las y los patrones; pero un trabajo bajo esta modalidad impone, sobre todo, un modo de vida, un ritmo de trabajo, cierta lógica de interacción, desplazamientos y prácticas espaciales precisas, en las que la libertad de movimiento y las posibilidades de desplazamiento y conocimiento de otros lugares se reducen considerablemente:

---

<sup>65</sup> Es importante subrayar además que la naturaleza del trabajo doméstico se ha ido transformando a lo largo del tiempo y a un ritmo más vertiginoso en unas sociedades que en otras; en las casas y departamentos urbanos el uso de aparatos electrodomésticos, el consumo de alimentos industrializados, etcétera, han ido modificando las formas en que se realizan las tareas para el mantenimiento de una casa y ello supone para las empleadas domésticas una serie de cambios que no les resulta nada sencillo encarar (Goldsmith, 1998).

Trabajar de planta significa quedarse en la casa toda la semana. Hay casas donde entras los domingos en la tarde, en otras te dejan salir los sábados en la tarde, a veces los domingos en la mañana y en la tarde ya tienes que regresar, eso es de planta. Cuando es de planta hay que pararse temprano, hacer todo lo que nos digan. Hay lugares donde te ponen a lavar el carro, y en otras no, si hay jardín hay que regar el jardín, si hay mascotas hay que atenderlas, que bañarlas, que darles de comer, barrer la calle, lavar el patio y ya de allí empezar hacia adentro.

Así de planta uno se para a las seis de la mañana y no hay una hora para terminar porque si llegan los señores a las once de la noche hay que bajar a darles de cenar. Así me tocó en una casa, tenía que esperarlos hasta que llegaran y darles de cenar, me acostaba a media noche y todavía me hablaban para que les diera cualquier cosa que necesitaban. Te tienes que ir a dormir hasta que ellos te digan “ya vete a tu cuarto” y al otro día otra vez temprano. Salía con mis amigas cada quince días, cuando nos tocaba salida nos reuníamos en Tacuba y de allí íbamos a convivir en el parque o al cine y ya después en la tarde cada quien regresaba por su lado (Gutiérrez y Rosas, 2010:32-33).<sup>66</sup>

En la modalidad de entrada por salida, el número de días y de horas a la semana que las empleadas domésticas permanecen en la casa donde laboran puede llegar a ser, considerable y constreñir, igualmente, los desplazamientos y libertad de movimiento de las mujeres. De esta manera y en ambas modalidades de empleo las prácticas y desplazamientos domésticos estarán determinados por las características físicas de la casa, por el número de integrantes de la familia y por el tipo de actividades que se realizan.

### ***3.5 Un día cualquiera: el quehacer de una casa***

Para cada integrante de la familia, la casa adquiere distintos sentidos y significados espaciales, subjetivos; para las empleadas domésticas supone ante todo el espacio que cotidianamente habrán de mantener y transformar y en el que ellas juegan un papel muy particular: para ellas el espacio de la casa representa el lugar donde todos los días, cada mañana e inevitablemente comienza una invariable rutina de actividades que, en buena medida, se encuentra determinada,

---

<sup>66</sup> Testimonio de una empleada doméstica entrevistada por las directoras de una asociación civil para dar a conocer cuál es la situación que viven las empleadas domésticas indígenas en la ciudad.

por las dimensiones de la casa, los objetos, los ornamentos y la complejidad de las actividades.

Camelia, quien ha trabajado por más de 12 años como empleada doméstica de planta de una lujosa residencia en la colonia Jardines del Pedregal, explica que sus patrones le tienen estrictamente prohibido salir, por lo que cualquier necesidad o interés personal tendrá que satisfacerse en los días de descanso, pues tanto ella como la cocinera no tienen más que dedicarse a sus respectivas actividades; otro personal tiene encomendada la realización de otras tareas que implican salir de la casa: pagar servicios, trasladar al señor y la señora, comprar la despensa, etcétera. En esa residencia, Camelia se dedica exclusivamente a hacer la limpieza de todos los espacios de la casa incluyendo las recámaras y los baños por lo que, para ella, las dimensiones y características de cada habitación tiene gran relevancia. Su relato puede precisar y enfatiza esa información: la casa en la que Camelia trabaja tiene un jardín de 1000 metros y una construcción de más de 500 metros cuadrados, solo la planta baja está conformada por un comedor, una cantina, varios baños, la cocina, un “family”, un cuarto de tele con chimenea y un estudio; todo se encuentra “plagado de adornos”: “la señora tiene lleno de cosas: libros, retratos, adornos, la plata [...], tiene además demasiadas orquídeas y cunas de moisés, por lo que hay que limpiar mucho más cosas porque la casa es muy grande”.

El relato de Camelia se esmera en describir cuidadosamente el espacio de la casa, pues es éste, en su materialidad, el que condiciona y delinea diariamente su extenuante rutina; realizar la limpieza de una casa de esas dimensiones precisa de tiempos y desplazamientos perfectamente bien establecidos y delimitados: los lunes se cambian las sábanas...

No obstante es a través de la transformación de un espacio mediante la limpieza, adorno, movimiento y arreglo de objetos y ornamentos que las mujeres visibilizan su trabajo y se sienten reconocidas.



Hélida tiene una clara idea sobre lo que significa el trabajo doméstico en términos espaciales, en los distintos departamentos en los que ha trabajado: “tú llegas por ejemplo ahorita donde estoy empezando a trabajar, y encuentro todo de cabeza [...], pero empiezo que quito esto de aquí, que le limpio, que le jalo y eso; entonces llegan y me dicen ¡que qué hice, que se ve diferente! [...] Que se vea mi trabajo y sí lo notan, sí se nota el trabajo, pero no sé por qué la gente se empeña en no reconocer el trabajo”.

#### **4. Actos subjetivantes, subjetividades puestas en acto: imaginarios, narrativas y percepciones**

El intento por aprehender y explicar los mecanismos a través de los cuales se produce la subjetividad ha mostrado la necesidad de develar las singulares trayectorias de vida de las cuatro mujeres dedicadas al empleo doméstico que he entrevistado; trayectorias, todas ellas, que se encuentran signadas por la repetición constante de prácticas de poder que son constitutivas del proceso de subjetivación de las mujeres. Se trata de una serie de prácticas específicas que en razón del género, la clase social y la etnia han delineado el actuar cotidiano de estas mujeres y que a través de una sistemática repetición, reiteración, incorporación y ejecución naturalizada tienen un profundo efecto en la manera en que ellas se conciben e imaginan a sí mismas.

Dar cuenta de las prácticas domésticas que han constituido identitariamente a las empleadas del hogar como sujetos de subordinación tiene un significado fundamental en la medida en que devela los mecanismos de poder, las fuerzas que hacen que las mujeres se piensen, imaginen y actúen de cierta manera y describe y explica una subjetividad específica, una configuración subjetiva signada por la subordinación que, pese a estar delineada por singulares trayectorias de vida, comparte una serie de características generales. En otros términos, significa dar cuenta de la complejísima dinámica de poder que, siempre puesta en acto a través de las relaciones sociales propias de la domesticidad, tiene efectos en la constitución subjetiva.

Ello no solo constata el mecanismo productivo del poder en la creación de sujetos (Foucault, 1982), sino que demuestra la heterogeneidad de mecanismos que convergen de manera eficaz y simultánea en la configuración subjetiva y a través de los cuales se verifica en el sujeto un proceso de identificación, en el cual se asume una identidad, un supuesto sobre sí mismo/a (Foucault, 1989)<sup>67</sup> que se

---

<sup>67</sup> Una de las nociones de sujeto en Foucault define que sujeto es aquel que se encuentra vinculado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí. En la producción de dicha subjetividad subyace una forma de poder que opera en la vida cotidiana inmediata “que clasifica a los individuos en categorías, los designa por su individualidad propia, los liga a su identidad, les

pone en marcha una y otra vez en la trama de las interacciones sociales y que termina produciendo una expresión corporal específica y una narrativa sobre sí misma/o, sobre lo que define la propia identidad, y que leída por el sujeto que la relata siempre se visualiza congruente, permanente, invariable, estática (Serret, 2001).

Las narrativas y concepciones que sobre sí mismas han forjado las empleadas domésticas tienen un correlato en la vida práctica, en la experiencia real; se ponen en acto en la trama cotidiana de la domesticidad, juegan incesantemente en cada interacción social, en cada expresión del cuerpo –tonos de voz, lenguaje, arreglo personal, posturas, gestos– pero, desde luego, también se manifiestan en aquella narrativa que devela anhelos, proyectos, frustraciones, resentimientos, reclamos y que no hace más que mostrar y reiterar los órdenes sociales que han constituido subjetivamente a estas mujeres, que desvelan los procesos de subjetivación anclados al género, la clase y la etnia en un juego incesante de poder.

Solo una lectura minuciosa de las prácticas que, en su repetición cotidiana, han definido las trayectorias de vida de las mujeres, nos lleva a explicar y comprender la eficacia de los mecanismos de poder a través de los cuales emerge la subjetividad; un proceso en el cual el sujeto “no está ni antes ni después del proceso, sino que sólo emerge dentro de las relaciones de género mismas” (Butler, 2002: 25).

---

impone una ley de verdad que se ven obligados a reconocer y que los otros tienen que reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos (Foucault, 1989: 17). Según el pensador francés, su objetivo, durante muchos años, “ha sido crear una historia de los diferentes modos en que los seres humanos en nuestra cultura se convierten en sujetos” (Foucault, 1982:208), una historia de los diferentes *modos de subjetivación*, de las maneras en que un ser humano, él o ella, deviene sujeto. Bajo esta lógica, Foucault es conducido a realizar una historia de las prácticas en las que el sujeto aparece no como instancia de fundación, sino como efecto de una constitución; se trata de una forma de entender a los sujetos como consecuencia de *dispositivos de poder*, de relaciones, prácticas y tecnologías sociales, y, los *modos de subjetivación* son, justamente, las prácticas de constitución del sujeto (Castro, 2004: 333).

Una de las características centrales en la concepción foucaultiana del poder es que éste es productivo, actúa a nivel del deseo, haciendo incluso que aquellas prácticas de sujeción, subordinación y regulación sean vividas por el sujeto que las realiza de una manera disfrutable y placentera (Skeggs, 1997). A lo largo de este trabajo, hemos constatado que las mujeres dicen estar satisfechas y felices con las actividades que realizan y con el papel que ellas juegan en su vida familiar y laboral: amas de casa, esposas, madres, trabajadoras domésticas.

Actos, expresiones corporales, narrativas, prácticas y relaciones sociales dan cuenta del engranaje subjetivo subordinado más complejo, aquel que solo se puede entender como efecto del poder en la medida en que siempre manifiesta, en los actos de los sujetos, resistencia y oposición, creatividad e inventiva, posicionamientos y estrategias.

Hablaré, pues, de aquellas subjetividades que se configuran de la manera más paradójica a la modernidad en el seno de una esfera social que se encuentra signada por la tradición, la naturaleza y la permanencia y que, sin embargo, juega un papel primordial en la producción y reproducción de identidades de género, de clase, de etnia que a su vez resultan figuras fundamentales para el funcionamiento de las distintas esferas sociales modernas.

En este trabajo, el concepto de subjetividad abreva de orientaciones teóricas particulares,<sup>68</sup> y el recorrido por las experiencias, trayectorias de vida y prácticas subjetivantes de las empleadas domésticas, de las que he dado cuenta a lo largo de los distintos apartados, obedece al posicionamiento teórico adoptado y lleva a explicar la configuración subjetiva como un proceso de construcción social y cultural en el que el espacio doméstico y su peculiar lógica de interacción tienen un papel fundamental. De tal modo que una vez que hemos realizado un recorrido por las experiencias concretas que constituyen la vida diaria de las empleadas domésticas, trataré de mostrar que todas y cada una de esas prácticas constituyen actos subjetivantes, juegos y ejercicios de poder que configuran y producen subjetividad.

Constataremos, entonces, que existe una identidad particular que se ha forjado como producto de una singular trayectoria de vida vinculada al espacio y prácticas propias de la domesticidad.

---

<sup>68</sup> El enfoque fundamental empleado en esta reflexión pretende mostrar o rastrear los mecanismos de poder y dominación que intervienen en la construcción de las subjetividades. En el análisis particular sobre la configuración subjetiva de las empleadas domésticas, intento dar cuenta de los mecanismos específicos –prácticas y discursos– por los cuales el sujeto se forma en la sumisión. Y aunque se emplea fundamentalmente una perspectiva foucaultiana, un enfoque de esta naturaleza, como señala Judith Butler tiene una secuencia que va desde el planteamiento ahistórico hegeliano, pasando por Nietzsche, Freud hasta el análisis histórico concreto del que da cuenta Foucault para explicar la constitución de las subjetividades (Butler, 2001).

El desarrollo de este capítulo consiste, pues, en dar cuenta de la compleja imbricación que existe entre la lógica del espacio doméstico en su sentido y significado más amplio –es decir, en la vertiente simbólica, discursiva, imaginaria, relacional y material– y la configuración de la subjetividad. De tal manera que intentaré ofrecer una resignificación del escenario de prácticas de poder que ha enmarcado la vida de las mujeres para evidenciar el efecto que éstas han tenido en la conformación identitaria.

Considerando que las prácticas subjetivantes que analizo operan de manera articulada en razón del género, la clase social y la etnia, en la primera parte de este capítulo sugiero que existe una subjetividad que es producto del orden familiar en el que crecieron y socializaron las empleadas domésticas; un orden signado por las jerarquías entre los géneros, de dominio y subordinación entre sujetos que no se reconocen como iguales en el orden familiar y que, sin duda alguna, condicionará las pensamientos, el cuerpo, las emociones, proyectos y anhelos de las empleadas domésticas.

El desempeño de un trabajo cuyas actividades –hacer la limpieza de la casa, comprar y preparar los alimentos, criar y cuidar a las y los infantes, lavar la ropa y los trastes, acarrear el agua y la leña, hacer las tortillas, sacudir, planchar, etcétera– históricamente han sido invisibilizadas e inferiorizadas en el ámbito de la domesticidad y en el imaginario social dominante, tiene efectos subjetivantes bastante visibles. Las concepciones que las empleadas domésticas han construido sobre esta ocupación y la singularidad de las relaciones sociales que establecen con quienes las contratan a partir de las ideas que tienen sobre sí mismas y sobre el trabajo que desempeñan será otra de las vías a través de las cuales es posible dar cuenta de las manifestaciones subjetivas que, a la luz de los referentes de género, clase social y etnia, dan vida a la figura de la empleada doméstica; una figura que existe bajo una concepción muy específica tanto en el imaginario social como en el subjetivo y que en el terreno identitario propio ha construido sobre su

ocupación, aspecto y posición social una idea bastante singular de su papel en la trama familiar y en el entramado social más amplio.<sup>69</sup>

Finalmente, una tercera vertiente del análisis de este apartado intentará dar cuenta del condicionamiento subjetivo que suponen las experiencias y prácticas espaciales que han definido la vida de las empleadas domésticas. Explicar cuáles son los efectos de la peculiar manera en que ellas han habitado y hecho uso de los distintos espacios —el doméstico, el urbano— y particularmente de cómo las singulares condiciones del cuarto de servicio tienen un significado subjetivo fundamental.

A partir de ello veremos que los anclajes de género, de clase social y etnia que juegan en el proceso de construcción identitaria son variables que se intersectan y operan de manera simultánea, trabajan bajo una dinámica de definición y constitución mutua en la construcción de las subjetividades y crean, fundamentalmente, un escenario heterogéneo de múltiples juegos de poder paralelos, de mecanismos de subordinación simultáneos.

En el contexto mexicano, las empleadas domésticas se definen por características singulares. Los distintos referentes identitarios, clave en la explicación de los procesos de subjetivación, actúan de manera simultánea, eficaz y articulada. Es preciso dar cuenta de estos complejos mecanismos de poder y subordinación.<sup>70</sup>

---

<sup>69</sup> De acuerdo con el imaginario social dominante develado por las narrativas de las trabajadoras domésticas, la figura de la empleada doméstica en el contexto mexicano se asocia con una mujer ignorante, ratera, pobre, morena, que propicia desconfianza, que es torpe, que nunca sabe cómo hacer las cosas correctamente, que es necesario tutelarla, vigilarla.

<sup>70</sup> La diversidad de estudios que en los últimos años han proliferado sobre el servicio doméstico en América Latina demuestran que los referentes de género, la clase y las jerarquías etno-raciales juegan un papel fundamental en las múltiples expresiones de subordinación que viven las empleadas domésticas, pues estos componentes se combinan y refuerzan mutuamente para marginar y subordinar a quienes son generalmente mujeres pobres, negras o indígenas, sin estudios y migrantes. Así pues, el servicio doméstico es un trabajo que se encuentra signado fundamentalmente por el género y articulado con significados de clase y de raza; se trata de un trabajo que es visto como una actividad que no requiere de calificaciones y aptitudes formales, por lo que imaginariamente está abierto a las mujeres pobres, sin estudios, sin mayores opciones laborales. Es también la forma en que las mujeres migrantes, pobres, indígenas se introducen al mercado laboral urbano (Wade, 2013: 190).

La estructura del capítulo que divide los distintos procesos de subjetivación obedece claramente a meros fines analíticos; sabemos que en la práctica y experiencia real, los procesos y mecanismos que intervienen en la configuración de la subjetividad actúan bajo una lógica interseccional simultánea y en el seno de las complejas y dinámicas relaciones de poder.

Por último, veremos que en la puesta en acto de cada subjetividad particular, en la propia narrativa y lectura que hacen las empleadas domésticas de sí mismas y de su trayectoria de vida, confluye una serie de contradicciones que evidencian, por un lado, actos, prácticas, actitudes, cuerpos, percepciones y pensamientos cuya naturaleza devela una subjetividad claramente subordinada y, por otro lado, la persistencia de un discurso que reivindica, a través de actos y convicciones, la igualdad, el respeto, la libertad, la autonomía y la justicia; que percibe y asume como injusto e intolerable el orden social subordinante que ha delineado la trayectoria de sus vidas y que, finalmente, ha terminado por configurar una forma de pensamiento e idea sobre sí. Una tensión entre ambas concepciones subjetivas se manifiesta obstinadamente a lo largo de todas las narrativas mostrando el carácter paradójico, dinámico y mutable de cada subjetividad.

#### ***4.1 Proyectos y añoranzas, continuidad y ruptura: las resonancias de la vida familiar***

El espacio familiar constituye un ámbito fundamental en la configuración subjetiva de las empleadas domésticas; es allí donde ellas aprenden a interactuar y convivir de determinada manera, donde día a día se tienen asignada, inevitablemente, una serie de conductas y actividades en razón de género y, donde se delinea, fundamentalmente, una clara concepción de qué es lo que define a las mujeres y a los hombres y la manera cómo se establecen las relaciones entre ambos géneros. Los sueños, anhelos, prácticas, reclamos, ideales, pensamientos que, en este sentido, expresan las empleadas domésticas constituyen las revelaciones de una

subjetividad específica, de un modo de ser y pensar que se halla anclado a la especificidad de las relaciones de poder y dominación propias del ámbito doméstico familiar.

Ello no significa, sin embargo, la inexistencia de críticas, contestaciones y resistencias a dichos órdenes dominantes. Las manifestaciones de una subjetividad signada por la sumisión conviven con las expresiones de autonomía e individualidad y con ello constatan la naturaleza compleja y contradictoria de la subjetividad.

Carmen, por ejemplo, lleva 30 años de matrimonio; a lo largo de su relato se devela el significado y la importancia que tiene para ella la vida doméstica y el mantenimiento del orden de su hogar, el papel que ella ha desempeñado y asumido en la jerarquía familiar y el cuidado que ella siente que debe procurar a su familia. Pese a tener la certeza de las condiciones que han determinado en muchos sentidos su vida, Carmen no cuestiona en ningún momento el rol que ella ha desempeñado a lo largo de todos estos años como mujer doméstica; contrariamente, dice estar totalmente satisfecha con lo que ella ha logrado hacer con su vida en términos de realización familiar: “Hoy mi vida, pues para mí... ¿cómo le diré?, pues es bonita. [...] Y hoy en día, pues yo la verdad me siento bien, me siento a gusto, me siento afortunada porque tengo todo lo que no tuve y todo lo que yo quería tener lo tengo: que es mi familia, mis hijos, mi hogar, mi esposo. Tengo todo, tengo una casa, tengo donde vivir. No, no me arrepiento”.

Narcisa, que creció en una familia muy numerosa donde las imposiciones y concepciones de su padre siempre rigieron la vida familiar, pero sobre todo la de las mujeres de la casa, sabe perfectamente cómo se deben conducir las mujeres y los varones en el entramado doméstico:

La mujer tenía que cumplir con los hijos y con el hombre, de hacerle de comer y arreglarle la ropa y todo... Y el hombre trabajar para mantenerla a ella y vestirla, pues sí, tenía que ser así, si no ¿cómo iba ser esa mujer? Cuando no era así, ¡qué vida era esa! Luego había unas suegras, bueno ya en mi casa nunca, pero mi papá eso era lo que nos enseñaba: “y si se casan, ustedes tengan en la mente que se van a servir no a que las sirvan, como hay algunas que sabemos que luego están atenuadas a las suegras”. [...] Pero en nosotros no hubo de eso.



Paradójicamente, si una decisión terminante tomó Narcisa en su vida fue la de no involucrarse nunca en una relación sentimental con un hombre, pues todas sus hermanas se habían casado y conocía de cerca las historias de dominio, maltrato y violencia que ella no quería en su vida:

Porque mis hermanas a todas les dieron catorrazos sus esposos, por una cosa o por la otra. Todas se llevaban sus catorrazos. Yo de mi parte, yo decía no, eso yo no lo soporto. Yo tuve un novio que le dije: yo te aguantaré pobreza, pero eso sí, golpes no, malas palabras no. Yo en mi casa siempre hemos sido gente sin recursos ¿verdad? gente pobre, gente campesina que pues vivíamos del cultivo, y eso nomás cada año podían echar mano del cultivo. [...] Yo en mi casa, yo no sufrí de nada, de sencillez sí, andábamos seguramente mal vestidas, con ropa sencilla, pero nunca, nunca nos faltó... Y así, así estábamos contentas.

Actualmente, después de más de 16 años de haber abandonado la casa familiar, Camelia tiene ideas bastante claras sobre lo que significa y cuál es el papel de las mujeres en el matrimonio, las relaciones de pareja, la convivencia con los hombres, las responsabilidades familiares y el trayecto que desea seguir en su vida personal, familiar y laboral. En un tono persistente de inconformidad y enfado, expresando siempre una serie de cuestionamientos hacia las experiencias que definieron su infancia y su papel en el entorno familiar, Camelia afirma que tiene varios proyectos que delinean la manera en que ella desea conducir su vida a futuro.

Un proyecto fundamental en la vida de Camelia es casarse y “formar una familia”; lograr una vida en pareja bajo un esquema muy claro que, para ella consiste en una buena convivencia y tener hijos, constituye, según su relato, un estado de felicidad que desea alcanzar. La experiencia real, sin embargo, no ha favorecido en lo absoluto la consecución de ese anhelo, pues muy lejos de lo que Camelia aspira encontrar en una pareja, se ha visto inmersa en relaciones amorosas definidas por el maltrato, el engaño y los abusos. Las dolorosas experiencias de desengaño y violencia la han llevado a cuestionar la actitud de burla y dominio de los hombres hacia las mujeres y, sobre todo, la han hecho desconfiar profundamente de éstos. De tal suerte que en los últimos años Camelia ha reflexionado detenidamente sobre la conveniencia de establecer o no una relación de pareja con un hombre y formar una familia, pues “aunque tenemos

mujeres que confiamos tanto, anhelas tener una pareja, obviamente buscas la felicidad, pero no es así”, ella sabe, a partir de sus experiencias amorosas con los varones, pero sobre todo por su pasado familiar, que no desea verse inmersa en los invariables esquemas de dominación, se niega a formar parte de una relación de pareja que le produzca sufrimiento y malestar y está convencida de que “todos los hombres son igual de mentirosos y encontrar el bueno está medio difícil”. Desde tal perspectiva, la joven mujer está dispuesta a renunciar a cualquier proyecto en pareja que no le permita disfrutar de las condiciones más favorables de convivencia y reciprocidad. Todo lo cual se puede interpretar como un claro rechazo hacia las relaciones de dominio y subordinación que tanto sufrimiento le han causado y que ella, ciertamente, conoce de sobra.

Y es que el orden familiar en el que creció, socializó y aprendió a interactuar la joven estaba caracterizado, como se constata a lo largo de su relato, por lógicas de interacción ancladas en el ejercicio de poder y la subordinación de los hombres sobre las mujeres, aunadas a las adversas condiciones de pobreza que complicaron la realización de los planes y proyectos de vida de Camelia y que no le han dejado más que aciagos recuerdos y una notoria inconformidad por la vida que llevó al lado de sus padres.

Bajo una concepción muy clara sobre lo que para ella significa la vida matrimonial y de pareja –la buena convivencia, la compañía, los acuerdos consensuados, el dormir juntos, la convivencia sin pleitos–, Camelia juzga deliberadamente la manera en que sus padres interactuaban, la forma en que criaron y educaron a sus hijos e hijas, los abusos y las desigualdades que propiciaron entre hermanos y hermanas y las constantes intromisiones en los decisiones y proyectos de vida personales de cada hija.

[La de mis padres] no era una relación tan buena porque como ellos tomaban, y también mi abuelita vivía con nosotros. Entonces chocaban mucho cuando tomaban, y se empezaban a pelear, y así. Era un ambiente muy pesado. Entonces, sí hubo un momento en que renegué de mis padres, diciendo ¿por qué me tocó unos padres tan borrachos? Pero, eso ya es de nacimiento porque también mis abuelos tomaban. Y nunca les importó darles una mejor vida a sus hijos, educarlos, cuidarlos. Está bien que no tenían bien para darles de comer,

pero por lo menos preocuparse por sus hijos, pero no. Ellos tomaban, los dos, y empezaban a pelear, y era todo el día, todos los días. Y así aprendimos a vivir.

Al término de uno o dos años más de trabajo que garanticen el aumento del ahorro económico que tiene hasta el momento, Camelia también planea regresar a su comunidad de origen y establecer un negocio propio de comida que, ante todo, le procure certeza e independencia económica, pues se esfuerza en subrayar que no quiere depender económicamente de nadie, “ni siquiera de mis hermanos”. La obstinación de Camelia por forjar libertad y seguridad económica la ha llevado a destinar durante varios años de trabajo como empleada doméstica cierta cantidad de dinero con la que ordenó construir varios locales comerciales en su pueblo de origen, en los que, de acuerdo con sus planes, establecerá sus propios negocios. Para ella, estos son los planes que le parecen más claros y viables en el futuro más próximo, pues los otros proyectos que han sido tan importantes en su vida tienen, más bien, el carácter de sueños, anhelos que en otro momento fue imposible realizar dadas las adversas condiciones materiales que definieron su vida.

Y es que para Camelia la idea de estudiar la prepa nunca dejó de ser un proyecto importante y útil para ella, sin embargo está perfectamente consciente de que para cumplir ese proyecto debió haber crecido en otras condiciones materiales; condiciones que, como ella misma sostiene, debieron haberse fraguado en el ámbito del hogar familiar si sus padres la hubieran apoyado económicamente y si no hubieran privilegiado solo la educación y preparación de los hijos varones; todo ello, según su percepción, la habría conducido a “seguir adelante y ser alguien más”. De acuerdo con Beverley Skeggs, en la configuración subjetiva de las mujeres no solo inciden los legados históricos, sino también el rango de oportunidades reales disponibles para ellas. Sus propios antecedentes, la posesión o no de diversas formas de capital, determinan el acceso o los impedimentos para seguir ciertas trayectorias de vida. Las mujeres de cierta clase social saben perfectamente de sus limitaciones y de las diversas formas de capital con las que cuentan para forjar ciertas condiciones en su vida (Skeggs:

1997:57) y ello constituye para ellas un referente fundamental a partir del cual construyen subjetividad.

Camelia manifiesta inconformidad por las conductas irresponsables y reprobables de sus padres hacia los hijos e hijas que procrearon, las cuales constituyen, según ella, el origen de su desafortunada situación personal y de una trayectoria de vida permeada por dificultades y proyectos frustrados. No obstante, al tiempo que atribuye buena parte de la responsabilidad a sus padres, Camelia también se adjudica una considerable carga por las frustraciones y proyectos fallidos, pues la joven mujer considera que “no fue capaz de luchar por lo que deseaba” e impedir que su familia incidiera tanto en su vida personal. Así, lo que para Camelia representa una vida llena de carencias, desilusiones y añoranzas y que no es sino el resultado de una constante y sistemática dinámica de poder fundada en el orden de género imperante en el seno de su familia y de las condiciones de pobreza que condicionaron la vida y trayectoria familiar, la mujer lo asume como una incapacidad personal, individual, en la que finalmente ella tiene culpa y responsabilidad.

Si analizamos el relato y la versión que Camelia construye de sí misma en términos de proyectos, orígenes y determinaciones, ciertamente vemos que en la búsqueda de independencia y solidez económica Camelia materializa la transformación y rechazo de las condiciones materiales que modelaron los esquemas de supervivencia e interacción en su vida familiar.

El significado del marcado énfasis que la joven hace en mantener su independencia económica para no depender “ni siquiera de mis papás, ni siquiera de mis hermanos”, se puede leer como la imperiosa necesidad y deseo de la muchacha por transformar unas condiciones y un orden familiar que, según su perspectiva, la mantuvieron en una posición de subordinación y que le impidieron realizar lo que ella realmente deseaba; disponer de su propio dinero y de los medios para satisfacer sus necesidades y conducirse con total libertad y autonomía.

Pero en sus afirmaciones también se puede ver el marcado rechazo de las condiciones de pobreza que definieron su vida familiar, el deseo por trascender cierta clase social y aquellas condiciones y carencias que le impidieron continuar con sus estudios, “seguir adelante y ser alguien más”.

Una de las manifestaciones subjetivas donde podemos ver la centralidad que ocupa la clase social en la conformación identitaria de las mujeres y, en este caso de las empleadas domésticas, tal como señala Skeggs, es el enfático deseo por mejorar sus condiciones de vida actuales o las familiares, ello significa mejorar su apariencia, sus cuerpos, sus casas, sus amistades, su educación o la de sus hijos e hijas, su futuro. En términos subjetivos ello indica que estas mujeres tienen claramente definido lo que ellas no quieren ser y cómo quieren ser vistas (Skeggs, 1997: 82).

A Camelia le aqueja profundamente no tener una mayor preparación, no poder desempeñarse en otro trabajo diferente al doméstico y que por ello sea vista como una mujer pobre, incompetente “tonta, burra” e inferior. Y aunque señala que al paso del tiempo se aprende a “vivir así”, lo cierto es que no deja de estar inconforme y molesta con el esquema de prácticas y acciones que determinaron su trayectoria de vida y que, según su mirada, la han conducido a la posición social que hoy ocupa, que le desagrada, la frustra y que no desea prolongar más en su vida.

Hélida hace una lectura muy peculiar sobre las experiencias familiares que han definido, en muchos sentidos, la manera en que se concibe a sí misma. A sus 54 años de edad presume con notorio orgullo y alegría ser bisabuela, y haber sido abuela por primera vez con apenas 32 años. Hélida concibió a su primer hijo a los 14 años y señala que cuando lo supo, la noticia no le causó el menor desconcierto, pues a esa edad “para empezar yo no tenía ni idea de lo que era un hijo, ni que qué iba a hacer con un hijo, yo sentía que así como cuidé a mis hermanos y así como mi mamá me daba para mis hermanos, me iba a tener que dar para mi hijo”. En ese momento de su vida Hélida no sólo no entendía las razones del disgusto que propició a su madre con la noticia de su embarazo, sino

que al parecer ella creía que tener hijos era la práctica más común, natural y normal en cualquier mujer de cualquier edad.

Durante los primeros meses de gestación, Hélida y su compañero resuelven mudarse de la casa de la madre de la joven y emprender de manera independiente su vida familiar. Y “como estás acostumbrada a no tener nada”, el hecho de comenzar a vivir con su pareja en una casa de campaña en los terrenos de una colonia que, en aquel entonces, apenas se fundaba, no representó para la joven mayor dificultad. Contrariamente, señala Hélida, al lado de su compañero y lejos de su madre y hermano mayor, llevó “una vida color de rosa”, pues para ella, establecer una vida en pareja significó continuar con una serie de responsabilidades, roles y preocupaciones domésticas que desde hace varios años le habían impuesto y ella había asumido como parte de las diferenciaciones y jerarquías de género en el orden familiar de su infancia. Cuidar y criar a sus hermanos así como mantener todo el orden de la casa, representaba para Hélida la práctica más común y natural en una joven como ella.

Al partir de su casa, Hélida también llevó con ella a sus dos hermanos menores porque desde entonces sabía que eran responsabilidad de ella, que tendría que cuidarlos y “protegerlos” como siempre lo había hecho. Así, de acuerdo con un relato que a todas luces se esmera en describir el gratificante recuerdo de una vida a lado de su esposo e hijos/as y hermanos; una vida en la que encaró con sumo agrado las responsabilidades domésticas de su nueva familia, Hélida se muestra plenamente satisfecha con la trayectoria de mujer doméstica que prosiguió en su nueva casa; hasta ese momento la joven no conocía otra forma de interactuar en la esfera familiar, sabía y actuaba de sobra los roles que pensaba que eran lo que les correspondía asumir y se pensaba e imagina a sí misma desde esas experiencias cruciales en su vida y en su configuración subjetiva.

La prontitud con la que Hélida y su compañero formaron una extensa familia la llevó a tener que cuidar y criar a cinco hijos/as en tan solo unos años, además de sus dos hermanos. En su hogar ella se encargaba de todas las tareas

domésticas y del cuidado y la crianza de los niños; su compañero, por el contrario, salía diariamente a trabajar y asumía con toda certeza el papel de jefe de familia al solventar todos los gastos de la casa y de sus numerosos integrantes. Un salario como trabajador de la construcción le permitía al compañero de Hélida constituirse como figura proveedora y dominante en la conducción familiar. Bajo esta lógica de convivencia e interacción, Hélida recibía un gasto semanal, el cual, según ella, resolvía sobradamente las necesidades de la familia. Sin dar lugar al cuestionamiento de los roles y papeles adoptados por cada integrante de la casa, Hélida siempre disfrutó de la seguridad económica que le procuraba su compañero a ella y a sus hijos; refiere, con notorio orgullo, que “nunca tuvo que trabajar” y siempre pudo dedicarse plenamente al cuidado de la casa y a la crianza de los niños, asumió de buena gana el rol que desde niña había adoptado en el orden familiar de su infancia y subraya lo “feliz” que fue con este modo de vida.

Ama de casa, esposa y madre de tiempo completo constituyeron los roles que definieron la feliz vida de Hélida durante más de 20 años, el tiempo que mantuvo la relación con su pareja y al término de la cual ella refiere que llega el fin de la “vida color de rosa” que hasta entonces había llevado.

Contrastando la “feliz vida matrimonial” que forjó al lado de su pareja con las desafortunadas experiencias de su infancia, Hélida, sin embargo, no deja de reconocer las conductas convencionalmente “machistas” del padre de sus hijos quien, según su relato, siempre exigió el cumplimiento de las mujeres con el trabajo del hogar y el cuidado de la familia y destacó el papel de los hombres como proveedores y cabezas de familia. Así, aprovecha el momento de la reflexión que hace sobre las conductas de su esposo, y entonces también juzga como injustas y abusivas las excesivas e inexorables cargas domésticas que desde muy pequeña le adjudicaron y las golpizas que le propinaba su hermano mayor; no obstante enfatiza que ella trató de evitar los mismos esquemas de convivencia dentro del ámbito familiar. Como resultado de ello, señala, con manifiesta presunción, todos sus hijos varones saben cocinar, planchar, lavar ropa y cuidar de sus hijos e hijas.

El relato en torno a las injusticias y las desigualdades entre las personas vuelve a cobrar relevancia y Héliida fundamenta nuevamente su relato con una serie de comparaciones y ejemplos de sus experiencias de vida; refiere, entonces, que está convencida de que “en la actualidad las mujeres deben tener mayores oportunidades” y con esta afirmación vuelve a hablar sobre lo injusto que para ella significó que su madre no le haya permitido seguir estudiando por su condición de mujer. Para Héliida, “las mujeres [a diferencia de los varones] deben tener más oportunidades, pues ya con una profesión [ellas] pueden decidir sus horarios y pueden estar más tiempo con sus hijos”.

No obstante, en relación a la distribución del tiempo y las actividades que realizan las mujeres, Héliida piensa que existen diferencias sustanciales que vienen dadas por la posición social de cada mujer. De tal manera que la rutina de trabajo y el cansancio de las mujeres de su misma posición social es totalmente distinto al de las mujeres con otras condiciones materiales. En el caso de las mujeres pobres, al peculiar cansancio físico producido por el excesivo trabajo que requiere mantener en orden una casa, se suma un cansancio mental y una preocupación constante por estar pensando “cómo hacer para que te rinda el gasto y poder apoyar a los hijos”, situación que resulta mucho más estresante para las mujeres pobres que para aquellas que tienen empleos bien pagados, son profesionistas o simplemente de otra clase social.

Bajo esta peculiar mirada, para Héliida no resulta sorprendente la “agresividad” con la que siempre los/las trató su madre, pues, según su perspectiva, “para una mamá sacar a siete hijos adelante es muy difícil. Y si no hay dinero, el vestir, el calzar, comer, llega un momento en que te desespera”. Así, los maltratos, la violencia y los regaños que definían la forma en que interactuaban con su madre, son totalmente comprensibles y están justificados por el contexto y la situación de pobreza en la que vivían. Señala, una vez más, que ella asumió “como parte de su vida lo que desde niña le dijeron que tenía que hacer” y aceptó e incorporó como responsabilidad propia el cuidado y la “protección” de sus hermanos menores. Pero, en el juego de una lógica de poder y



subordinación cotidiana, Héliida manifestó resistencias, desplegó estrategias de oposición al poder subordinante en el que vivía y refiere que cuando ya era más grande se percató de lo arbitrario e injusto que le parecían los golpes, los maltratos y la excesiva carga de tareas domésticas; apeló entonces, aunque no sin conflictos, a la repartición de las tareas, se opuso a la violencia y reclamó respeto en el seno de una familia donde las jerarquías y la asignación tradicional de roles y estereotipos entre los géneros era profundamente rígida e inalterable.

#### **4.2 Las mujeres de la domesticidad**

La naturaleza del nuevo orden moderno y racionalizado contribuye, efectivamente, a complejizar el carácter del imaginario femenino de la modernidad, así como a dotar de nuevos contenidos a las identidades de género en tanto que emergen nuevas formas del imaginario social femenino. Los cambios experimentados por la simbólica femenina en la modernidad afectan de diversos modos y en distintos grados a la identidad de las mujeres modernas (Serret, 2001),<sup>71</sup> no obstante la pervivencia de un principio de desigualdad natural que pervive y define las interacciones en el espacio doméstico y cuya lógica estamental delinea la especificidad de relaciones sociales que establecen las empleadas domésticas en su ámbito familiar, permite la construcción y reproducción de identidades signadas por la subordinación y la marginalidad. La esfera doméstica es el espacio en el que claramente se muestra que las identidades de las mujeres en la modernidad permanecen referidas a la *simbólica tradicional de género* y, es a partir de una concepción subjetiva anclada en la marginalidad y la exclusión que las mujeres establecen relaciones de poder y subordinación con los varones y los demás miembros de la familia.

---

<sup>71</sup> El género es justamente el referente simbólico que organiza el núcleo de las identidades y a partir del cual se integran los demás referentes en una narrativa ilusoriamente coherente. La feminidad y la masculinidad simbólicas tienen efectos muy diferentes en la organización de identidades imaginarias, tanto sociales como personales. Aquellas identidades que encarnan la feminidad (es decir, las mujeres y los varones que forman parte de colectivos excluidos) interpretan papeles identitarios marcados por la marginalidad (Serret, 2001:146).

Bajo una diversidad de trayectorias de vida en la que las experiencias de cada empleada doméstica resultan singulares y la manera en que cada una de estas mujeres se posiciona ante los órdenes subordinantes es, igualmente, peculiar, ciertamente podemos encontrar un perfil subjetivo específico que da cuenta de los efectos que tienen las prácticas de poder propias de la domesticidad moderna y el orden jerárquico familiar en la configuración subjetiva de estas mujeres.

En términos más precisos, se puede hablar de la construcción de una figura femenina que, tanto en el terreno del imaginario social como en el subjetivo, está asociada al ámbito de la domesticidad y en los confines de este espacio, no solo asume su posición de subordinación ante las figuras masculinas –hermanos, esposo, padre–, sino que sus prácticas, actitudes, percepciones, movimientos, preocupaciones giran en torno al mantenimiento del buen funcionamiento y reproducción del hogar familiar. Aun en aquellos casos en los que se contesta o se censura las formas tradicionales de interacción social entre las/os integrantes de la familia, la aspiración de estas mujeres por establecer una relación matrimonial o de pareja con un varón proveedor y formar una familia está presente como realización, proyecto, anhelo o frustración.

Se trata de una configuración subjetiva femenina que se piensa a sí misma como una mujer cuyas habilidades y funciones son velar por el bienestar de los y las otras integrantes de la familia y la percepción que han forjado frente a este escenario de asignación de roles y prácticas diferenciadas entre los géneros, raramente es cuestionada o alterado en sus prácticas concretas o en sus distintas trayectorias de vida. En términos de sueños y proyectos, anhelan, se imaginan o, bien, viven, bajo un esquema de convivencia matrimonial en el que puedan formar una familia bajo la concepción dominante y convencional que han forjado de ésta. La consecución exitosa de este ordenamiento familiar es concebido por estas mujeres como un estado de felicidad, un logro significativo en su vida que percibe y valora su desempeño y configuración subjetiva como compañeras sentimentales, esposas, amas de casa y madres.

Con su especificidad contextual y cultural, se puede afirmar que la figura de la “mujer doméstica”<sup>72</sup> pervive y resulta una construcción fundamental en el imaginario social y subjetivo en sociedades modernas como la mexicana.

En términos de la case social, se trata de una figura femenina cuya trayectoria de vida está permeada por la pobreza, y la miseria posee un significado central en su concepción de sí. La asunción de inferioridad de clase se expresa, pues, a través de una desidentificación con los rasgos que ellas perciben que definen a la clase baja; se muestra, entonces, un gran deseo por trascender las condiciones de pobreza habituales en su entorno más inmediato, con sus hijas e hijos, en la manera de vivir, en la forma de vestir y hablar. Simultáneamente actúan, ritualizan la inferioridad de clase frente a quienes identifican como personas acomodadas o clase alta.

---

<sup>72</sup> En el caso de las sociedades europeas, Nancy Armstrong demuestra que la *mujer doméstica* y el hogar modernos no son realidades universales, sino que, más bien, fueron creados y consolidados hacia fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX. Los discursos que confluyen en la realización de este proceso resultan decisivos en tanto que forjan el ideal doméstico con el que incluso los grupos socialmente hostiles estaban de acuerdo. La literatura, los manuales de conducta, los tratados pedagógicos, etc., contribuyen a la creación de un concepto y de una representación del hogar. A través de lo que Armstrong denomina la “ficción doméstica”, la clase media comienza a atacar la imagen de la *mujer deseable* propia de los dispendios del mundo aristócrata y, en su lugar, exalta una figura cuya *discreción*, *modestia* y *frugalidad* serán las nuevas cualidades que definan su posición en la casa (Armstrong, 1991: 94-95). Pero lo más importante es que en esta nueva representación de las mujeres, la ficción doméstica, logra homogenizarlas: “las cualidades de la domesticidad pueden ser cultivadas por cualquiera, sin importar a qué clase pertenezca” (Serret, 2002:41), lo que lleva a pensar que, a diferencia del sistema aristocrático, cualquiera puede acceder a la mujer que le plazca y fundamentalmente al espacio que se crea en torno a la invención de esta figura femenina. De tal manera que la mujer doméstica, figura central de la domesticidad, se constituye en el imaginario social de la modernidad como uno de los elementos indispensables para establecer la igualdad entre los varones, como individuos y como ciudadanos. Se establece, entonces, la idea de que no importan las dificultades, penas o adversidades que los varones puedan enfrentar en el mundo público, pues cada uno de ellos tiene el *consuelo* de poseer un refugio, un *remanso* en el que puede encontrar todo para su tranquilidad, satisfacción e intimidad, pero, además, un lugar en el que sabe que su autoridad es incuestionable (Serret, 2002:41). Se trata de la construcción de una figura femenina dominante en el contexto burgués moderno y que ha sido un referente fundamental en la configuración subjetiva de las mujeres.

### **4.3 Las prácticas y actuaciones del servicio doméstico: vestigios subjetivos de la tradición y el orden natural**

Las empleadas domésticas constituyen figuras fundamentales en el mantenimiento y reproducción de los diversos órdenes domésticos en los que, como se ha visto, se han desempeñado ya sea como amas de casa, hijas, esposas o como trabajadoras remuneradas: la esfera familiar de la infancia y la casa o el departamento donde más tarde trabajan.

La manera en que han sido concebidas histórica y culturalmente las tareas que estas mujeres realizan en la esfera doméstica, las ha situado en una posición de inferioridad con respecto a los otros/as integrantes de la familia; inferioridad que pervive en el imaginario social dominante, pero desde luego es constitutiva de la subjetividad de las empleadas domésticas. Ejercido fundamentalmente por las mujeres, el servicio doméstico, como categoría específica de la domesticidad, se ve fuertemente afectado por el imaginario de género que construyen los discursos y las categorías canónicas modernas; aunado a ello se establece una clara disociación entre la noción dominante de trabajo y las actividades realizadas en la casa familiar (Serret, 2008), lo cual termina por eliminar la relevancia y productividad a las tareas realizadas por las mujeres en la esfera doméstica. De tal suerte que las mujeres en la modernidad no sólo reciben un trato de *estamento inferior* por ser mujeres; las trabajadoras domésticas lo reciben por partida doble, pues la concepción dominante de lo que significa ser empleada del hogar influye decisivamente en las ideas que se forjan sobre las labores domésticas que ellas realizan: serviles, inferiores, irrelevantes, sucias e impropias para ser consideradas como productivas.

En el seno de la lógica jerárquica propia de la domesticidad, ser empleada doméstica no significa lo mismo que ser ama de casa o esposa, mucho menos es ser cabeza de familia, tampoco significa ser integrante de la misma o allegado a ella. La manifestación más clara de la permanencia y vitalidad de una lógica imaginariamente reproductora de los estamentos entre las personas y entre los

géneros en el espacio doméstico contemporáneo, puede percibirse en la construcción discursiva moderna que desde siempre ha ignorado e invisibilizado las actividades y el papel que han desempeñado las empleadas domésticas a través del tiempo y en distintos contextos. La manera como se construyen los mismos discursos hegemónicos que ignoran la existencia de las mujeres y el trabajo doméstico en la dinámica de las relaciones sociales, económicas y políticas forma parte de la misma trama estamental que pone en marcha y reedita la modernidad.

Este descuido es fácil de explicar. Tradicionalmente la historia social de las clases bajas era principalmente la historia del trabajo, la cual se enfocaba en la formación de la moderna clase trabajadora y su incursión en la actividad política a partir de una conciencia de clase. Los historiadores y demás estudiosos sólo estudiaban a los artesanos, los peones y demás precursores del proletariado. Los sirvientes/as simplemente no se adecuaban a este molde. Su trabajo era económicamente improductivo; sus actitudes decepcionantemente deferentes y nunca se alejaban de la esfera doméstica para tomar parte en la vida política. Además la mayoría de ellas eran mujeres, lo que desmotivaba aún más su estudio (Fairchilds, 1984:11).

Las actividades o labores domésticas simplemente no se consideran *trabajo* en el sentido hegemónico, tradicional y masculinista del término. La figura del *trabajador* no se puede entender en el ámbito doméstico, pues allí no opera la lógica de igualdad y libertad que supone el espacio público y laboral moderno y bajo la cual se relacionan los varones-individuos. El trabajo, como explica Pateman, sólo tiene lugar en el mundo público y capitalista de los hombres y su significado depende de la relación con la esfera doméstica. Un trabajador, varón y ciudadano es también un esposo y jefe de familia que trabaja para garantizar el sustento y la protección de su esposa e hijos/as. La constitución de la identidad masculina en el ámbito de la igualdad y la autonomía también supone que un varón *puede* ganar un salario a cambio de enajenar su fuerza de trabajo para mantenerse a sí mismo y a aquellos que dependen de él (Pateman, 1995:190 y 191). Bajo esta lógica, fuertemente reforzada y reproducida por el imaginario social moderno, las actividades de una *esposa-ama de casa, hija* o de una empleada doméstica simplemente no se consideran como trabajo, pues el espacio en el que ellas llevan a cabo este tipo de tareas está lejos de ser tocado por la

lógica igualitarista y universal moderna, las categorías hegemónicas del discurso político y económico moderno no dan cuenta de –y en consecuencia invisibilizan– las interacciones y las figuras que dan vida a este espacio y, las actividades de la casa al ser consideradas en la modernidad como propias de las mujeres automáticamente carecen de relevancia.

Lo que se constata, entonces, en el terreno de las interacciones sociales domésticas, es la actuación e inscripción sobre el cuerpo, los pensamientos y las actitudes de las empleadas del hogar de un abanico de *verdades* sobre el carácter del trabajo que ellas realizan, de la variedad de tipificaciones sociales que se han construido sobre ellas y que, al asignar diferencias y jerarquías, reproduce cuerpos y subjetividades marcados por la subordinación y la inferioridad.

Ciertamente este poderoso imaginario tiene graves efectos en configuraciones subjetivas de las empleadas domésticas; se inscribe sobre su cuerpo, sus pensamientos y en una gama de actitudes y prácticas que se despliegan en el terreno de las interacciones sociales domésticas. A través de todo ello se revela una subjetividad subordinada, una asunción de inferioridad dada por las actividades que se realizan, por la procedencia familiar, por el lugar ocupado en la jerarquía social, por el aspecto físico, por todo aquello que encarna la figura de la empleada doméstica y las tareas que realiza.

Camelia, la empleada doméstica que lleva más de 12 años trabajando de planta en una residencia de Jardines del Pedregal, afirma con notoria vergüenza que, al igual que sus hermanas y primas, siempre se ha dedicado a “trabajar en casa”. Y pese a que lleva tantos años de su vida dedicada a esta actividad, admite que “no le gusta nada de su trabajo y mucho menos que no lo reconozcan”. Para Camelia tener que realizar esta labor diariamente supone una suerte de castigo por su escasa preparación y los “pocos estudios” que ella tiene:

Me sentía menos que los demás, me hacía muchas preguntas como ¿por qué me tocó esta vida? O ¿por qué mis padres no nos apoyaron como yo quisiera? Quizá para no estar aquí, pude haber seguido estudiando, estudiar una carrera, no sé. [...] Sí, yo siento así de que mi trabajo no vale nada. Para ellos [su patrona, su patrón, su familia], las personas con carrera son las personas inteligentes.

Hablar sobre la actividad que ella realiza día con día es motivo de contrariedad y agobio, pues para Camelia implica recordar y relatar cómo es la cotidianidad en los confines de la casa donde trabaja, los malos tratos, las injusticias, el cansancio, las incomodidades, las prohibiciones. Pero la joven asegura conocer las razones por las que el trabajo doméstico –según su actitud y palabras, un trabajo insignificante y vergonzoso– es asociado y demandado por personas con ciertas características: “los que venimos de provincia no estamos tan preparados como para buscar un trabajo mejor. Entonces nos quedamos ahí porque bien o mal tienes techo, tienes comida, no pagas luz ni renta, y te aguantas, te aguantas a los maltratos. [...] Nos tratan así por la necesidad que uno tiene; creen que como nosotros no estamos preparados”.

Camelia asume, entonces, que es debido a su baja posición social determinada por la pobreza en la que siempre vivió y seguramente debido también a todo lo que encarna su aspecto físico, su arreglo, su color de piel, que mujeres como ella se solicitan, demandan y permanecen en un trabajo que ella concibe que es inferior y despreciable. Es por ello que, una y otra vez, a lo largo de su relato reitera que le hubiera gustado “*ser alguien más*, pero no fui capaz de luchar por mis sueños [...] y por eso me quedé hasta donde estoy, en el trabajo doméstico”.

En esta lógica, la asunción subjetiva de una posición social de inferioridad, como se puede entrever en la narrativa de la muchacha, conlleva el ejercicio de un trabajo que socialmente resulta insignificante y deshonesto; un trabajo que según los supuestos de la joven es menor y desagradable y es, en consecuencia, ejercido por mujeres que, como ella, se encuentran, entre los distintos órdenes sociales, en el escalón más bajo.

Ciertamente la baja posición social y la asunción de inferioridad no sólo conforman el imaginario subjetivo de Camelia, sino que están dadas por las condiciones materiales reales que han permeado su sobrevivencia e interacción cotidiana a lo largo de su vida, que delinean su subjetividad y que además se encuentran engarzadas con las constricciones de género y de etnia propias del

orden social y familiar en el que la joven se ha desenvuelto. El complejísimo engranaje de poder y subordinación que se pone en marcha a partir del entrecruzamiento de los mandatos de género, clase social y etnia, constituye la plataforma idónea que conduce a las mujeres a buscar, ingresar y permanecer en el ejercicio de una ocupación que, históricamente feminizada, se encuentra, además, signada y articulada con significados de clase y de raza, en consecuencia se considera una actividad inferior, irrelevante y carente de toda importancia productiva. Por ende, se trata de una actividad disponible para mujeres pobres, sin estudios, de ciertas características físicas, procedentes de ciertos contextos sociales y sin mayores oportunidades laborales. Beverley Skeggs afirma que en la configuración de las certezas subjetivas, al conocer de su falta de calificaciones, competencias, limitadas oportunidades de empleo y reducidas alternativas, las mujeres hacen una valoración realista de lo que está disponible y es apto para ellas (Skeggs, 1997:59).

Porque, bueno, yo estaba en segundo de secundaria, y pasé a tercero, pero en ese entonces ya íbamos a ser tres en secundaria, y dije: no, veo que la situación está difícil, veo que mis papás no tienen dinero, o sea, de dónde, ¿no?

Piden muchas cosas en la secundaria, y entonces fue mi hermana y dice “si quieres ir a trabajar, tengo dos trabajos ahorita [de empleada doméstica], te dejo uno y yo me quedo uno” Al principio sí me entró el “pues sí, vamos” pero después, “no, no quiero ir”, “no me va a gustar”, “no quiero dejar mi familia”, y como sea, pero yo aquí crecí. Y empezar desde cero en una ciudad que no conozco, y no sé... pero ya al final le dije, “está bien, vamos” Y cuando llegué terminé mi secundaria [y trabajaba al mismo tiempo de empleada doméstica].

Si Camelia no pudo continuar con los estudios que ella deseaba y emplearse en otro tipo de actividad, ello tiene que ver no sólo con las condiciones de pobreza en que vivía su familia y que impidieron costear los estudios de las jóvenes, sino fundamentalmente con las normas de género que condujeron a privilegiar la educación y el desarrollo personal de los varones por encima del de las mujeres. Aquellos, de acuerdo con el imaginario social imperante en su contexto familiar, requerían de mayores y mejores herramientas, pues encabezarán y sostendrán una futura familia, mientras que ellas serán nuevamente las dependientes económicas, encargadas de mantener y velar por el orden de la casa y el cuidado de los hijos/as.



Siguiendo esta lógica, aunque no con total anuencia, sería la misma Camelia junto con otra hermana quienes durante varios años de su vida habrían de asumir los gastos de las carreras profesionales de sus dos hermanos con su salario de empleadas domésticas, y con ello habrían de perpetuar el orden subordinante que les impidió realizar sus proyectos personales, las obligó a continuar con las actividades domésticas que, en razón de género, les fueron asignadas desde su infancia y que, dado el desconocimiento de otras tareas y habilidades, las condujeron a desempeñarse como empleadas domésticas en un espacio donde el ejercicio de poder, las prácticas de subordinación, la explotación y los maltratos caracterizan las interacciones sociales cotidianas entre ellas y sus empleadoras/es.

En el pueblo siempre existe el machismo, así de “tú eres mujer, y te vas a casar, y te van a mantener. Y, sin embargo, el hombre es el que tiene que mantener y no sé qué”.

Sí, bueno, a mí sí me hubiera gustado estudiar y seguir adelante, pero ya cuando me vine aquí mi papá y una de mis tías que no se casó y que viene siendo como una segunda madre para nosotras, siempre decía “le vas a ayudar a tu hermano”. Y entonces nos dejamos manipular por ella, pero bueno, malhecho, ya después reaccioné y dije bueno, ¿por qué?

Las condiciones estructurales de pobreza y desigualdad en razón de género imperantes en las familias indígenas y campesinas tradicionales como en la que creció Camelia, favorecen y exacerban la perpetuación y naturalización de los órdenes subordinantes de las mujeres, de una subjetividad marginada, subordinada, que se prolonga y pone en acto en aquellos ámbitos donde más tarde las mujeres se desempeñan.

La experiencia de Carmen, al igual que la de Camelia, revela la concatenación de estructuras subordinantes que tiene efectos muy concretos en la configuración subjetiva y en la vida práctica de las mujeres. Ella refiere que debido a las condiciones de miseria desde muy pequeña deseaba abandonar su comunidad:

Pues yo pensaba de niña “yo cuando crezca no quiero vivir aquí, esta vida no me gusta, todo el tiempo es trabajar y trabajar, y nunca tienes nada”. Tienes que esperarte un año para tener la semilla, para tener lo que estas sembrando y

volver a cosechar, pero no había dinero, no como aquí que yo me voy a trabajar, por ejemplo, trabajé el lunes y jueves, pero seguro el jueves me pagan y ya me traigo mi dinero. Mi mamá salía a vender también pero mucha gente, en las comunidades donde iba a vender, mucha gente no tenía dinero tampoco para pagarle: “sabe qué... me deja esto pero viene el fin de semana o la otra semana y yo le pago lo que usted me deja”, era como prestar; te lo presto dos días o tres y el día que tenga, yo vengo y usted me paga. Pues entonces con todo eso yo decía “a mí no me gusta esto”.

Ciertamente Carmen sabe cuál es el origen de la trayectoria de vida que ha llevado: ella tiene la certeza de que si no hubiera nacido en ese pueblo, bajo tales condiciones materiales y, sobre todo, si hubiera podido tomar decisiones libremente en su vida, no habría sido empleada doméstica “todo sería diferente, hubiera estudiado, tendría preparación, cambiaría muchas cosas”. Y aunque Carmen no abandonaría su pueblo para buscar un empleo en alguna casa o departamento, está convencida, al igual que Camelia, de que las mujeres que buscan trabajo en las casas lo hacen “porque no tienen estudios ni preparación”. Cuando ella comenzó a trabajar como empleada doméstica en un departamento al sur de la ciudad de México, lo mismo le podían pagar 30, 40 o 50 pesos por cada jornada de trabajo y Carmen aprobaba gustosamente la situación. Ello dependía del criterio de la empleadora y del grado de avance que Carmen tuviera con las tareas encomendadas. Lo cierto es que para ella, dadas las dificultades económicas que ahora tenía en su propia familia, el salario obtenido en aquel entonces representaba, aunque fuese una cantidad ínfima, la solución a varios de sus apuros económicos y siempre aceptó de muy buena gana dichas condiciones, afirmando incluso que cuando le llegaban a pagar la cantidad más alta, para ella “ya era mucho” y con ello resolvía el problema de “ayudar a su marido con los gastos” familiares.

Una situación como esta constata la eficacia y fortaleza de un imaginario colectivo que desdeña el trabajo doméstico, que se traduce en prácticas concretas por parte de las empleadoras, pero fundamentalmente en la concepción degradada que tiene de sí mismas las empleadas domésticas y de las actividades que realizan, razón por la cual pueden tolerar explotación, humillación y maltrato, actuar y ser partícipes de lógicas de poder y subordinación.

Y aunque Carmen subraya que a ella le gusta hacer la limpieza, que le encanta el trabajo de una casa y que “no sabe hacer otra cosa”, es preciso señalar que al igual que otras empleadas domésticas comparte el imaginario social dominante de que el trabajo doméstico es socialmente insignificante; para ella, como para otras empleadas, el trabajo doméstico está asociado con mujeres que, según su concepción, también se encuentran en una posición social de inferioridad y no pueden acceder a otras ofertas laborales.

Se establece de esta manera un complejo mecanismo en el que la sistemática subordinación, invisibilización y marginación de las mujeres que ejercen esta actividad va conformando y reforzando simultáneamente una peculiar idea sobre las características que definen al trabajo doméstico y a las empleadas dedicadas a esta actividad. Asumir que se es una mujer pobre, sin estudios, sin preparación, sin herramientas y habilidades profesionales, supone admitir y actuar, como una consecuencia lógica, el ejercicio de una actividad y de una gama de prácticas que de entrada se suponen irrelevantes, deshonrosas, desdeñables, subordinantes y asociadas a las mujeres de una baja posición social.

La incorporación subjetiva de una posición social de inferioridad por parte de las empleadas domésticas simultánea a la convicción de ejercer un trabajo menospreciado, ignorado e irrelevante, propio de la posición social que se ocupa, prolifera, en las interacciones sociales cotidianas de la domesticidad, una serie de peculiares prácticas y actitudes que son la expresión más fehaciente de una subjetividad signada por la subordinación; la puesta en acto de una subjetividad que reitera desde diversas acciones y actitudes una lógica de jerarquías y distinciones, una desigualdad asumida, incorporada.

Hélida, por ejemplo, trabajó cerca de 20 años en el departamento de una señora con la que ella creyó haber creado un vínculo de amistad. La afirmación de la empleada doméstica cobra mayor sentido cuando narra los pormenores de la relación que estableció con su empleadora y subraya el significado que para ella tuvo el vínculo afectivo que construyó con la señora, así como las razones por las que creyó que existía un vínculo amistoso entre ellas.

A través de una pormenorizada descripción, Héliida recuerda con visible orgullo que la señora “la sentaba con ella a la mesa” y que fue ella “quien le enseñó a comer” cosas que, según Héliida, nunca habría podido probar. Los quesos, los vinos, las aceitunas, los distintos tipos de carne y el buen café, fueron algunas de las nuevas viandas con las que Héliida se familiarizó, ya que en su casa “solo eran los frijoles y la salsa”. La singularidad de la lógica de interacción que se establece en el ámbito doméstico dio lugar a que a través del tiempo Héliida no solo concibiera como grandes enseñanzas los hábitos alimenticios que le compartía su empleadora, sino que, entre otras acciones y actitudes, aceptara de muy buena gana los objetos que a su empleadora ya no le servían y quería desechar: blusas, perfumes, muebles, trastes, un refrigerador y una estufa fueron algunos de los objetos que Héliida recibió de la señora; en otro momento fue la misma Héliida quien pedía los objetos que la señora ya había desechado, pero que a su juicio todavía estaban en buen estado y para ella podían tener alguna utilidad. De esta manera, Héliida también se llevaba de la casa de su empleadora zapatos, ropa, perfumes, toallas, sábanas, entre algunas cosas más, para el uso de los y las integrantes de su casa.

La compleja lógica de jerarquización subyacente a la cordial convivencia que mantuvieron Héliida y su empleadora por más de 17 años, no impidió que en Héliida se afanzara cada día más la idea de que ella ya era “como parte de la familia”. Las enseñanzas de la empleadora aunado a los buenos tratos y las pláticas en confianza no solo hacían sentir a Héliida en empatía con la señora sino que terminaron por hacerla creer que había nacido una amistad y un vínculo entre ellas: “como trabajadora te enganchas con la familia, sobre todo cuando tuviste una vida de carencias y maltrato”.

La gran indiferencia mostrada por la señora cuando Héliida estuvo gravemente enferma, constituyen el hecho decisivo por el que finalmente la empleada doméstica se da cuenta de que ella era una persona sin mayor relevancia para su empleadora y de que existía una diferenciación entre las dos que saltaba a la vista y que le dejaba en claro que “ella es la patrona y yo la

empleada”. El desinterés mostrado por la empleadora, así como la rotunda negativa de ésta a asumir cualquier gasto médico o indemnización por los casi 20 años de servicio doméstico procurado por Héliida, finalmente le llevan a pensar que “no es cierto que eres parte de la familia y es doloroso”.

La plena convicción de Héliida de que se encontraba en una posición social de inferioridad, subordinación y asimetría en la relación que mantenía con la señora la conduce a manifestar la profunda decepción que siente porque le hicieron creer falsamente que “era parte de la familia”. Sin embargo, a partir de esta experiencia, Héliida prefiere “ser más realista” y que le recuerden, como en otras ocasiones, “quién es la empleada y quién es la empleadora”; de esta manera ella siente que se establece una relación mucho más real y honesta.

Y es que Héliida está convencida de que “eso de la igualdad nunca se va a lograr, nunca va haber una igualdad” entre las personas; asumir ser la empleada doméstica, es decir, asumir la inferioridad y estigma que esta posición social implica, resulta, de acuerdo con el relato de Héliida, mucho más acertado y realista. No obstante, Héliida insiste de nueva cuenta en que el deseo por establecer vínculos con la familia no desaparece: “siempre quieres al final ser parte de la familia, algo más humano [...] Es muy difícil para las trabajadoras domésticas no dejar algo de nosotras en nuestro trabajo [...] En el trabajo en casa quisieras dejar algo tuyo, pero no se puede porque no es tu familia”.

A diferencia del Antiguo Régimen en el que los y las sirvientes eran consideradas como miembros de la familia y vivían en un estado de dependencia hacia su señor (Fairchilds, 1984:3), la modernidad supone que el servicio doméstico obtiene un “salario” que se le da a una empleada doméstica como resultado de un contrato de servidumbre. No obstante, este salario no desaparece la idea ampliamente compartida, tanto por empleadoras/es como por las mismas empleadas domésticas, de que éstas forman parte o son como de la familia. ¿Qué hay detrás de este imaginario social que no logra otorgar un significado de *individualidad y autonomía* a la empleada doméstica que, sin embargo, sí obtiene un salario por sus servicios? Los elementos que pueden dar respuesta a esta

interrogante tienen que ver no sólo con la idea que se tiene sobre las mujeres en la modernidad, sino también con la persistente idea de que, dada su peculiar condición de *inferioridad*, de subindividualidad, las empleadas domésticas dependen de la protección de unos *señores*, protección que ellas reciben a cambio de una obediencia incondicional. Ciertamente se trata de la reedición moderna de una lógica estamental que, como en el Antiguo Régimen patriarcal, mantiene a los miembros de la familia unidos por la obediencia y la responsabilidad más que por el amor. En efecto, las esposas y los hijos/as de las familias de los siglos XVI y XVII debían respeto y sumisión a sus esposos y padres, respectivamente, a cambio de que esta figura les procurara lo necesario para cubrir sus necesidades materiales y velara por su bienestar moral. La servidumbre, en particular, debía respeto y obediencia a sus amos a cambio de que éstos velaran por ellos como lo hace un padre y les procurara no sólo una subsistencia temporal, sino también instrucción, buenas maneras y una buena moral. La expresión más inmediata de un régimen y una visión de esta naturaleza era justamente la gama de *actitudes* que adoptaban amos y sirvientes/as y, en cuyo origen se encuentra una concepción jerárquica de organización social que piensa a unas personas como *superiores* y a otras como *inferiores*. La lógica y principios modernos no logran superar la tradicional concepción estamental de que los sirvientes/as, como en la antigüedad los esclavos, forman parte de la familia y lo que ésta les garantiza es la subsistencia y la protección para que *puedan* seguir trabajando (Velázquez, 2011: 105).

La narrativa de Héliida adquiere mayor relevancia porque en ella no solo se muestra la claridad y convicción que ella tiene en relación a los órdenes jerárquicos que existen entre quienes interactúan en la casa familiar. Pero los supuestos de Héliida revelan fundamentalmente la serie de ideas y percepciones que ella tiene en torno al trabajo que desempeña, en torno a una relación que, en el contexto contemporáneo, parecería que debería ser pensada como una relación estrictamente laboral, un trato entre una empleadora y una empleada. Ciertamente lo que demuestra la singularidad de supuestos, prácticas y actitudes puestos en marcha en el orden de la domesticidad por parte de Héliida, es la pervivencia de

una serie de rasgos y mecanismos propios de las sociedades tradicionales, del orden social y cultural colonial que en el contexto mexicano tiene expresiones muy concretas en las relaciones sociales que definen la esfera doméstica.

En las sociedades contemporáneas la permanencia de prácticas y lógicas de interacción como las que establecen y describen las empleadas domésticas, confirma de manera contundente que las subjetividades que se ponen en acto en el marco de la lógica doméstica no hacen más que construir, reproducir y afirmar una subjetividad que, a través de su narrativa, prácticas, pensamientos y actitudes, se revela como una subjetividad signada por la subordinación y la marginalidad.

Vemos así cómo Héliida, quien ha estado durante los últimos años vinculada con los discursos en favor de la igualdad y los derechos de las trabajadoras domésticas, ha puesto de relieve a lo largo de toda su narrativa una serie de elementos que está muy lejos de haber desarticulado el imaginario dominante sobre las trabajadoras domésticas y las actividades que realizan, configurando a partir de este mismo imaginario la subjetividad propia, las percepciones que tiene de sí.

Para Héliida, por ejemplo, ha tenido mucho mayor relevancia en su vida la experiencia de no haber sido realmente “parte de la familia” que el significado y el reconocimiento que le le debieron haber otorgado sus empleadoras al trabajo que realiza. Durante su relato sobrepone una serie de argumentos tradicionales al momento de reflexionar sobre las tareas que realiza en las casas. La concepción que Héliida tiene sobre el reconocimiento del trabajo doméstico dista bastante de la concepción moderna que valora y reconoce una idea específica de trabajo, en la cual no se ubica a las tareas domésticas: “lo que más me gusta del trabajo doméstico es que me lo reconozcan aunque sea con palabras, que me digan que la casa se ve diferente, que huele bien. Eso me hace sentir bien, aunque económicamente no lo paguen bien”.

No obstante, la tensión subjetiva entre la asunción de una posición de subordinación y la convicción de la existencia de una igualdad humana entre las personas, se expresa fundamentalmente en la persistente inconformidad ante lo injusto y reprobable que a las empleadas domésticas les parecen los distintos órdenes de desigualdad que han permeado su vida y sus experiencias cotidianas. Las desigualdades de género, económicas, sociales y étnicas son los referentes ante los cuales el rencor, el rechazo, la frustración, las constantes comparaciones, las demostraciones de superioridad moral que frente a las patronas/es dice detentar cada una de las empleadas domésticas como un mecanismo de resistencia y respuesta a las injusticias sufridas, representan las manifestaciones constitutivas de la subjetividad; revelaciones, todas ellas, que conviven de manera persistente con las expresiones subjetivas de subordinación y en ese preciso cruce construyen subjetividad. En términos de ejercicio del poder, tales expresiones subjetivas se pueden leer como las resistencias a los mecanismos subordinantes de los cuales las mujeres saben que forman parte y ante los cuales despliegan diversas estrategias de resistencia, contestación y rechazo.

Pese a las prácticas y actitudes subordinadas y deferentes, si algo define la narrativa y las expresiones de enfado de Héliida es una persistente censura e inconformidad ante las desigualdades económicas entre las personas; su relato abunda en detalladas comparaciones entre las clases sociales, en las diferencias entre salarios, entre los gastos y despilfarros que pueden hacer ciertas personas y quienes no pueden acceder a lo mínimo necesario; entre las preocupaciones de una mujer de su clase social y las de una mujer con estudios. Se trata de una narrativa que de manera persistente recurre a un meticuloso examen de las condiciones materiales en que viven, por ejemplo, los políticos, sus empleadoras, las mujeres profesionistas y, por otro lado, las mujeres como ella. Su objetivo siempre será demostrar la injusticia de tales hechos y la adversidad que supone vivir cuando se es una mujer –madre de varios hijos, empleada doméstica, sin estudios– pobre:

O sea no hay salarios justos, no los hay porque, por ejemplo, si tú estás hablando de una comida, de hacer tus tres comidas en donde incluyas pan,



leche, huevo, carne, fruta, si tú quieres un salario que te cubra eso, vamos aponiéndole números, y si estás hablando de una persona a lo mejor con 200 pesos te alcanza ¿no?, pero si estás hablando de una familia de seis, siete en donde la proveedora es nada más una persona ¿cuánto necesitas para un salario justo? Ahora si estás hablando de un salario que percibe un diputado, un licenciado, o sea, yo creo que no hay salario justo, no lo hay. Y tampoco yo creo que el gobierno o la gente pueda darte un salario de acuerdo a tus necesidades, o sea tampoco [...] Un diputado, ¿tú crees que si tú le preguntas de cuanto si es justo su salario te va a decir que no es justo? ¿O te va a decir, no, quítame porque estoy ganando más de lo que tu estas ganando? Como cuando este presidente que no sabía ni cuánto cuesta el kilo de tortillas o sea, él no puede decir, ¡cómo ponen un salario de 60 pesos, cuando ese salario a nadie, a nadie le sirve! o sea, el salario más bajo que es aquí en el distrito creo es de 60 pesos ¿Qué haces con 60 pesos o 70 pesos? Ni para los pasajes, o sea, no es justo para nadie, no hay justicia en el salario. Yo ya quisiera ver a un diputado no ganando 60 pesos, 100 pesos diarios. Yo creo que ni lo que se hecha en un litro de gasolina para su carro [...] Claro, si tú te pones en un caso le pones: un kilo de frijoles de 30 pesos o \$ 35 pesos, de los 60 ¿cuánto te está restando? Ahora, compras un kilo de tortillas de 15 pesos, ya, con eso tienes; y sí te vas de aventones a tu trabajo, y tan solo muchas veces el dinero se te va en puros pasajes.

En el orden de la trama doméstica cotidiana donde Camelia trabaja, las resistencias que ella opone al ejercicio de poder y subordinación que definen su vida diaria son de índole diversa. En una subjetividad signada por la subordinación en convivencia con múltiples expresiones de igualdad, autonomía, libertad, se puede percibir el rencor, la dignidad y el rechazo por cualquier práctica o actitud que pudiera colocar a Camelia en una situación de sumisión y servilismo frente a quienes, para ella, representan las principales figuras subordinantes:

Hubo ocasiones en que hubo diferencias, ella [la empleadora] me reprochó que era una malagradecida, y le digo ¿por qué? Y dice “pues es que eres una malagradecida, te regalo cosas, y ni me agradeces” Y yo digo, ¿cómo? Pues si siempre que me regala le digo “gracias” y me responde que sólo le doy las gracias una vez, y yo le respondo que no sabía que tenía que dar las gracias dos o tres veces. Y digo, bueno, una disculpa, no sabía, pero si usted reprocha todo eso, pues no me regale nada porque no lo necesito, y tampoco le estoy pidiendo. Por eso trabajo, gracias a Dios, y con eso puedo comprarme algo. [...] Pero cuando pasó eso de que tengo que dar las gracias no me gusta porque aparte ellos te regalan la ropa que ellos quieren, como una talla extra. Y digo, está bien que esté gorda, pero tampoco me lo puedo poner porque me queda grande. Normalmente te compran todo grande. No sé, a veces siento que lo hacen adrede. Digo, si te regalan algo, que te regalen algo de tu talla, mínimo, o algo. ¡Pero que te regalen algo grande!

En la complejísima dinámica de juegos de poder subjetivantes de los que Camelia forma parte en la casa donde actualmente trabaja, las resistencias que ella contrapone al poder que la subordina en razón de su aspecto físico y de todo lo que su figura encarna ante la mirada de su empleadora, conllevan un profundo rechazo por la manera en que es vista por quienes la subordinan. En una respuesta mucho más enérgica, Camelia delata las prácticas de sus empleadores para evidenciar que son personas sin calidad moral: insensibles, poco solidarios, mentirosos, explotadores, despilfarradores, que para ella no son dignas de la superioridad que ostentan y que al evidenciarlo resarce un poco la indignación y molestia que le produce que sea percibida de una manera que ella decididamente rechaza:

En una ocasión, cuando hubo problemillas por ahí, pues ella [la empleadora] agarró y dijo que pues nosotras éramos unas indias que veníamos bajadas de la sierra, y que si somos lo que somos es gracias a ella. Y digo, ¿cómo? ¡Qué onda! Digo no, para nada, o sea, en primera aquí ni te dan apoyo de estudiar aunque sea una hora, al contrario, aquí son puras críticas, puras mentiras: entran llamadas de empresas, de bancos y nos dicen que les digamos que no están o que se están bañando. O si hablan sus amistades, que digamos que no están y así. [...] Dice que nosotros no somos nadie, que gracias a ella somos lo que somos y que ella nos da trabajo, que si no que nadie nos va a dar trabajo. Por ejemplo, cuando pedimos permiso siempre me pone su gesto de “¡ay, otra vez!” o de “¡ay, qué barbaridad!”. O sea, para ellos es como si nos convirtiéramos en sus esclavos encadenados a ellos, Porque ellos no quieren estar solos, sobre todo la señora, no sabe hacer nada. Ella no quiere estar sola, tiene que tener a alguien ahí a sus pies.

Dada la persistente sensación de “sentirse humillada”, de “sentirse menos” debido a los múltiples maltratos y menosprecios que ejercía su empleadora en la cotidianidad de la vida doméstica, Carmen decide renunciar a una relación laboral de casi diez años debido a las constantes acusaciones y la notoria desconfianza que ella sentía que le propiciaba a la señora de la casa debido a la supuesta idea de que Carmen era una ladrona. Antes de concretar la renuncia, para Carmen era fundamental demostrar que ella no era ninguna ladrona, pues era esa percepción la que regía las interacciones cotidianas en su espacio de trabajo y que le producían sentimientos de inferioridad y enfado persistente:

Ese día cuando yo terminé de hacer todo mi quehacer yo le dije, ¿sabe qué? Ya me voy. [...] No, señora, ya no voy a venir. [...] De todas maneras gracias, le

digo, pero no voy a venir, ya no voy a venir. Consígase a alguien que le venga a hacer el aseo [...] Y bueno, como que se molestó y entonces me pagó y todo; y ya en el momento en que yo me iba, dejaba mi bolsa de mano colgada afuera, en el lavadero, entons fui por mi bolsa y pus sí tenía yo mucho coraje y agarro y le digo: ¡oiga, señora Alicia, venga! Y agarro yo y le abro mi bolsa: revise mi bolsa, no me llevo absolutamente nada de aquí. “¡Pero no, Carmen...!” Pero no, usted me pelea un toper, que ni siquiera, por lo menos fuera...pues bueno, pero me está peleando algo que pues no. Yo a mí eso no me sirve, le soy bien sincera, a mí ese toper no me sirve. Yo cuando compro las cosas en el súper, yo ese tipo de topers, yo los echo a la basura, a mí no me sirve: ¡No pero mira, discúlpame! No, porque me lo ha hecho seguido y gracias, pero yo aquí ya no regreso.

Pero una de las principales expresiones subjetivas de resistencia e inconformidad ante las prácticas de subordinación en razón de la procedencia étnica, evidencia claramente que existe una subjetividad que se revela y está moldeada por principios de igualdad, que vive las relaciones de poder y subordinación como una injusticia; una subjetividad que se resiste a las prácticas de sometimiento y que no acepta la desigualdad social. Al igual que en el caso de Camelia, se muestra una subjetividad que rechaza decididamente que se les identifique como indias, dado el imaginario social que existe en torno a la figura de la india o el indio y que se encuentra anclado, como se ha visto, a las jerarquías sociales del orden colonial. Se trata de una conformación subjetiva que aun cuando se pone en acto en el marco de la lógica tradicional doméstica, también se halla atravesada por un principio moderno e inevitablemente se encuentra signada por una serie de rasgos y concepciones que solo se pueden entender en el contexto de las categorías que rigen a las sociedades modernas:

Siempre nos decían que éramos unos indios, y ella nos lo decía claramente, no crea que se iba a detener para decirnos: “¡Ay, estos indios no saben hacer nada!”. Y nunca nos bajaba de indios ignorantes. Éramos unos indios para ella; y en varias ocasiones una de mis hermanas, la que vive ahorita allá en Oaxaca, ella muchas veces le dijo: “¡a mí no me digas india. Sí, crecí y vivo aquí en Oaxaca, sí, pero creo que tengo más educación yo que tú que viven en México!” [...] Entonces pues sí me daba coraje, entonces sí le decía yo a mi hermano: pues dile a tu esposa que no somos indios, que esos indios como ella nos llama, ignorantes y indios oaxaqueños, sabemos mucho más que ella. A lo mejor no tenemos preparación, no, porque no tuvimos estudios, pero sí tenemos educación, sí tenemos educación.

Para hoy en la actualidad, hoy en estos momentos, todos somos iguales, todos los seres humanos somos iguales, seas indio, seas de una comunidad, eres un ser humano como tú y como yo; todos somos iguales. Todos tenemos los mismos valores y todos valemos lo mismo, lo cual a lo mejor nosotros nos

sentíamos así [humilladas] porque nunca nos enseñaron esos valores, nunca nos enseñaron eso. Pero hoy para mí todos somos iguales. Yo soy igual, todos los que viven allá en una comunidad son iguales, son seres humanos como tú, como yo. Y a lo mejor hasta saben más que nosotros que vivimos aquí.

De esta manera, los reclamos de igualdad, libertad, autonomía y respeto por parte de estas mujeres que, a través de distintas expresiones, se asumen sujetos de derechos, no se pueden entender sin la concatenación de un conjunto de discursos, dispositivos y condiciones históricas que hacen que las y los sujetos se piensen e imaginen de determinada manera y no de otra. No obstante, el efecto eficaz de una trayectoria de vida vinculada al enclave de naturaleza doméstico reside en que la peculiar lógica de interacción que preside dicho espacio ha constreñido a las empleadas domésticas a una incesante ritualización, actuación que sistemáticamente recuerda el lugar que ocupa cada integrante en este complejo mundo de la tradición permanente. A través de este eficaz mecanismo de prácticas asumidas, incorporadas, naturalizadas o más o menos contestadas o transgredidas, las empleadas domésticas se constituyen como sujetos signados por la subordinación, subjetividades que de manera paradójica también son partícipes del orden social moderno, en el cual ellas ponen en acto una subjetividad particular; se piensan, actúan acorde a los normatividad cotidiana de la domesticidad.

De tal suerte que en la unicidad o singularidad que define cada subjetividad en función de la particularidad de cada trayectoria de vida, es posible dar cuenta de las estructuras de poder que han determinado los distintos órdenes sociales y las prácticas y relaciones de poder y dominación que constituyen una subjetividad particular en las empleadas domésticas en un determinado momento histórico.

La fuerza y vigencia de un poderoso imaginario social sobre lo que significa ser empleada doméstica tiene efectos significativos y palpables en la configuración subjetiva de las mujeres. En palabras de Beverley Skeggs:

Las mujeres son conscientes de su lugar, de cómo ellas son socialmente posicionadas y de los esfuerzos por representarlas. Operan en una forma dialógica de reconocimiento: ellas conocen la manera en que son reconocidas

por los otros. Tales reconocimientos no ocurren sin juicios de valor y las mujeres están constantemente conscientes de los juicios reales e imaginarios que sobre ellas hacen los otros. El reconocimiento de cómo ellas son posicionadas es fundamental en el proceso de construcción de la subjetividad (Skeggs, 1997: 4).

De tal suerte que la pervivencia de un imaginario colectivo que refuerza y reproduce por variados mecanismos la idea de la figura de la empleada doméstica como una mujer pobre, dependiente, tonta, ignorante, ratera, sucia, fea, malvestida, torpe, maleducada, social y humanamente inferior, tiene profundos efectos en la manera en que las empleadas domésticas se conciben a sí mismas y el ámbito de la domesticidad constituye el espacio social por excelencia para reproducir, legitimar y naturalizar tales supuestos y prácticas.

Así, lo que finalmente constatamos en la ritualización e interacción social cotidiana de las empleadas domésticas es la revelación de una subjetividad subordinada, una subjetividad que actúa y acepta su inferioridad en razón del género, la clase social y la etnia. Si es posible establecer una serie de rasgos típicos de estas subjetividades subordinadas y marginales, se puede decir que éstas se caracterizan por introyectar roles específicos en razón del género, lo que las constituyen fundamentalmente en mujeres domésticas y desempeñando un papel de subordinación frente a los varones del primer ámbito doméstico donde socializan; la asunción de inferioridad social dada por la miseria que permeó su vida conforma una subjetividad que refrenda su posición social de inferioridad – que va reforzada por la concepción de que se es ignorante, incapaz, incompetente, pobre, desprotegida– desempeñándose en una ocupación que también de asume despreciable y en el desempeño de ésta en el espacio doméstico se despliegan las concepciones y consecuentes prácticas de que se es una figura desamparada, al servicio de las y los demás, étnicamente inferior, pero moralmente superior a las empleadoras y empleadores.

Se trata de una subjetividad que se expresa a través del cuerpo y a través de él también deja traslucir su concepción subordinada: un tono de voz siempre bajo, una postura generalmente encorvada, temerosa; una mirada tímida y una expresión cohibida; un cuerpo desgastado, manos hinchadas, enrojecidas,

agrietadas. Cuerpos que en su asunción de irrelevancia e inferioridad no invierten tiempo y recursos de más en su arreglo; o, bien, cuerpos que no quieren ser identificados con la clase social que ha determinado sus trayectorias de vida y entonces, con los recursos y herramientas a su alcance, adopta los atuendos, modos, arreglos, formas y lenguaje dominantes como un mecanismo de resistencia a la manera en que generalmente son vistos y jerarquizados. Cuerpos enfermos por las extenuantes y largas jornadas de trabajo dedicadas al mantenimiento del orden de una casa, una familia: 80, 30, 50, años dedicados a las tareas domésticas tanto en el ámbito familiar como en el laboral tiene consecuencias claras en la salud y pensamiento de las mujeres.

## CONCLUSIONES

La complejidad de la esfera doméstica en todas sus dimensiones -discursiva, relacional, simbólica y material-, está muy lejos de agotarse en este análisis. Y aunque se trata de un ámbito social que permanece anclado a la tradición, cualquier intento por explicarlo tendría que dar cuenta de su dinamismo, transformaciones y peculiaridades propias de cada contexto.

Muy lejos de un análisis que pudiera parecer esencialista, asumí que era necesario dar cuenta de la permanencia que define a este espacio y, en consecuencia, de la especificidad de las relaciones sociales que implica ésta. En el seno de un espacio que permanece, en buena medida, ajeno a las dinámicas de la modernidad, las lógicas de interacción y las identidades que ahí se ponen en juego asumen matices diversos, pero siempre anclados a una invariable lógica de poder y subordinación.

La fuerza y eficacia de los imaginarios sociales dominantes sobre la vida doméstica que sustentan diferentes discursos, se constata en la innegable pervivencia, propagación y dominio de las “verdades” sobre el significado de esta esfera y sus respectivos actores, incluso en sociedades geográfica e históricamente lejanas de donde se gestaron estos supuestos. En la sociedad mexicana, con su particularidad histórica y cultural, dichos imaginarios sociales tienen tal relevancia que logran encarnar en prácticas y hechos sociales concretos, en pensamientos y concepciones sobre lo que son y cómo se perciben a sí mismos/as hombres y mujeres. Y aunque los hechos sociales de la vida diaria pueden desmentir claramente estas verdades y supuestos colectivamente asumidos, el significado, la fuerza y perdurabilidad de éstos termina por ganar terreno en la configuración del orden social.

Me he propuesto dar cuenta de los efectos que las singulares lógicas de interacción y los peculiares ejercicios de poder y dominación tienen en la configuración de las subjetividades, de los cuerpos, de las formas en que cada sujeto se concibe a sí mismo/a.

Para ello ha sido imprescindible trazar la genealogía de los discursos, de los imaginarios sociales, de las identidades que fueron dando forma y habitando la domesticidad. La difusión de los discursos e imaginarios que se gestaron en el seno de las sociedades occidentales tuvo enormes efectos en la conformación de los principios que orientan a nuestra sociedad, no obstante, el panorama histórico y cultural de México ha dotado de cierta singularidad a las relaciones sociales domésticas; un pasado colonial de jerarquías raciales, de clases sociales, aún tiene fuertes resonancias en las interacciones sociales contemporáneas en todos los ámbitos de la vida social, pero fundamentalmente en el terreno de la domesticidad.

Así, pues, las subjetividades de las empleadas domésticas, cuyas trayectorias de vida han transcurrido en los confines de la esfera doméstica, encarnan fehacientemente los órdenes sociales de género, de etnia y de clase social. En otros términos, se puede afirmar que en la particularidad de cada experiencia, en la especificidad de cada configuración subjetiva se develan hechos históricos concretos; se expresan los órdenes de género, de clase y de etnia que instauró la modernidad y que encuentran como principal ámbito de reproducción, el espacio familiar.

Las jerarquías entre varones y mujeres, las diferenciaciones en razón del color de la piel, del nivel de estudios o del grado de riqueza material, no son ajenas a la dinámica familiar, más bien, constituyen los fundamentos esenciales que presiden las interacciones sociales propias de este ámbito y que se traducen en maltratos, vejaciones, explotación, humillación, ofensas y asunciones de superioridad e inferioridad entre las empleadoras y las trabajadoras domésticas, entre padres e hijas, hermanos y hermanas, madres e hijas, etcétera.

Los motivos que fundamentan cada una de estas relaciones de poder y dominación se hayan profundamente imbricados, operan de manera simultánea, en una lógica interseccional y, difícilmente podemos dar cuenta, principalmente en el caso de las relaciones de poder en las que se ven inmersas las empleadas domésticas, si el motivo que orienta la práctica de marginación, subordinación o



exclusión es en razón de género, del color de la piel o de la pobreza que caracteriza la vida de estas mujeres. La enorme complejidad que define a las subjetividades que construyen las empleadas domésticas a partir de estos referentes –y otros más- puede hallar una explicación si se consideran estos elementos.

## Bibliografía

AMORÓS, Celia (2000). *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y posmodernidad*. Cátedra (Feminismos), Madrid, 462 pp.

AGOSTONI, Claudia (2006). "Las delicias de la limpieza: la higiene en la ciudad de México", en Pilar Gozalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias. El siglo XIX* (Tomo IV). Anne Staples (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 563-597.

ARISTÓTELES (2009). *Política*. (Libro I). Alianza, Madrid. Trad. Carlos García Gual y Aurelio Pérez, 362pp.

ARIZA, Marina y Oliveira, Orlandina de, coords. (2004). *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. Instituto de Investigaciones Sociales y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 570 pp.

ARMSTRONG, Nancy (1991). *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*. Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la mujer, Madrid, 301 pp.

BALLENT, Anahí (1996). "La publicidad de los ámbitos de la vida privada. Representaciones de la modernización del hogar en la prensa de los años cuarenta y cincuenta en México". *Alteridades* (6, 11), pp. 53-74.

BARCELÓ, Raquel (2006). "La búsqueda del confort y la higiene en Mérida, 1860-1911", en Pilar Gozalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias. El siglo XIX* (Tomo IV). Anne Staples (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 213-251.

BENHABIB, Seyla (1992). *Situating the Self. Gender, Community and Postmodernism in Contemporary Ethics*. Routledge, Nueva York, 268 pp.

BERLANGA, Mariana (2014). "El color del feminicidio: de los asesinatos de mujeres a la violencia generalizada". *El Cotidiano* (184), pp. 39-46.

BOILS, Guillermo (2003). "Las viviendas en el ámbito rural". *Notas. Revista de información y análisis* (23), pp. 42-53.

BOURDIEU, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica, México, 564 pp.

BRANCIFORTE, Laura (). "El singular recorrido de las mujeres en los espacios públicos contemporáneos

BRITO, Myriam (2008). *Más allá de la dicotomía: la distinción entre lo público, lo privado y lo doméstico*. Tesis para obtener el grado de maestría en Humanidades, Línea de Filosofía política. 144 pp.

BUTLER, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre límites materiales y discursivos del "sexo"*, Paidós, Argentina, pp. 53-94.

\_\_\_\_\_ (2001), *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Cátedra (Feminismos), Madrid, 213 pp.

\_\_\_\_\_ (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, España, pp. 7-44.

CADENA, Marisol de la (1997). "La decencia y el respeto. Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cuzqueñas". *Documento de trabajo*. Instituto de Estudios Peruanos (86, 12), 34pp.

CASTRO, Edgardo (2004). *El Vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 376 pp.

COPE, Douglas (2005). "Los ámbitos laborales urbanos", en Antonio Rubial García (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca* (Tomo II). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 407-432.

CRENSHAW, Kimberlé (1993). *Mapping the Margins: Interseccctionality, Identity Politics, and Violence against Women of color*, en:

[http://socialdifference.columbia.edu/files/socialdiff/projects/Article\\_\\_Mapping\\_the\\_Margins\\_by\\_Kimblere\\_Crenshaw.pdf](http://socialdifference.columbia.edu/files/socialdiff/projects/Article__Mapping_the_Margins_by_Kimblere_Crenshaw.pdf)

COLLIGNON, Béatrice (2010). “De las virtudes de los espacios domésticos para la geografía humana” en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (dirs.). *Los giros de la geografía humana: desafíos y horizontes*. Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 201-215.

COLLIN, François (1994). “Espacio doméstico. Espacio público. Vida privada”. En *Ciudad y mujer*, Madrid: seminario permanente.

[http://webiigg.sociales.uba.ar/grassi/archivos/Espacio\\_Domestico.pdf](http://webiigg.sociales.uba.ar/grassi/archivos/Espacio_Domestico.pdf)

CURIEL, Gustavo (2006). “Ajuares domésticos: los rituales de lo cotidiano”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca* (Tomo II). Antonio Rubial García (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 81-108.

DEL ACEBO, Enrique (1996). “Breve digresión sobre el sentido de la casa y la morada”, en Enrique Del Acebo (dir.). *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad*. Claridad, Buenos Aires, pp. 202-207.

FAIRCHILD, Cissie (1983). *Domestic enemies. Servants and their masters in Old Regime France*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 325 pp.

FERNÁNDEZ, Martha (2005). “De puertas adentro: la casa habitación”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca* (Tomo II). Antonio Rubial García (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 47-80.

FOUCAULT, Michel (1982). "The subject and power". En *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Ed. Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow. The University of Chicago Press, Chicago, pp. 208-226.

\_\_\_\_\_ (1989). *El poder: cuatro conferencias*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 74 pp.

\_\_\_\_\_ (1980). "El ojo del poder. Conversación con Michel Foucault". En Jeremy Bentham. *El Panóptico*. Premia. La nave de los locos, México. 9-32pp.

\_\_\_\_\_ (1984). "Space, knowledge and power: interview with Paul Rabinow". En *The Foucault Reader*. Ed. Paul Rabinow. Pantheon Books, New York, pp. 239-256.

FREUND, Julien (1986). *Sociología de Max Weber*. Península, Barcelona, 259 pp.

GOLDSMITH, Mary (1990). *Female household workers in the Mexico City Metropolitan Area*. Tesis para obtener el grado de doctora. The University of Connecticut. 599 pp.

\_\_\_\_\_ (1998). "De sirvientas a trabajadoras. La cara cambiante del servicio doméstico en la ciudad de México", *Debate Feminista* (9, Vol. 17), pp. 85-96.

GONZALBO Aizpuru, Pilar (2005). "Conflictos y rutinas de la vida familiar", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. El siglo XVIII: entre tradición y cambio* (Tomo III). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp.553-578.

\_\_\_\_\_ (1998). "La familia en México colonial: Una historia de conflictos cotidianos", en *Estudios Mexicanos*. (Vol. 14, No. 2). University of California Press, University of California Institute for Mexico and the United States y Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 389-406.

GONZALBO, Pilar y RABELL, Cecilia, comps. (1994). *La familia en el mundo iberoamericano*. Instituto de Investigaciones sociales y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 466 pp.

GONZALBO, Pilar y RABELL, Cecilia, coords. (1996). *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*. El Colegio de México y Universidad Nacional Autónoma de México, México, 550 pp.

GUEVARA, José (2012). "¿Qué implica para México la ratificación del Convenio 189 de la OIT sobre los derechos de las personas trabajadoras del hogar?" En *DFensor. Revista de Derechos Humanos*. Hacia la dignificación del trabajo del hogar. (Número 01, año X), pp. 6-13.

GONZÁLEZ, Soledad (2006). "Las mujeres y la violencia doméstica en un pueblo del Valle de Toluca (1970-1990)", en Aurelio de los Reyes (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México. Siglo XX. Campo y ciudad* (Tomo V. Vol.1). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 341-363.

GUTIÉRREZ Gómez, Lorenza y Marcela Rosas (2010). *Entre muros. Cuatro testimonios de mujeres indígenas en la ciudad*. Expresión Cultural Mixe Xaam, México, 202 pp.

GUTMANN, Matthew (1996). *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*. University of California Press, Berkeley, 330 pp.

KICZA, John E. (2006). "Familias empresariales y su entorno, 1750-1850", en Pilar Gozalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias. El siglo XIX* (Tomo IV). Anne Staples (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp.

LAVRIN, Asunción (2005). "La sexualidad y las normas de la moral sexual", en Antonio Rubial García (coord.) *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad*

*barroca* (Tomo II). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 489-517.

LINDÓN, Alicia (2006). "Geografías de la vida cotidiana" en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (dirs.). Tratado de geografía humana. Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, pp. 356-400.

MALDONADO-TORRE, Nelson. "El pensamiento filosófico del giro descolonizador", en <http://www.olimon.org/uan/17-giro-maldonado.pdf>

\_\_\_\_\_ (2007). "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto", en Santiago Castro y Ramón Grosfoguel (comps.) *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Bogotá, pp. 127-167.

MARTIARENA, Óscar (1995). *Michel Foucault: Historiador de la subjetividad*. ITESM/ El Equilibrista, México, 365 pp.

MASSEY, DOREEN (1994). *Space, place, and gender*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 280 pp.

MAZA, Sarah C. (1983). *Servants and Masters in eighteenth-century France. The uses of loyalty*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 368 pp.

MENA, Luz M. (2007). "Raza, género y espacio: las mujeres negras y mulatas negocian su lugar en la Habana durante la década de 1830". *Revista de Estudios Sociales* (Núm. 26 ), pp. 73-85.

METCALF, Alida (1996). El matrimonio en Brasil durante la Colonia: ¿estaba configurado por la clase o por el color? en Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (coords.) *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*. El Colegio de México y Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 59-73.

MIJARES, Ivonne (2006). "El abasto urbano: caminos y abastecimientos", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca* (Tomo II). Antonio Rubial García (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 109-140.

MOLINA PETIT, Cristina (1994). *Dialéctica feminista de la ilustración*. Anthropos, Madrid, 318 pp.

NASH, Jennifer (2008). "Re-thinking Intersectionality". *Feminist Review* (89), pp.1-15.

OCHOA, Karina (2014). "El debate sobre las y los amerindios: entre el discurso de la bestialización, la feminización y la racialización". *El Cotidiano* (184), pp. 13-22.

PATEMAN, Carole (1995) *El contrato sexual*. Universidad Autónoma Metropolitana, Anthropos, México, 318 pp.

\_\_\_\_\_ (1996). "Críticas feministas a la dicotomía público/privado", en Carme Castells (comp.). *Perspectivas feministas en teoría política*. Paidós, Barcelona, pp. 30-52.

PÉREZ, María Esther (2006). "El trajín de una casa", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias. El siglo XIX* (Tomo IV). Anne Staples (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 179-212.

PERROT, Michel y MARTIN-FUGIER, Anne (1991). "Los actores". En Philippe Aries y Georges Duby. *Historia de la vida privada. La revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*. Taurus, Madrid, 320 pp. (Tomo 7).

PERROT, Michelle y GUERRAND Roger-Henri (1992). "Escenas y lugares". En Philippe Aries y Georges Duby. *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*. Taurus, Madrid, 335 pp. (Tomo 8).



PERROT, Michel y MARTIN-FUGIER, Anne (1991). "Los actores". En Philippe Aries y Georges Duby. *Historia de la vida privada. La revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa*. Taurus, Madrid, 320 pp. (Tomo 7).

PEZEU-MASSABUAU, Jacques (1988). *La vivienda como espacio social*. Fondo de Cultura Económica, México, 214 pp.

PIZZIGONI, Caterina (2005). "Como frágil y miserable: las mujeres nahuas del Valle de Toluca", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. El siglo XVIII: entre tradición y cambio* (Tomo III). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 501-529.

QUIJANO, Aníbal (2007). "Colonialidad del poder y clasificación social", en Santiago Castro y Ramón Grosfoguel (comps.) *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Bogotá, pp. 93-126.

QUILODRÁN, Julieta (2001). *Un siglo de matrimonio en México*. El Colegio de México, México, 375 pp.

RABELL, Cecilia (1996). "Trayectoria de vida familiar, raza y género en Oaxaca colonial", en Pilar Gonzalbo y Cecilia Rabell (coords.) *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*. El Colegio de México y Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 75-118.

ROUSSEAU, Jean-Jaques (2007). *Emilio, o De la educación*. (Libro V). Alianza, Madrid. Trad. Mauro Armiño, 771 pp.

SALAZAR, Luis (2004). *Para pensar la política*. Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa, México, 388 pp.

SÁNCHEZ, Javier (2005). "La nobleza y sus vínculos familiares" en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.). *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca* (Tomo II).

Antonio Rubial García (coord.). El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México, pp. 335-369.

SERRET, Estela (2002). *Identidad femenina y proyecto ético*. Porrúa, Programa Universitario de Estudios de Género y Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 301 pp.

\_\_\_\_\_ (2008). "Identidades de género y división de espacios sociales en la modernidad". En Ángel Sermeño y Estela Serret (coord.). *Tensiones políticas de la modernidad. Retos y perspectivas de la democracia contemporánea*. Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, pp. 91-120.

\_\_\_\_\_ (2008). *Qué es y para qué es la perspectiva de género*. Instituto de la Mujer Oaxaqueña, Oaxaca, México.

\_\_\_\_\_ (2011). "Hacia una redefinición de las identidades de género" En *Géneros*. (Núm. 9, época 2, año 18), pp. 71-98.

SERRET, Estela (2001). *El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina*. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 173 pp.

SKEGGS, Beverley (1997). *Formations of Class and Gender. Becoming Respectable*. SAGE Publications, Londres, 192 pp.

SOKOLOFF, Natalie e Ida, Dupont, (2005). "Domestic Violence at the Intersections of Race, Class, and Gender. Challenges and Contributions to Understanding Violence against Marginalized Women in diverse Communities". *Violence Against Women* (11, 38), pp. 38-64.

SOTO, Paula (2013). "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones" en Miguel ángel Aguilar y Paula Soto (coords.). *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones*

desde las ciencias sociales. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Porrúa, México, pp. 197-220.

\_\_\_\_\_ (2014). "Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad", *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer* (Vol. 19, n. 42), pp. 199-214.

\_\_\_\_\_ (2005) "Mujeres y espacios de acción. Escenas de la vida familiar" en *Conservadurismo y transgresión en Chile: Reflexiones sobre el mundo privado*. Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Chile, pp. 193-229.

SPAIN, Daphne (2008). "Gendered Spaces and Women's Status". *Sociological Theory*. (Vol. 11, n. 2), pp. 137-151.

VALCÁRCEL, Amelia (1997). *La política de las mujeres*. Cátedra, Universidad de Valencia e Instituto de la mujer, Madrid, 233 pp.

VELÁZQUEZ, Pilar (2011). *El espacio doméstico: geometrías de la subjetividad*. Tesis para obtener el grado de maestra en Sociología, línea de sociología política, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 166 pp.

WADE, Peter (2013). "Articulations of eroticism and race: Domestic service in Latin America". *Feminist Theory* (14,2), pp. 187-202.

## **ANEXOS**

### **1. Instrumento aplicado en el levantamiento de la información**

#### **Guía de entrevista**

Nombre:

Edad:

Estado civil:

Escolaridad:

Comunidad de origen:

Número de hijas/os:

Número de hermanas/os:

¿A qué se dedican su padre y su madre?

¿A qué se dedican los hermanos y hermanas?

¿Hasta qué edad vivió en la casa de sus padres?

Cuando vivía en la casa de sus padres ¿quiénes llevaban el gasto familiar?

¿Cuántas personas vivían en la casa familiar?

¿Cómo describiría la relación entre su padre y su madre?

¿Quiénes realizaban las tareas domésticas?

¿Cuáles son las tareas o actividades que realizan las mujeres en la comunidad donde vivía?

- ¿Por qué las mujeres también tienen que trabajar en el campo?
- ¿Por qué su padre no les permitía jugar cuando era niña?
- ¿Por qué los hombres no colaboran en los quehaceres de la casa?
- ¿Cuántas horas le dedican las mujeres al trabajo en el campo?
- ¿Cuántas horas en promedio dedican las mujeres al trabajo al interior de la casa?
- ¿Las mujeres pueden ser dueñas de la tierra?
- ¿Cuánto tiempo invierten las mujeres en la preparación de las tortillas?
- ¿Cuáles son las actividades que más tiempo requieren para las mujeres?
- ¿Cuántas horas llegaba a permanecer en el campo?
- ¿Cuántas horas llegaba a permanecer en la casa?
- ¿Le parece injusto tener que realizar tanto trabajo?
- ¿Su casa contaba con todos los servicios: agua, luz...?
- ¿Quiénes acarreaban el agua?
- ¿Quiénes acarreaban la leña?
- ¿Por qué las mujeres se van de la comunidad a trabajar a la ciudad?
- ¿Por qué usted ya no quiso volver a su comunidad?
- ¿Su madre, sus hermanas o usted llegaron a quejarse de la pobreza?
- ¿Qué es lo que le parecía más injusto de lo que usted vivía en su casa y en su comunidad?

¿Cómo era el trato que su padre les daba a las mujeres y a los hombres en la casa?

¿Qué piensa usted del trato que les daba su padre?

¿Qué actividades realizaba su madre en la casa?

¿Qué importancia tenía para la familia lo que hacía su madre en la casa?

¿Qué cosas le molestaban de su familia y de la manera cómo se organizaba el trabajo en su casa?

Por favor describa detalladamente cómo era su casa

¿Por qué decide viajar a la ciudad de México?

¿Cuántos años tenía?

¿Cuál fue su primer trabajo?

¿Cuál era la modalidad del empleo: de planta o de entrada por salida?

¿En qué colonia de la ciudad se encontraba la casa o departamento donde encontró el trabajo?

¿Cuánto tiempo permaneció en ese trabajo?

¿Cómo consiguió ese primer empleo?

Cuando llegó a la ciudad ¿qué tipo de trabajo pensaba buscar?

¿Por qué eligió trabajar como empleada doméstica?

¿Le gustó el trabajo de empleada doméstica?

¿Cuáles eran sus principales dificultades en el trabajo doméstico?

¿Le gusta el trabajo que realiza? ¿por qué?

¿Considera usted que es un trabajo importante y reconocido por las personas?

¿Cuánto tiempo lleva realizando este trabajo?

¿Cree que el salario que recibe por el trabajo que realiza es justo?

¿Cómo se sentía en la ciudad de México?

¿Podría platicarme sobre cómo fue la experiencia de llegar a trabajar a una casa ajena por primera vez? (Quién la recibe, cómo la tratan, qué es lo primero qué le dicen, cómo se sintió usted, qué reglas le impusieron, qué le pareció la empleadora /or, cómo se sintió en esa casa)

Platíqueme por favor ¿cómo era la familia donde trabajaba?

¿Cuántas personas eran? ¿A qué se dedicaban?

¿Cuántas mujeres había?, ¿Cuántos varones?

¿Podría describir un día común en la vida de la familia?

¿Cuál era el trato entre los integrantes de esa casa?

¿Quién daba las órdenes?

En este trabajo ¿quiénes eran las personas con las que usted tiene un trato constante? ¿por qué?

¿Cómo considera que es el trato que le dan en esa casa?

¿Cómo ha sido la relación entre usted y las y los integrantes de la familia?

¿Cómo se siente usted en esa casa y con esas personas?

¿Cuáles son sus actividades?

¿Cuántas personas trabajan en esa casa y a qué se dedican?

¿Usted trabaja de planta o de entrada por salida?

¿Cuántas horas al día trabaja?

Por favor describa cómo es un día de su jornada laboral

¿Cómo se siente diariamente al realizar este trabajo?

¿Qué cosas le agradan de su trabajo?

¿Cuáles son las cosas que más le disgustan de su trabajo?

¿Qué cosas le agradan de la casa y de la familia en la que trabaja?

¿Qué cosas le disgustan de esa casa y de las personas con las que trabaja?

¿Cómo la trata la señora/or, los hijos/as?

¿Por qué cree que la traten de esa manera?

¿Cuál es la actitud constante de ellas/os hacia usted?

¿Cómo lo percibe? (gestos, palabras, actitudes)

¿Cuál es la regla más importante para usted como trabajadora en esa casa?

¿Por qué cree usted que sea así?

¿Qué opinión tienen las personas de esa casa del trabajo que usted realiza?

¿Qué cree usted que piensen de usted y de su trabajo?



Cuando usted tiene la necesidad de tratar algún asunto relacionado con su trabajo, las actividades que realiza, su salario, necesidades, permisos, etc. ¿A quién se dirige? ¿Por qué?

Si no se dirige a la persona indicada, ¿qué sucede?

¿Cuál es su opinión sobre las personas con las que trabaja? (sus gustos, tratos, hábitos, sus pensamientos, su clase social)

¿Considera usted que son personas muy adineradas o medianamente adineradas? ¿por qué?

¿Qué cree que piense de usted su empleadora/or? ¿Por qué?

¿Hay ocasiones en las que usted puede platicar con el señor, la señora, asuntos que no tiene que ver con la casa y el trabajo doméstico?

¿Sus empleadoras/es le han regalado cosas?

¿Qué cosas le han regalado?

¿Le gusta que le regalen cosas?

¿Por qué cree que le regalen cosas?

¿Usted les ha llegado a pedir algo?

¿Cómo describiría a su empleadora/or?

¿Considera que entre usted y su empleadora hay algo en común o que puedan compartir?

De todas las actividades que realizan los integrantes de esa casa ¿cuáles considera usted que son las más importantes? ¿Por qué?

¿Podría describir un día cualquiera de la rutina de la señora, el señor?

¿Qué piensa usted de la vida que llevan estas personas?

¿Qué piensa usted del trabajo doméstico y de las personas que lo realizan?

Platíqueme un poco sobre sus compañeras/os de trabajo

¿Cuál es el trato o la relación entre ellas/os?

¿Considera usted que hay mejores tratos para unas/os que para otras/os?

¿Usted come de los mismos alimentos que se preparan para las personas de la casa?

¿En qué lugar de la casa come?

¿Tiene usted amistades de las casas o departamentos cercanos?

¿Cómo se siente con esas amistades?

¿Qué es lo que comparte con esas amistades?

¿Se siente bien conviviendo con ellas/os?

¿Conoce bien la casa o departamento donde trabaja?

¿Podría describir esa casa o departamento?

¿Qué lugar le gusta y disfruta más de la casa?

¿Tiene usted su cuarto o habitación propia o lo comparte?

¿Podría describir cómo es su cuarto o habitación?

¿Se siente cómoda y satisfecha en su cuarto?

¿Qué es lo que más le agrada de esta habitación?

¿Qué es lo que más le disgusta?

Si usted pudiera modificar este cuarto, ¿qué le quitaría, cómo lo decoraría, que cambios le haría?

¿Ha decorado usted este cuarto?

¿Cómo la ha adornado?

¿Cómo se siente en su cuarto?

¿Cuáles son los lugares de la casa donde trabaja en los que pasa más tiempo?

¿Le han prohibido estar o entrar a algún lugar de la casa? ¿Por qué?

De los distintos espacios de la casa, ¿en cuál se siente más cómoda, tranquila?, ¿por qué?

¿Existe algún lugar de la casa donde se sienta incómoda, nerviosa, insegura?

¿Cómo se describiría?

¿Cuáles son sus principales virtudes como persona?

¿Cuáles son las características físicas que más le agradan de usted?

¿Cuáles son las características que más le desagradan de usted?

¿Qué cosas le gustaría cambiar de usted?

¿Qué cosas le gustaría cambiar en su vida?

¿Cuáles son sus planes a futuro?

¿Cuáles son sus más grandes sueños, anhelos?

¿Cómo se imagina dentro de unos años?

Si tiene o llega a tener hijas, ¿le gustaría que se dedicaran al empleo doméstico?  
¿por qué?

En su experiencia laboral como empleada doméstica ¿Qué es lo más injusto que le ha sucedido?

Si usted hubiera crecido en otras condiciones ¿hubiera elegido el trabajo doméstico?

¿Qué actividad le hubiera gustado realizar?

Cuando vivía en casa de sus padres ¿cuáles eran los lugares donde pasaba la mayor parte del tiempo?

¿Cuáles eran los lugares que tenía que visitar como parte de sus actividades diarias?

Cuando vivía en su comunidad, ¿qué lugares conoció? ¿Cuáles eran los lugares para ir de paseo?

¿Conoció otras ciudades, pueblos?

¿Viajaba a otros lugares?

¿A dónde iban las mujeres de paseo?

¿Podían ir solas de paseo?

¿Cuáles eran los lugares que mejor conocía?

¿Hasta dónde podía desplazarse?

¿Había un tiempo límite para ir de paseo o para ir a otro lugar a hacer una actividad?

¿Le gustaba su casa?

¿Cómo era la casa en donde a usted le hubiera gustado vivir?

¿Su padre y su madre hubieran querido vivir en otra casa?

¿Por qué querían construir otra casa?

¿Cómo se siente cuando llega por primera vez a la ciudad?

Cuando la contratan en el primer empleo, ¿dónde solía pasar más tiempo?

¿A dónde iba de paseo?

¿Qué lugares conoció de la ciudad?

¿Cómo se sentía en la ciudad? ¿Qué le daba miedo de ella?

Al paso del tiempo ¿fue acostumbrándose a vivir y pasear por la ciudad?

¿Qué lugares de la ciudad le gustaban? ¿Por qué?

Cuando vivió en la ciudad, ¿viajó a otros lugares?

¿Qué significa para usted la ciudad?

¿Qué significa para usted la casa donde trabajó o trabaja?

¿Se sentía o siente feliz en esa casa?

Además de las tareas en la casa, ¿cuáles otros lugares tenía que frecuentar como parte de sus actividades diarias?

¿Cómo es la casa donde a usted le gustaría vivir? ¿Por qué?

¿Cómo se construiría una casa en su comunidad?

De regresar a su comunidad, ¿a qué se dedicaría?





